

A person in a dark coat is walking away from the viewer on a path covered in fallen autumn leaves. The path is reflected in a body of water in the foreground. The background is a dense forest of tall, thin trees with light-colored bark. The overall mood is mysterious and somber.

MARTA
MARTÍN
GIRÓN

DAMA BLANCA

UN CRIMEN INQUIETANTE,
UN RASTRO QUE CONDUCIRÁ
A UNA DOLOROSA VERDAD.

DAMA
BLANCA



MARTA
MARTÍN
GIRÓN

DAMA
BIANCA

UN CRIMEN INQUIETANTE,
UN RASTRO QUE CONDUCE
A UNA DOLOROSA VERDAD.

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Dama Blanca.

© Marta Martín Girón

Nº de registro: 1912302771320

Primera edición: enero 2020

Al amor de mi vida, Marcos Nieto Pallarés.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Un cuerpo sin identificar](#)

[Dos días antes](#)

[En casa de su amiga](#)

[Resultado forense](#)

[Denuncia](#)

[Rastreo](#)

[El trabajo](#)

[Expediente](#)

[Un día antes](#)

[Funeral](#)

[Sospechoso](#)

[Los hilos de la amistad](#)

[La verdad](#)

[La dama blanca](#)

[Una charla extraoficial](#)

[El que no vio nada](#)

[Discusión](#)

[Alba sierra](#)

[Sobrepasado](#)

[«Tengo tus prendas»](#)

[El contenido de la galería](#)

[A contrarreloj](#)

[Sábado](#)

[El caserón](#)

[Coordenadas](#)

[Deshaciéndose del cuerpo](#)

[Epílogo](#)

Nota de la autora

Las conversaciones y las opiniones que se recogen en esta novela son parte de un escenario ficticio y son independientes a los criterios personales que pueda tener la autora.

Prólogo

Tenía el pulso acelerado. Mantenía los cinco sentidos lejos de los recuerdos, lejos de los actos depravados que le obligaron a estar al volante a esas horas de la noche. Desde que tomó el último desvío no volvió a cruzarse con ningún vehículo. Transitaba en soledad una carretera secundaria que bien podría ser el camino al infierno. Su infierno.

Pensó en detenerse allí mismo, en mitad de un angosto carril carente de arceles. Pero continuó; no podía arriesgarse. De cruzarse con alguien, la mala suerte podría hacer que el individuo parase a ofrecerle ayuda, que pensase que había pinchado o... No, no podía cometer ningún error.

No, no podía cometer ningún error.

Siguió.

Conducía con la vista puesta en el ennegrecido y maltrecho pavimento, evitando mirar a sus costados. Los cultivos se extendían hasta donde sus sentidos podían alcanzar. Hectáreas de húmedos arrozales eran su única compañía y, aquella madrugada, la total ausencia de luz los teñía de tenebrosidad. Parecía como si la tierra se hubiese hundido, quedando en su lugar una oquedad sin límites definibles, un horizonte difuso al que por voluntad propia y sin un motivo de peso, nadie en su sano juicio querría acercarse.

Aquella noche, ni siquiera la luna quiso ser juez ni jurado de sus actos. Difusos destellos provenientes del agua estancada en los bastos y oscuros plantíos, advertían del aire que hacía fuera del habitáculo.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Circuló varios kilómetros más sumiéndose en los pensamientos que no conseguía alejar, preguntándose una y otra vez si conseguiría olvidarse de aquello. Algo le decía que sí, que tenía la capacidad de no hacerse notar, de parecer un ser indefenso y bondadoso; a esas alturas, era consciente de ello.

Por suerte, conocía la zona; mientras su cerebro razonaba, su inconsciente gobernaba el timón de su rumbo. Había transitado aquella vía cientos de veces para ir a la playa con su familia.

Un monovolumen en sentido contrario y con las largas puestas, le hizo soltar el pie del acelerador. Instintivamente achinó los ojos para protegerse del deslumbre y le mandó una ráfaga de luces largas para recriminarle el descuido.

Volvía a encontrarse a solas con su objetivo.

Siguió conduciendo. El cuentakilómetros continuaba engrosando su cifra.

Una ínfima luz anaranjada se fue transformando, a medida que avanzaba, en una acumulación de puntitos brillantes adheridos al horizonte, señal inequívoca de estar cada vez más próximo al siguiente pueblo. Faltaba un trecho para llegar al desvío cuando giró a la derecha para tomar un camino de tierra que daba acceso a los cultivos. Lo transitó durante unos minutos, hasta que estimó encontrarse lo suficientemente lejos de la «carretera principal». Fue aminorando la velocidad hasta parar el coche. Quitó las luces y esperó en el interior hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Observó los alrededores antes de abandonarlo: penumbras. A simple vista, no distinguió la presencia de nadie, menos aún la de ningún otro vehículo. Agarró el volante con fuerza y se dejó caer contra él; la tensión y un extraño vigor recorría sus entrañas: tenía en su mano la capacidad de acabar con la vida de otra persona y no sentir remordimientos.

«Vamos. Termina lo que has empezado. Venga. —Alzó la cabeza y, una vez más, buscó una señal para abandonar su propósito. Su pulso latía acelerado—. Vamos, no hay nadie. Es imposible que alguien te vea.»

Abrió la puerta y la luz del habitáculo se encendió. Tuvo la sensación de estar exhibiendo su cuerpo desnudo en mitad de la Gran Vía de Madrid.

«Vamos, vamos...—se animó entre resoplidos—. Cuanto antes acabes, mejor.»

Puso el primer pie afuera. El tacto de la arena bajo la suela de su zapatilla le recordó su cometido.

«Debes terminar con esto y olvidarte de todo.»

Cerró la puerta y se dirigió a la trasera.

«Venga, ya está hecho. Cuando llegues a casa deberás actuar como si no hubiera pasado nada. Has de ser tan convincente, que hasta tú creas tus mentiras.

»En unos minutos todo habrá pasado.

»No hay nadie. No has dejado rastro.

»Y siendo como era... Tú no tienes la culpa de que haya acabado así. No has hecho nada malo, solo quitar de en medio a una putita.»

Un cuerpo sin identificar

Yago Reyes

Martes, 17 de septiembre de 2019

Nos dirigíamos al lugar de un suceso. Mi compañera conducía mientras yo me limitaba a observar el paisaje. Lo hacía en silencio, concentrada en la carretera. Aún no sabía si aquella forma de conducir era para no perderse, para no salirse de la calzada o porque le preocupaba algo.

No, no la conocía, no sabía de qué pie cojeaba. Parecía maja, pero... No sé, tanto silencio me ponía de los nervios. Desde el primer día quise pensar que era solo cuestión de tiempo que entabláramos amistad y confianza. Pero ya llevábamos tres semanas juntos, concretamente, desde el día en que puse el pie en aquella comisaría. ¿Acaso era mucho pedir que mi nueva compañera me hablase? Bajo mi punto de vista, tan solo pretendía disfrutar de algo razonable: poder pasar las jornadas con una persona con una actitud y un comportamiento normal, con un mínimo de educación.

Tres. Solo tres semanas y ya estaba hasta las pelotas. Tres largas semanas que habían sido como un viaje a un mundo paralelo, surrealista, desconcertante y triste; muy triste.

Pero la culpa era mía, por no ver venir las cosas. Pedí el traslado cuatro años atrás, cuando tenía motivos para cambiarme. El instante para que me lo concedieran hubiera sido ese, no cuando llegó, no cuando ya nada tenía sentido, no cuando, de hecho, no solo lo daba por imposible, sino que lo había olvidado. Me concedieron una tardía permuta, jodiéndome los planes y obligándome a empezar de nuevo.

El amor a distancia no funciona. No somos almas que puedan entenderse en la lejanía. Una amistad, un consanguíneo, vale, ¿pero la pareja? No, la pareja tiene que estar cerca, dormir cada noche a tu lado si no quieres convertirte en otro tío con rostro, aficiones y trabajo distintos. Sí, el cambio de ciudad llegaba con cuatro años de retraso porque, cuando no tienes que estar con alguien, el Universo confabula para que antes o después dejes de estarlo. El cabronazo me hizo llegar su mensaje de malos modos, y lo acepté, ¿pero el traslado...? Venga ya, ya se estaba cebando.

Mientras nos aproximábamos, el tiempo que no contemplaba el paisaje examinaba a mi compañera sin que esta se diese cuenta, aunque no precisamente porque yo fuese discreto. Llegué a pensar que ignoraba cualquiera de mis gestos deliberadamente. Incluso, que estaba enfadada conmigo por algo que yo ignoraba.

—¿Te preocupa algo? —pregunté en un intento de acercamiento.

—No.

«Joder, de verdad que me ha ido a tocar la más estúpida.»

—No has dicho nada desde que salimos de la comisaría.

—Estoy conduciendo.

—Sí, eso ya lo veo.

Me miró un segundo y volvió a clavar su vista en el culo del vehículo que circulaba delante de nosotros, sin responder nada más. Di por concluida la charla de cortesía. No tenía ninguna necesidad de seguir haciendo el capullo. Si pretendía que fuera detrás de ella, lo llevaba claro.

El decorado urbano le cedió paso al rural. La carretera secundaria mostraba un paisaje protagonizado por los arrozales característicos de esa zona del mediterráneo.

Hastiado por su compañía, aproveché para ojear el móvil. Terminé metiéndome en *Casa del Libro* para ojear las últimas novedades en novela policíaca. Había pasado tantas horas solo que me había terminado aficionando a la lectura; aunque últimamente, con el trabajo y la mudanza, tenía poco tiempo libre. Busqué las novedades en policíaca, suspense y misterio. Estaban los de siempre: John Grisham, Jo Nesbo, Harlan Coben... Seguí buscando, esta vez fijándome en los títulos de las obras. Me llamó uno especialmente la atención:

«*El asesino indeleble*. —Su portada oscura con una persona con una linterna en mitad del bosque, me gustó. Leí la sinopsis—. Parece que tiene buena pinta. No conocía a este autor, Marcos Nieto Pallarés. —Lo medité unos segundos acompañando mis reflexiones con un movimiento oscilante de cabeza—. Venga va, este. —Lo compré y comencé a leer allí mismo». No había leído ni la primera página cuando mi compañera reclamó mi atención.

—Estamos llegando —dijo dedicándome una mirada de soslayo.

—Okey.

Bloqueé el móvil y atendí a la carretera, tal y como intuí que deseaba mi compañera.

Desde esa distancia pudimos apreciar varios vehículos policiales y de emergencias. Era fácil imaginar en lo que se convertiría la zona según fuesen transcurriendo los minutos: un caos de personas entrando y saliendo de la «zona caliente».

—Aparca ahí —le indiqué alzando el brazo. No sé cómo pudo verme, apenas me miró. Me respondió con un «sí» apenas audible.

Una vez fuera del vehículo, nos dirigimos al cordón policial.

—Buenos días. Somos de la Policía Judicial.

—Buenos días —respondieron al unísono un par de compañeros que permanecían junto al perímetro acordonado. Acto seguido les mostramos nuestras placas y dimos nuestros nombres para el informe de acceso. Con el «permiso» de uno de ellos, superamos las cintas policiales

—Seguidme —solicitó al tiempo que se ponía en marcha. Sin preguntarle, comenzó a explicarnos lo que había sucedido—. El agricultor ha llamado denunciando que había encontrado un cadáver. Al parecer, estaba trabajando con la máquina y cuando se acercaba al punto donde ha encontrado a la chica ha visto muchos bichos revoloteando. —Debíamos estar cerca, el olor a putrefacción empezaba a ser notable y nauseabundo. Cogí un pañuelo y me tapé las vías respiratorias. Mis compañeros procedieron de igual modo—. Se ha bajado y es cuando ha notado el olor a muerto. Según nos ha dicho, se ha acercado porque ha pensado que sería algún animal; por el olor, alguno grande: un jabalí o un perro. Pero...

—Gracias por ponernos al tanto —le dije destapándome brevemente la boca.

—No hay de qué. Es ahí —dijo haciendo un gesto con el brazo para indicarnos el punto exacto donde se hallaba el cadáver. Aunque a decir verdad, resultaba innecesario: aún trabajaban sobre los restos un par de compañeros. Aines y yo nos asomamos a un par de metros de distancia. Apenas se veía, estaba totalmente cubierto por los altos tallos del cultivo de arroz.

—¿Dices que el agricultor no lo ha tocado? —preguntó Aines al hombre que nos acompañaba.

—Asegura que no.

—Okey —dije protegiéndome las manos con unos guantes de látex—. Echaremos un vistazo cuando los compañeros acaben de recoger las pruebas pertinentes.

Asintiendo, el policía dio media vuelta, dejándonos a nuestras anchas en la escena del crimen.

Un par de pasos más fueron suficientes para poder ver a la víctima. Yacía decúbito prono. Su brazo izquierdo quedaba oculto bajo su torso. Parecía un maniquí amputado y tirado en el barro. Tampoco podía vérselo el rostro: lo tenía sumergido en el fango del arrozal. No obstante, era evidente que se trataba de una mujer. Estimé que medía algo más de metro y medio. Delgada. A juzgar por su complexión, calculé que tendría una edad comprendida entre los catorce y los cuarenta años. Tan solo le cubrían sus partes íntimas unas bragas mal puestas y sucias. El color mortecino de su dermis me recordó a la protagonista de la mítica serie Twin Peaks, Laura Palmer. Los insectos acudían a sus restos como las polillas a la luz.

—¿Habéis visto algo raro? —les pregunté a los dos hombres que trabajaban recogiendo muestras.

—No. Nada destacable, la verdad.

—¿Sabemos quién es?

—No. No hemos encontrado nada que desvele su identidad.

Suspiré.

—Está bien. Gracias.

Ojeamos los alrededores.

Luego, volvimos, pero permanecemos a una distancia prudencial: preferíamos no tocar nada hasta que llegase el forense. Los compañeros también iban y venían según sus necesidades.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Aines.

—No he visto nada destacable. Ni marcas ni señales exageradas, solo un par de moretones que no tienen por qué corresponder a un forcejeo —explicó sin mirarme a la cara. Era extraño que se estuviese explayando tanto, pero a decir verdad, teníamos un asesinato que resolver, no podía permitirse el lujo de ignorarme—. Aun así, presupongo que ha habido abuso sexual. —Yo también lo pensé, era lo normal en estos casos—. Me pregunto qué edad tendría.

—Yo también pienso que han debido abusar de ella, y se les ha ido las manos. Y la edad... Tendría que verle la cara. Podría ser una chiquilla o una mujer con la constitución de una cría.

—Sí.

—¿Vamos mientras a hablar con el agricultor?

—Sí.

Caminamos hacia las cintas policiales.

«Me pregunto cuánto tiempo le durará la cordialidad —pensé mientras la observaba con disimulo—. El otro día hizo lo mismo, y después se volvió a convertir en una seta. Supongo que es una cortesía pasajera. En fin, aunque sea una antipática, al menos es mínimamente profesional y consigue aparcar sus motivos personales por el bien de una investigación.

»Me gustaría saber cuáles son esos grandísimos motivos.»

Al alcanzar las cintas, hablamos nuevamente con el compañero que nos indicó la ubicación de la chica muerta.

—¿Nos puedes decir quién encontró el cuerpo?

—Claro. Es el señor al que están atendiendo los sanitarios. Le están dando algo para los nervios. El pobre hombre sufre del corazón y...

—Está bien. No hace falta que vengas.

Al llegar, di un par de golpes secos en la caja de la ambulancia, generando un estruendo bastante desagradable.

—Joder, tío. Sé más suave —se quejó Aines—, vas a terminar de matarlo.

Alcé la ceja a modo de «bueno, no es para tanto, pero vale».

Inmediatamente salió una enfermera llamándome la atención.

—¿Podéis tener más cuidado? Ahí dentro está un señor con un ataque de nervios de la hostia. No está para más sobresaltos.

—Que sí, que sí. Lo siento. No me he dado cuenta —respondí contrito al sentirme seducido por la guapa enfermera.

—Disculpa —intervino Aines—. Cuando esté más sosegado, quisiéramos hablar con el señor al que estáis atendiendo.

La chica puso cara de resignación.

—Claro. Le voy a preguntar a ver si no le importa atenderos ya.

—Gracias. —Respondí por ambos.

Regresó a la ambulancia, dejándonos una bonita imagen de su trasero y su largo pelo castaño agarrado en una larga coleta que le caía por la espalda.

Miré a Aines y la encontré observándome. Al cruzar nuestras miradas apartó la suya poniendo un gesto de asco que no esperaba.

«¿Acaso estás celosa? —No pude evitar sonreír para mis adentros.»

—Podéis hablar con él —dijo la enfermera asomando medio cuerpo por la puerta trasera de la ambulancia—. Ahora sale.

Asentimos y esperamos el tiempo pertinente a que el señor saliese. Y lo hicimos en el más absoluto silencio; mi compañera parecía volver a no querer dirigirme la palabra.

—Hola —saludó el hombre llamando nuestra atención. Estaba notablemente apesadumbrado y, al mismo tiempo, se le notaba a la legua que pretendía mostrarse sereno.

—Buenos días. Cuéntenos qué ha pasado.

—No puc explicar molt, agents.

—En castellano, por favor —repliqué lo más amablemente que pude. No era al primero que le hacía volver a empezar.

—Sí, disculpe, es la costumbre.

—No pasa nada. ¿Qué decía?

—Pues que no puedo contarles mucho. Todavía no me puedo creer lo que... —Suspiró—. Es que... Era una...

—Tranquilo —dijo Aines al ver sus ojos humedecerse—. Podemos esperar a que esté preparado.

La miré con cara de desaprobación. ¿Acaso se creía una hermanita de la caridad? No éramos unos putos psicólogos, éramos la maldita policía investigando un homicidio, y ese señor, era un testigo que podría estar o no involucrado en el asesinato. Me había cruzado con un par de actores de primera capaces de engañar hasta al mismísimo Diablo. Sus fachas de cultivador al borde de un infarto no le excluían de ser uno de los primeros sospechosos; todo dependería de si se conocían o no.

—No se preocupen. A ver... Tampoco tengo mucho que contar. Ya se lo he explicado a sus compañeros. He hecho las cosas típicas de por aquí —dijo señalando con el brazo la zona de los cultivos—, y luego he cogido el arado para ir al otro extremo de donde tengo la caseta. Según me aproximaba he visto bichos, muchas moscas, revoloteando en un único sitio. He pensado que podría haber algún animal muerto y me he bajado de la máquina para comprobarlo. Si era el caso, llamaría a la guardia civil para que lo retirase o quemarlo yo mismo. Y al acercarme, olía a muerto. Un olor asqueroso, muy, muy fuerte. He sentido náuseas y he pensado que era muy raro que un animal muerto desprendiese tanto olor. Y me he acercado y ha sido cuando he visto el cuerpo ahí tirado; las piernas desnudas de una chica, la espalda... Maldita sea, ha sido horrible.

Oí cómo se aproximaba un vehículo. Me giré para verlo. Se trataba de un taxi. Debía ser el juez del caso.

—¿Ha llegado a tocar el cuerpo? —continué preguntándole.

—No, no. No he tocado nada. Según lo he visto me he dado la vuelta y he llamado a emergencias.

—Bien. ¿Cree reconocer de quién podría ser el cuerpo?

—Pues no lo sé. Lo primero que ha pasado por mi mente ha sido mi sobrina, que tiene su misma edad.

—¿Su misma edad, dice?

—Bueno, no sé qué edad tiene la chica muerta, pero por su constitución he pensado que se trataba de una chica joven. Por eso me ha venido mi sobrina a la cabeza.

—Entiendo —dijo Aines.

—Nos gustaría que algún compañero le tomase declaración jurada —intervine. El hombre nos miró uno a uno con la boca a medio abrir. Dudé de si entendía lo que aquello significaba, pero me sorprendió su respuesta.

—¿Es necesario?

Dos días antes

Nuria Molina

Viernes, 13 de septiembre de 2019

Cada dos semanas me tocaba cubrir el turno de noche, y aquella se hizo interminable. Los fines de semana el trabajo incrementaba significativamente, era habitual. La gente acostumbra a salir y desfogarse, cenar más de la cuenta, otros, a comer menos de lo recomendable y llenarse el estómago de alcohol; las drogas, los accidentes de tráfico...

Llegué a casa agotada. Con las piernas y los pies doloridos.

Me descalcé nada más cruzar la puerta de la calle. De puntillas, fui hasta el dormitorio. Abrí con sigilo: Miguel seguía dormido. Probablemente se quedó hasta tarde viendo la tele o jugando a la consola, quizá, aprovechando que Elena tampoco estuvo en casa para ponerse alguna película de terror, y más siendo viernes trece. Era consciente de que las noches que no pasábamos juntos le costaba conciliar el sueño y no quería despertarle. Cogí algo de ropa y me fui al cuarto de baño. Cerré con el mismo cuidado, dispuesta a darme una ducha rápida y tumbarme un rato con él.

«Ya me lavaré luego la cabeza; cuanto menos tarde, mejor. Además, el secador hace demasiado ruido.»

La ducha, más que rápida, fue un visto y no visto. Deseaba meterme en la cama y relajarme, descansar de tanto ajetreo.

A pesar de haber cogido un par de prendas que ponerme, entré desnuda al dormitorio. Miguel seguía en la misma posición que antes. Me metí bajo la sábana y le besé en el cuello. Gimió desperezándose. Busqué su miembro y comencé a jugar con él. En apenas unos segundos lo tenía encima embistiéndome como una bestia en celo.

—Buenos días —le dije sonriente al terminar.

—Buenos días, muñeca. ¿Qué tal la noche?

—Muy ajetreada. Ya sabes, fin de semana.

—Ya. ¿Estás cansada?

—Sí, pero por suerte tengo tres días por delante para descansar.

—Es lo único bueno de tu trabajo.

—Sí. Y que tengo un buen sueldo.

—Sí, eso también. ¿Tienes sueño?

—La verdad es que sí.

—Ven —dijo colocándose bocarriba y atrayéndome con el brazo hacia su pecho—. Durmamos un rato, aún es pronto.

—Sí. Por cierto, ¿ha vuelto Elena?

—Creo que no, no he oído la puerta. Además, dijo que se quedaría a dormir con su amiga. Esta... Alba. Todavía ni se habrán levantado. —Rio comprensivo. Sabía que estaba recordando las traspasadas que nos pegábamos cuando, no hacía tanto, teníamos su edad.

—Sí. —Sonreí con añoranza—. Siempre están igual. Me mandó un mensaje a eso de las ocho de la tarde.

—¿Y qué te dijo?

—Que pasaría por casa y luego se iría con su amiga. ¿Vino al final?

—Eh... Creo que no. No lo sé.

—Jajaja..., ¿creo?

—Sí, es que me estuve duchando y me pareció oír la puerta. A lo mejor vino a coger algo y luego se fue sin decir nada.

—¿Sin decirte nada? Es un poco raro, pero vete tú a saber.

—Está en la edad de ir como una moto y de no pensar en nada ni en nadie, solo en arreglarse y gustar a los chicos.

—Ufff... Cualquiera día nos trae a algún maromo, como decía mi padre.

Miguel rio despreocupado.

—Bueno, mientras llega ese día, durmamos un rato, anda.

—Jajaja..., sí. Estoy agotada.

Le di un beso en la mejilla y me coloqué de espaldas a él. Por su parte, se recolocó para amoldar su cuerpo al mío, a modo de cucharilla. No tardé en quedarme dormida.

*

No sé cuánto tiempo descansamos, pero el primer pensamiento al despertar fue ella, Elena. Me levanté y fui hasta el bolso para coger el móvil. Lo desbloqueé y busqué si había recibido algún nuevo mensaje suyo. Eran cerca de las doce del medio día y seguía sin dar señales de vida.

«¿Dónde narices se habrá metido? Cuando venga me va a escuchar. Aunque si se acostaron tarde, lo mismo siguen durmiendo.»

Busqué su número para telefonarla.

Primera señal. Segunda. Tercera. Cuarta. Quinta. Buzón de voz.

«Me cago en la madre que la parió.»

Resoplé y traté de poner mis ideas en orden.

«A ver, piensa. ¿Me espero media hora más? Puedo llamar a Alba. ¿Y si están durmiendo? Bueno, pues que se fastidien, son jóvenes, ¿no? No les va a pasar nada por dormir menos.»

»Pues sí, voy a llamar a Alba a ver si ella me lo coge.»

De nuevo, la misma operación. Busqué en la agenda de teléfonos el número de su amiga y marqué. Dos tonos más tarde, descolgó.

—¿Hola?

—¿Alba?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy la madre de Elena. ¿Está ahí contigo?

—No —respondió extrañada—. No la veo desde ayer.

—¿No se iba a quedar en tu casa a dormir?

—Ah, bueno, sí. Claro, esta noche ha estado en casa, pero se ha ido temprano. Ya no sé ni lo que digo. —Rio.

—¿A qué hora se ha ido?

—Pueees... No sabría decirte. A las..., ¿nueve?

—Son casi las doce.

—Ya. No sé.

—¿Y sabes dónde ha podido ir?

—No, no tengo ni idea.

—Está bien. Si hablas con ella dile que estoy tratando de localizarla.

—Vale.

—Gracias. Hasta luego.

—Nada. Adiós.

Me quedé observando la imagen que salió tras colgar, una fotografía en el fondo de pantallas donde figurábamos Miguel y yo con la playa de fondo. Mis ojos observaban nuestras expresiones de felicidad mientras que mi mente trataba de ubicar a Elena. Nunca antes había tardado tanto en volver a casa y, en caso de retraso, siempre fue lo suficientemente responsable como para avisar de antemano.

«En fin, no creo que tarde mucho.»

Solté el móvil sobre la mesa del comedor y regresé al dormitorio.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Miguel nada más verme entrar.

—He llamado a Alba. Elena no coge el teléfono.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues eso, que han dormido en su casa y que se ha ido a eso de las nueve de la mañana.

—¿A las nueve?

—Sí.

—Bueno —respondió pensativo—. Volverá en cualquier momento.

—Sí.

—No te preocupes —dijo abrazándome—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Te apetece que vayamos a la playa?

—Eh... Supongo.

—No te preocupes, mujer, cuando regresemos ya habrá vuelto. Así que, venga, cámbiate. Nos llevaremos unos sándwiches y aprovechamos para comer allí.

Suspiré tratando de tranquilizarme, de no sacar las cosas de quicio.

—Suená bien.

Me cambié en un abrir y cerrar de ojos. Miguel lo hizo más rápido aún. Mientras yo terminaba de arreglarme y preparar la bolsa de la playa, él se encargó de la comida.

—Ya está —anunció mostrando al aire nuestra mochila.

—Voy, dame un segundo que estoy terminando de escribirle una nota a Elena, para que cuando llegue me llame o me mande un mensaje.

—Vale.

—En serio, me tiene un poco preocupada. ¿Y si le ha pasado algo, si le ha pillado un coche o vete tú a saber? —No quería pronunciar ciertas palabras.

—Tranquila, si le hubiese pasado algo la policía ya se hubiera puesto en contacto con nosotros.

—Qué gracioso eres.

—No, es la verdad. Es muy desagradable, pero así funcionan las cosas. ¿Has mirado cuándo fue la última vez que se conectó al Whatsapp?

—Sí, a las once y pico de la noche. Hace más de doce horas.

—Se habrá quedado sin batería.

—Ha estado donde su amiga, allí hay enchufes y cargadores —respondí irritada—. Además, el móvil deba señal.

—Bueno, pues a lo mejor ha perdido el móvil y no ha querido decirte nada para que no te enfades. Es imposible entrar en la mente de un adolescente.

—Lo menos grave sería que haya perdido el móvil. —Resollé ante la mirada expectante de mi marido—. No sé, tal vez deberíamos quedarnos y esperar a que vuelva.

—Eh... Punto número uno: sobra que especifiques que eso sería lo menos grave. Lo he dicho solamente porque como es nuevo..., yo qué sé. Y punto número dos: aquí lo único que vas a hacer es dar vueltas de un lado para otro cada vez más nerviosa y, de paso, desquiciarme a mí. —Le observé sopesando sus palabras. En cierto modo tenía razón. Tenía ganas de disfrutar de un rato de descanso y ella... Traté de convencerme de que estaría bien, de que a la vuelta todo volvería a la normalidad.

—Ya. En fin... Vámonos si quieres.

—Sí. Vámonos. Seguro que te sienta bien el cambio de aires y para cuando volvamos ya estará en casa con alguna ridícula excusa.

En casa de su amiga

Domingo, 15 de septiembre de 2019

—Joder —farfulló Alba nada más colgar. Se sentó en un extremo de su cama, pensativa.

Aún con el teléfono en la mano, marcó el número de su amiga Elena. Escuchó uno tras otro todos los tonos hasta que saltó el buzón de voz. Colgó.

A continuación, volvió a desbloquear el móvil y, esta vez, entró en el Whatsapp para dejarle un mensaje.

«¿Dónde te has metido? Tu madre me ha llamado para preguntarme por ti. Al menos llámala para decirle que estás bien».

«¿Y ahora qué? —pensó mientras observaba el móvil—. Tal vez debería llamar a su amiguito. —Sus sentimientos hacia él eran agrios.»

Buscó el número de teléfono en sus contactos. Por suerte, la tarde anterior lo guardó.

—¿Adrien?

—¿Hola? —respondió con su marcado acento francés.

—Soy Alba.

—Ah, Alba. ¿Qué tal? ¿Qué pasa? No esperaba saber de ti tan pronto —dijo presumido.

—Ya, más quisieras tú.

—Bueno, bueno, jaja..., no q...

—Calla y escucha —le interrumpió mostrando su desdén hacia él—. ¿Elena está contigo?

—¿Elena? Qué va.

—¿Cómo que no? ¿Esta noche no ha estado contigo?

—No. No sé nada de ella desde ayer por la tarde, ya sabes, cuando te vi a ti también. Me dijo que cenaría en su casa y luego tal vez iría a verte antes de quedar conmigo.

—¿Venir a verme antes de quedar contigo? —repitió extrañada—. ¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Quedamos en que nos veríamos a eso de las once o doce. —Alba lo escuchaba con cara de asco; su desprecio por él se acentuaba al oír su voz y su marcado acento galo—. Pero el caso es que me mandó un mensaje para decirme que estaba en su casa y que le dolía la cabeza, que mejor lo dejábamos para hoy. Por cierto, ¿a qué vienen tantas preguntas? ¿Acaso quieres que quedemos?

—No sé cómo Elena te aguanta, eres repulsivo.

—Bueno, sí tú lo dices... Tú te lo pierdes.

—Escucha, franchute de mierda, Elena no ha regresado a casa y en la mía no ha estado.

—No entiendo —dijo extrañado.

—Su madre me ha llamado hace cinco minutos para preguntarme por ella. Al parecer salió y aún no ha vuelto. No te llamaría si no pensase que tal vez tú sepas dónde puede estar.

—¿Yo? Qué voy a saber. Te he dicho que anoche no la vi. —Su desenfado quedó sepultado bajo una creciente inquietud.

—Pues ya somos dos.

—A lo mejor se ha escapado.
—¿Y por qué iba a querer escaparse, si puede saberse?
—Y yo que sé, apenas la conocía. A ver, espera, se me ocurre que..., no me cuélgues. —
Adrien se separó el móvil de la cara y buscó por las redes sociales. Un par de minutos después volvió a la conversación—. ¿Sigues ahí?
—Sí —dijo Alba bruscamente.
—Hace más de quince horas que no se conecta ni al Facebook ni al Whatsapp.
—¿Y qué? ¿Eso qué significa? ¿Acaso te crees que con eso demuestras que no tienes nada que ver con su desaparición?
—¡Te digo que no sé nada! —chilló nervioso.
—Tal vez deberíamos llamar a la policía, ¿no te parece? —Alba le hablaba desafiante.
—¡Yo no tengo nada que ver! ¡A lo mejor se ha quedado sin batería!
—Ya, claro —dijo burlona, más calmada que él—. Si estuviese sin batería no daría tonos, *so gilipollas*, directamente saltaría el buzón de voz.
—Ya me avisó Elena de que tuviera cuidado contigo. Eres mala, puro veneno.
—Y tú das asco, puto cerdo. ¿Sabes qué? Tal vez avise a la policía; quizá les interese saber lo que eres.
—Haz lo que te salga de las tetas. Pero piensa que tal vez la última en verla fuiste tú, así que...
—Alba se quedó pensativa. No respondió— ¿Qué? ¿Tengo razón?
—No, no la tienes. —Ambos permanecieron reflexivos, sin mover un solo músculo, con el móvil aún apoyado en sus orejas—. ¿Sabes qué? Que si no aparece no es mi culpa. Dejaremos que sea su madre quien se encargue de buscarla o de llamar a quien sea. Ella se lo ha buscado al irse contigo.

LA TARDE ANTERIOR

—¿Sabes? Llevo toda la semana insinuándole a mi madre que esta noche me quedará a dormir en tu casa —le dijo Elena mientras examinaban un escaparate. Alba se sonrió satisfecha mientras Elena seguía explicándose—. Luego le mandaré un mensaje para recordárselo; ahora está en el trabajo. ¡Tía, estoy ansiosa por pasar la noche con Adrien! —culminó despreocupada y con voz estridente.
—¿Qué has dicho? —preguntó Alba, desconcertada, sin apartar la vista de un maniquí.
—Tía, jolín, escúchame —le regañó agarrándola de los brazos y girándola hasta tenerla cara a cara; aunque Alba la había escuchado perfectamente—. ¡Que esta noche me voy con Adrien! —Le mostró todos los dientes en una mueca pueril—. Eso sí, le diré a mi madre que voy a pasar la noche contigo, como hemos planeado toda la semana.
—¿Con Adrien? —repitió al tiempo que volvía a centrar su mirada en las prendas del escaparate. Quería evitar que Elena leyese en sus ojos cuánto le dolían sus palabras.
—Sí. Me apetece muchísimo. Llevamos toda la semana planificándolo. Iremos a su casa. Y puede que terminemos haciéndolo. Tú ya me entiendes. —Explicó entusiasmada, esperando al mismo tiempo una contestación—. ¿Me estás escuchando?
—¿Qué? Sí, sí. —La miró unos instantes, disimulando, tratando de sintetizar la noticia y darle una respuesta controlada. Elena la miró con cara de pocos amigos; no podía creer que no la estuviese haciendo caso, y menos en algo tan importante para ella—. No sé, ¿qué quieres que te diga? La verdad es que a mí ese tal Adrien no me gusta. Ni siquiera me lo has presentado. ¿Crees

que puedo dejarte en manos de un tío al que solo he visto en una foto de mierda?

—No pasa nada. Te caerá bien. Y te lo presentaré..., bueno, hoy no creo que pueda. Tal vez mañana. ¿Te parece bien?

—Joder, tía, eres de lo que no hay. ¿Tus padres lo saben?

—¿Te has vuelto loca? No.

—¿No se lo piensas decir?

—Aún es pronto. No llevamos ni un mes saliendo. Además, ¿acaso tú les dices a tus padres con todos los que te lías?

—Joder, es que es muy mayor para ti. Bueno, incluso para mí, que te saco casi dos años. Además, pensé que solo te gustaba yo.

—A mí me gustan más mayores, ya lo sabes. Y lo nuestro... Bueno, tú ya sabes que de vez en cuando..., pues eso, que podemos divertirnos sin que nadie se entere —le dijo con tono lascivo acercándose a su oído. Al sentir su aliento cerca de su nuca se le puso el vello de punta.

—No, Elena. Te pasas mucho —dijo apartándola—. Deberías hacértelo mirar. —Trataba de contenerse, pero por dentro, el dolor, la rabia y la impotencia, iban creciendo. Elena, en cambio, no la tomó en serio.

—Sé paciente, mujer —replicó, melosa, sabiendo que conseguiría contener el malestar de su amiga—. Hoy te tengo algo reservado. —Alba la observó sin decir nada, tal vez esperando a que le explicase en qué consistía esta vez su falsa promesa. —Venga, anda, te lo voy a presentar.

—¿Qué? No. No, tía, no estoy de humor para que me presentes a nadie —dijo excusándose y conteniéndose de no llorar.

—Que sí, ya verás como te cae muy bien —zanjó saliéndose una vez más con la suya. Cogió el móvil y llamó a Adrien.

Resultado forense

Yago Reyes

Martes, 17 de septiembre de 2019

No aguantaba el olor de aquel sitio. Por suerte, la sala de autopsias no solía ser un lugar que tuviésemos que visitar muy a menudo; España es un país con una baja tasa de homicidios. Las estadísticas así lo indicaban: según un informe de finales del 2018, España fue el país con menor tasa de homicidios de toda Europa. Y, otro estudio más reciente, de mediados del 2019, afirmó que además habían bajado un cuarenta por ciento respecto al 2016. Eso sí, las víctimas más recurrentes seguían siendo las mujeres.

De cualquier modo, aunque escasas, aquellas visitas al anatómico forense me revolvían las tripas. De camino a la sala en cuestión, fui buscando mi braga para taparme la nariz y la boca y ahorrarme alguna que otra náusea.

Atravesamos el edificio. Mi compañera conocía adónde teníamos que dirigirnos, de modo que se encargó de ejercer de guía; eso sí, en el más estricto silencio. Al parecer, daba igual a qué caso nos enfrentáramos; ella había decidido seguir con el palo metido por el culo, dedicándome miradas despectivas y su mutismo más efectivo. Si quería sacarme de quicio, lo estaba empezando a conseguir. Por mi parte, no lograba entender qué demonios le había hecho. Lo mismo le recordaba a algún exnovio, o vete tú a saber. Pero, lo que sí tenía claro era que, de continuar así un par de semanas más, terminaría pidiendo un cambio de compañero.

—Es aquí —dijo señalando la puerta con el mentón.

«Albricias, ha hablado. Vamos a hacer una fiesta.»

—Genial —respondí. A continuación cubrí mis vías respiratorias con la braga. Aines se encargó de llamar con un par de golpecitos cortesía de sus huesudos nudillos.

Unos instantes después, una mujer nos abrió la puerta.

—Buenos días —saludó con una sonrisa cordial, haciéndose a un lado.

—Buenos días.

Entramos en la sala. La temperatura en todo el edificio era baja, pero al entrar a esa habitación aún se desplomó varios grados más.

—Buenos días, agentes —saludó el médico forense.

—¿Qué tal? —Me acerqué hasta situarme a los pies inertes de la chica—. ¿Qué tenemos?

—Bueno, un asesinato con penetración.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó Aines como si tuviese prisa en salir de allí.

—Asfixia. Probablemente con un cojín sobre la cara. No tiene marcas de estrangulamiento. Lo que sí tiene es un pequeño hematoma; nada destacable. Se lo podría haber hecho chocándose contra una mesa.

—¿Algo más? —cuestioné, haciéndome cargo de esa y de las futuras preguntas.

—No.

—¿Entonces hay agresión sexual?

—Es complejo. Hay evidencias de que perdió el himen durante la penetración. Sin embargo, por lo que nos dice su cuerpo, el acto pudo ser consentido.

Sentí cómo se me arrugaba el ceño.

—Entiendo que solo hubo penetración vaginal, ¿no?

—Sí.

Exhalé un suspiro demasiado sonoro.

—¿Has podido determinar la hora de la muerte? —preguntó Aines.

—Sí, se produjo hace más de cuarenta y ocho horas.

—¿Puedes concretar?

—A ver, yo situaría el crimen en la noche del sábado. Entre las diez y las doce.

—Perfecto, eso nos será de gran ayuda.

—¿Edad?

—Quince o dieciséis años. Hemos extraído sus huellas dactilares. Las hemos remitido a la comisaria para que puedan ser cotejadas con sus bases de datos.

—Estupendo.

—¿Alguna cosa más: drogas, alcohol...?

—No. Por el momento no hemos hallado nada más. La analítica está limpia.

—Está bien. Gracias.

—Es mi trabajo.

—Ah, una pregunta —dije girando sobre mí mismo—. ¿El lugar del hallazgo es el mismo en el que falleció?

—No. Como os he dicho, la asfixiaron. Pero no la estrangularon. Tampoco la ahogaron. En un primer momento yo mismo llegué a pensar que lo hicieron metiéndole la cabeza en el fango, pero hubiera encontrado restos en su organismo. Además, la ausencia de otras marcas indica que la asfixiaron en posición decúbito prono, con lo cual, si la hubiesen matado allí tendría la espalda, las piernas, el cabello..., manchados de barro, y no es el caso.

—Bien. Gracias de nuevo. Si se nos ocurre alguna pregunta más, te llamaremos.

—De acuerdo. En cuanto termine el informe también os lo haré llegar.

—Gracias.

De camino al coche tuve tiempo para pensar. La ventaja de tener una compañera más silenciosa que una babosa, era esa: los momentos de introspección. Necesitábamos conocer la identidad de la víctima para poder empezar a hacer nuestro trabajo, hablar con los padres, con los amigos o con cualquiera que pudiese saber algo. Era lo más urgente. A pesar del descenso, las estadísticas indicaban que, en los últimos años, el cuarenta por ciento de las mujeres víctimas de homicidios en España lo fueron a manos de su pareja, y el porcentaje aumentaba al sesenta por ciento cuando se incluía a familiares entre los agresores. Las primeras horas eran cruciales para encontrar al responsable.

—¿En qué piensas? —me preguntó Aines unos metros antes de llegar al coche. Me observaba con el ceño fruncido, como si desconfiase de mí.

—En el caso.

—Ya. Era de esperar —respondió cortante. Ante aquello, decidí ahorrarme los detalles de mis elucubraciones.

—¿Conduzco? —pregunté. Al menos me entretendría haciendo algo de provecho.

—Si te hace ilusión...

«Joder, qué asco das, bonita.»

Puse rumbo a la comisaría; trayecto que se me hizo más corto que de costumbre. Incluso, olvidé que iba alguien en el asiento de al lado.

Al llegar, fui directo a hablar con nuestro analista forense. Aines, en cambio, se fue al cuarto de baño, supongo que a sacarse el palo de...

—¿Qué, Alonso, cómo vas? —Mis palabras y una palmadita en el hombro fueron mi forma de decirle que ya estábamos de vuelta.

Creo que era el más joven de la plantilla y, aun así, estaba a uno de los cuarenta. Apenas llevaba un año en el departamento. Era moreno, tenía el pelo rapado al cero y una barba abundante y larga, al más puro estilo *Kratos*, el del videojuego *God of war*. Eso sí, estaba lejos de mostrar la presencia imponente del susodicho personaje; creo que llevaba ese look para aparentar un poco de dureza. Con todo y eso, le pegaba; con su más de metro ochenta y cinco y su espalda ancha, podía permitírselo sin parecer un quiero y no puedo.

—¿Qué pasaaa...? —saludó alegre. Cuando abría el pico era cuando realmente le notabas el fondo de bonachón.

«Al menos el resto de compañeros son majos —me dije, pensando en Aines.»

—Venimos del anatómico forense —expliqué.

—Ya imagino. Estaba a punto de llamaros. He cotejado las huellas dactilares. Se trata de una chica de la que denunciaron su desaparición el domingo por la tarde.

En ese momento entró Aines.

—Hola, Alonso.

—Hola. Le decía a Yago que ya tenemos la identidad de la chica. Se trata de Elena Pascual Molina. Sus padres denunciaron su desaparición el domingo, después de llevar varias horas sin saber nada de ella.

—¿Qué datos tienen los compañeros? ¿Se rastreó el móvil, se habló con los amigos y los familiares? —preguntó Aines.

—Sí. Está todo aquí. —Alonso señaló una carpeta que reposaba sobre su mesa.

—Ya, pero independientemente de lo que recojan los informes —intervine—, la cosa ha cambiado bastante. Hemos pasado de una denuncia por desaparición a una investigación por homicidio. Leeremos los papeles, pero tendremos que volver a hablar con muchos de los que figuran ahí. ¿Alguien le ha dado ya la noticia a la familia?

—No. Os toca hacerlo a vosotros.

—Sí. Si nos das la dirección iremos ahora mismo. ¿Son de Cullera?

—No, de Alzira.

—O sea, que el asesino se ha tomado las molestias de trasladar el cuerpo a una distancia prudencial de su pueblo.

—¿Das por hecho que la mataron en Alzira y luego la trasladaron a Cullera? —me preguntó Aines—. Elena podría haber estado en Cullera y haber sido atacada y asesinada allí mismo.

—Sí, es una posibilidad, pero no sé por qué veo más probable lo primero.

Aines hizo una mueca de «si tú lo dices...», pero no respondió.

—En fin, danos su dirección —solicité—. Es hora de hacer la parte chungueta de nuestro trabajo. Ah, y otra cosa. ¿Se le ha tomado declaración al agricultor?

—Sí, también está en esa carpeta.

—¿Y?

—Nada destacable. Nos ha dado coartada para los últimos días sin ni siquiera pedírselo. Así que...

—Bueno. «No quiere decir que sea cierta —pensé». Está bien, nos vamos.

Le hice una mueca en señal de agradecimiento.

Dirección en mano, nos pusimos en marcha.

Durante el trayecto, Aines se sentó en el asiento del copiloto y fue leyendo los informes.

—Si ves algo interesante, será un placer escucharlo —sugerí lo más afable que pude.

—Sí, no te preocupes, de momento no he visto gran cosa.

Continué con la vista puesta en la carretera. Y esta vez, en lugar de pensar en el caso, mi mente trató, una vez más, de entender a mi compañera. Si en ese momento me hubiera jugado el sueldo de tres meses a que no me volvería a dirigir la palabra hasta llegar al hogar de los padres de la víctima, hubiera ganado una buena tajada extra. Pero aquello no era divertido. Me desconcertaba. Ni siquiera sabía cuánto llevaba en el cuerpo, menos aún si tenía pareja, sus inclinaciones sexuales, dónde y con quién vivía... Era muy triste. A lo mejor se trataba, simplemente, de una persona a la que no le gustaba conversar, aunque, francamente, me parecía exagerado. Éramos compañeros y, entre otras cosas buscábamos asesinos: en nuestro trabajo es imprescindible hablar, intercambiar impresiones. Además, con los demás no actuaba igual. ¿Vergüenza, tal vez?

«En fin, a lo mejor tiene una enfermedad rara: timidez extrema, mutismo selectivo o algo por el estilo.

»Joder, cuando hemos llegado a comisaría bien que iba saludando a todo el mundo.

»Pues eso, mutismo selectivo que acostumbra a emplear solo conmigo. Cojonudo. —Suspiré sin que ella lo apreciase—. Le daré unos días más antes de preguntarle si tiene algún problema conmigo, a ver si entretanto me sorprende con algún cambio.»

—Hemos llegado —dije llamando su atención. Ella alzó la vista de los papeles, ojeó alrededor y luego cerró la carpeta—. ¿Y bien?

Me miró con cara de póker. Su rostro no reflejaba la más mínima pista de en qué estaba pensando.

—Tenemos muy poco: la denuncia de los padres, la descripción de cómo iba vestida...

—Alonso dijo que teníamos el rastreo del móvil.

—Sí.

—¿Y?

—Que puede que tengas razón sobre dónde la mataron.

Denuncia

Nuria Molina

Domingo, 15 de septiembre de 2019

Llegamos de la playa más tarde de lo que hubiese deseado. Quise convencerme a mí misma de que Elena estaba bien, de que por una vez en su vida había dejado aparcada esa madurez casi enfermiza que tanto la caracterizaba y se había soltado la melena; aunque con ello me tuviese en vilo. ¿Quién no ha hecho alguna locura siendo adolescente? Aquel era el argumento sobre el que giraban todos mis autoconvencimientos. Hice un esfuerzo por disfrutar del paisaje y de la compañía, por descansar, por no convertirme en la típica madre histérica que a la primera de cambio le da por pensar en la mayor tragedia que puede acontecerle a un hijo. En otras palabras, no quería convertirme en mi madre. Miguel trató de animarme. Su lenguaje corporal y su trato hacia mí eran la clara evidencia de que él también estaba preocupado, pero lo disimulaba para no exacerbar mis ánimos. Trató de distraerme estando más atento que de costumbre. Se notaba cuánto me quería; cuánto nos quería a ambas. Después de la muerte de César pensé que jamás volvería a ser feliz, ni a estar con nadie. Pero apareció Miguel y, gracias a él conseguí rehacer mi vida, darle un nuevo padre a Elena.

En un par de ocasiones, mientras estábamos fuera, me dijo: «Seguro que está en casa». Sin embargo, eché de menos no haber cogido el móvil. No sé cuántas veces me arrepentí. Creo que a lo largo de nuestra excursión ese fue el sentimiento que padecí más incisivo. Desde aquel día no he vuelto a salir de casa sin el móvil. Ni siquiera a tirar la basura.

Al entrar en casa confirmé lo que ya intuía: Elena no había regresado. Por muy impensable que me pareciese, fui a la cocina para comprobar si en nuestra ausencia pudo haber pasado por allí y, por el motivo que fuera, haberse vuelto a marchar. Pero la nota seguía en el mismo lugar donde la dejé. Cogí el móvil, que descansaba junto al papel, y comprobé si había recibido alguna llamada o mensaje suyo. Nada. Todo seguía igual que cuando nos marchamos, a excepción de una cosa: el tiempo transcurrido.

—Debemos ir a la policía —le dije a Miguel. Mis nervios empezaban a escapar a mi control.

Me miró con la boca medio abierta, pensativo. Tardó unos segundos en contestar.

—Está bien. Vayamos. Dame un minuto para que me ponga un pantalón y no me vean con estas pintas de dominguero.

—Sí. —Aproveché esos segundos, igual que él, para ponerme una ropa más adecuada. No me apetecía que se viesen los cordones del bikini asomando por mi nuca. Daría la impresión de...

Sí, en ese momento primó el qué dirán. Era probable que terminasen sabiendo que mientras mi hija estaba desaparecida, mi marido y yo nos fuimos unas horas a la playa, a desconectar, a pretender que todo se quedase en un susto. Pero si podía evitarlo, mejor; tal vez el cargo de conciencia fuese menor. Yo misma me avergonzaba de la forma en la que procedí, y siendo así, lo más probable es que ellos pensasen que había sido una mala madre por actuar de ese modo, más,

sabiendo que ella era una chica responsable, que tenía una actitud intachable, lo cual era un indicio de peso para sospechar que podría estar sucediéndole alguna desgracia. Así que, había obrado de la peor forma posible, sobre todo, siendo consciente de que las primeras horas para encontrar a una persona desaparecida son fundamentales. En ese momento no entendí que, aunque no hubiera ido a la playa, aunque hubiese ido a rezar y a poner velas a una iglesia, o aunque hubiese empapelado todo el barrio con su cara y un teléfono donde avisarnos en caso de que alguien la viese, el resultado hubiera sido el mismo.

—Ya estoy —dijo Miguel con las llaves del coche en la mano.

—Vale. Vamos.

Condujo hasta la comisaría. Durante el trayecto trató de darme conversación en un par de ocasiones, pero fue inútil. Le contesté con las palabras justas. No me apetecía hablar, ni pensar, ni hacer nada más que poner la denuncia y pedirle a Dios que apareciese lo antes posible. Poco antes de llegar, lo único que se me ocurrió fue hablar, una vez más, con su amiga Alba. La telefoneé.

—No lo coge —reflexioné en voz alta.

—¿Quién? ¿Elena?

—No. Su amiga. Alba.

—Ah. Mándale un mensaje.

—Sí.

Escribí:

«Hola. ¿Has sabido algo de Elena? Sigue sin aparecer».

Mandé el mensaje y recé por que lo viese pronto. Cuando iba a soltarlo, vi que se conectaba. Automáticamente sonó el teléfono.

—¿Alba? —Descolgué.

—Hola. No, no sé nada de ella.

—Nosotros tampoco. Vamos de camino a la comisaría para poner una denuncia por desaparición. —La escuché suspirar al otro lado del auricular—. ¿No tienes idea de con quién puede estar? ¿Dijo algo cuando se fue de tu casa?

—No, no tengo ni idea. No dijo nada. —El tono de su voz había cambiado. Parecía estar llorando. En ese momento la que terminé suspirando fui yo.

—Está bien, si te enteras de algo, avísame, por favor.

Emitió un quejido que interpreté como un «sí».

—Tengo que dejarte. Estamos llegando.

—Vale.

Colgué.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Miguel. Se le veía preocupado, tan inquieto como yo.

—Nada. No sabe nada.

Resolló.

—Está bien. Bueno, tranquila, la encontraremos —dijo cogiéndome de la mano.

Al llegar tuvimos que esperar unos minutos. Era lo normal, pero mis nervios solo querían recuperar el tiempo perdido.

Entramos a un despacho y nos atendió una agente.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles? —Me llamó la atención su seriedad.

—Buenas tardes. Venimos porque mi, nuestra hija, ha desaparecido.

—¿Quieren cursar una denuncia por desaparición?

—Sí.

—Muy bien. —Se inclinó hacia un lado de la mesa y cogió una carpeta. De ella extrajo unos papeles—. Deberán facilitarme toda la información que les vaya pidiendo. Les iré formulando una serie de preguntas que deberán contestar con la mayor sinceridad posible, ¿de acuerdo? —Miguel y yo nos miramos con complicidad. A juzgar por lo que continuó diciendo, la agente debió ver el miedo en nuestros ojos—. Aquí no estamos para juzgar a nadie, solo para encontrar a su hija. ¿Bien?

—Gracias —respondió Miguel al tiempo que yo asentía con la cabeza.

—Bien. Lo primero que necesito es que me faciliten sus identidades.

—¿Quiere el DNI?

—Sí, por favor.

Busqué en el bolso y extraje mi DNI. Por su parte Miguel sacó el suyo de su cartera. Ambos se lo entregamos a la señorita.

Los tomó y comenzó a teclear en su ordenador. Mientras, yo me dediqué a observarla trabajar. Sus facciones eran suaves, hecho que contrastaba con la seriedad con la que ejecutaba su trabajo. Era delgada; la camisa se le ceñía al pecho y a la cintura. Parecía alta. Al menos debía medir un metro sesenta y cinco; alta teniendo en cuenta que yo parecía familia de un grupo de pigmeos. Sin saber por qué, mi mente comenzó a imaginar cuán duro le tuvo que resultar aprobar los exámenes físicos para entrar en el cuerpo de policía.

«Yo no sé si esta muchacha tendrá la fuerza suficiente como para atrapar a los delincuentes. En un cuerpo a cuerpo... No sé. Los entrenan a fondo, pero, no deja de ser una mujer. Es evidente que tenemos mucha menos fuerza que los hombres. Bueno, tal vez por eso tenga un puesto de oficina. Entre las mismas mujeres, algunas tienen más fuerza que otras. No sé, yo no habría sido capaz. Aparte de que no me hubieran dejado acceder, por aquello de ser tan bajita. Pero de ser más alta, tampoco creo que lo hubiera conseguido. Aunque por lo que tengo entendido, las pruebas de acceso no son iguales para hombres que para mujeres. A ellas les dan «ventaja», menos resistencia, menos flexiones... Ni que los cacos fueran a ir con miramientos. En fin, creo que tanto ellos como ellas deberían cumplir unos mínimos, los necesarios como para garantizar la seguridad y la resolución de los casos. Eso sí, intelectualmente podemos ser tan competitivas como ellos. Mi Elena tampoco podría meterse a policía. Ha tenido que sacar mis genes —me lamenté».

—Bien. Ahora necesito que me facilite los datos de su hija.

—Su nombre es Elena Pascual Molina.

—Eh... —Terminó de escribir y miró a Miguel, luego a mí—. Usted es la madre.

—Sí.

—¿Y usted?

—Él es mi marido, el padrastro de Elena.

—Entiendo.

—Necesitaría el nombre del padre biológico.

—Se llamaba César C...

—Perdone, ¿no está vivo?

—No. Murió cuando Elena tenía cinco años.

—Entiendo. Vale. ¿Sabe el número de DNI de Elena?

—No.

—De acuerdo.

—¿Fecha de nacimiento?

—15 de Noviembre de 2003.

—Dieciséis años, ¿entonces?

—Quince. Cumple los dieciséis dentro de un par de meses.

—Bien. ¿Desde cuándo lleva desaparecida?

—Desde esta mañana. Ha pasado la noche en casa de una amiga. Ella dice que sobre las nueve se ha ido. Desde entonces no sabemos nada de ella.

—¿Creen que ha podido quedar con alguien, escaparse...?

—No. No lo creo, la verdad.

—¿Tenía problemas en casa, en clase, con los amigos...?

—No. Me lo hubiera dicho.

—¿Ha estado actuando de forma extraña últimamente?

Me quedé pensativa. Miré a Miguel por si él hubiera notado algo raro en los últimos días o semanas que yo no hubiera percatado. Pasaba más tiempo en casa que yo, su testimonio sería más fiable que el mío.

—Yo no he notado nada fuera de lo normal —contestó Miguel.

—No. Bueno. Lo que sí he notado es que lleva unos meses arreglándose más. Está en plan coqueta, supongo que por la edad o, no sé, tal vez le guste algún chico de su instituto, aunque..., sería raro, ahora mismo están de vacaciones de verano, no sé si tiene mucho sentido a no ser que lo vea a menudo, que creo que no es el caso —medité en voz alta. No me importó compartir mis especulaciones con ellos, tal vez podían servir de algo.

—Vale. A ver, necesito que me den una descripción de su hija lo más detallada posible: peso, estatura, color de pelo, de ojos... Y necesitaría una fotografía lo más reciente posible.

—Claro. Físicamente es muy semejante a mí: mide un metro cincuenta y uno, pesa cuarenta y cinco kilos, ojos castaños, pelo oscuro, casi negro...

—¿Alguna marca de nacimiento, tatuaje o piercing?

—No.

—¿Recuerdan cómo iba vestida?

Volví a mirar a Miguel. De los dos, él era el último que la había visto.

—Creo que llevaba unos vaqueros cortos, o unas mayas de esas que parecen vaqueros, y una camiseta —respondió él—. No sé de qué color.

—¿De tirantes, de manga corta, con forma de top...?

—Eh... Creo que de tirantes. Tampoco la miré mucho, no me dio tiempo, dijo que se marchaba con su amiga a dar una vuelta y a ver las tiendas, y poco más. Y de todas formas, yo en esas cosas no me suelo fijar, así que, no estoy seguro del modelito que llevaba.

—Está bien, no se preocupe. Si recuerda algún detalle nos lo puede decir en cualquier momento.

Se me escapó un suspiro.

«No sé cómo los hombres pueden llegar a ser tan despistados en algunas cosas. Si le hubiera preguntado por un partido de fútbol de hace diez años, seguro que lo hubiera recordado al detalle.»

—De acuerdo —prosiguió la policía tras teclear en su ordenador—. Dicen que quedó con una amiga.

—Sí. Con su amiga Alba.

—¿Se llevaban bien? ¿En algún momento han tenido disputas destacables?

—No que nosotros sepamos. Se conocen desde que eran pequeñas. Alba tiene casi dos años más que Elena, pero siempre han sido como uña y carne. Sobre todo desde hace dos años, que coinciden en la misma clase. Alba es muy buena chica, pero le cuesta mucho..., vamos, que no es tan buena estudiante como nuestra hija y, bueno, lleva dos años de retraso en sus estudios.

—Vale. Solo quedó con ella.

—Eso creemos.

—Bien. Ahora les haré varias preguntas un poco más delicadas. ¿Sufre de algún tipo de discapacidad o trastorno mental?

—No.

—¿Depresión o tendencias suicidas?

—No. Lo más grave que ha vivido fue la muerte de su padre, pero ya le digo que era muy pequeña cuando sucedió. Yo ya conocía a Miguel, del trabajo y, después de la muerte de César, Miguel empezó a venir a visitarnos a casa. Me di cuenta de que se llevaban muy bien y que cuando él estaba Elena se olvidaba de la tragedia. Luego, con el paso del tiempo, Miguel y yo empezamos a salir y, bueno, ya ve, hasta hoy.

—Para mí es como una hija biológica —explicó Miguel. La mujer asintió con una recreada mueca.

—¿Tienen constancia de que tenga alguna amistad nueva, que haya frecuentado algún lugar distinto a los de costumbre?

—No.

—¿Toma algún tipo de medicamento?

—No.

—Disculpen que les haga tantas preguntas, pero es necesario manejar la mayor cantidad de información posible. Algunas, como les he avisado antes, sé que pueden resultarles incómodas, pero estoy obligada a hacérselas.

—No se preocupe. Lo entendemos.

—Sigo. ¿Ha ocurrido algún suceso que le pueda haber animado a irse de casa por voluntad propia?

Negué con la cabeza tratando de recordar alguna disputa reciente, pero no había nada que recordar.

—¿Creen que pueda estar en compañía de algún adulto que pueda poner en riesgo su integridad física?

En ese momento sentí cómo el corazón me daba un vuelco. Durante la entrevista estuve nerviosa, pero dentro de un control. Sin embargo, aquellas palabras activaron algo en mi inconsciente que me hizo sentir una profunda agonía, un palpitar descontrolado y náuseas. Traté de contener la emoción, pero no pude. Contesté con un tembloroso «no» que dejó en evidencia mi estado.

—Ya queda poco —dijo la agente con compasión. No respondí, solo deseé que terminase pronto con aquel maldito cuestionario que cada vez me hacía sentir más miedo—. ¿Tienen constancia de que en los últimos días haya conocido a alguien a través de internet?

—¿Internet? —preguntó Miguel extrañado.

—No tiene por qué ser lo que le ha sucedido a su hija, pero al cabo del año tenemos constancia de muchos casos de menores que conocen a adultos a través de internet. Se hacen pasar por jóvenes de su misma edad y en ocasiones terminan engatusándolos para quedar y conocerse en persona.

—No. No lo creo posible. ¿Elena? No. No creo —respondí sintiendo un temblor por todo mi cuerpo, como si me hubiera transformado en un muñeco parlanchín roto, soltando frases pregrabadas, repetitivas y atropelladas.

—Está bien. Ya casi hemos terminado. Necesito que me faciliten la foto de Elena en color y lo más reciente posible.

—¿Vale con alguna que tengamos en el móvil?

—Sí.

Miguel y yo cogimos nuestros teléfonos para buscar alguna que fuese fiel a como era en persona. El temblor de mis manos, la dispersión mental y los ojos humedecidos me impedían hacer lo que debía. Me sentía tan culpable por no haber acudido antes a ellos...

—Mira —me dijo Miguel—. Yo tengo estas de hace un par de semanas.

Me enseñó varias en las que salían ellos dos haciendo el tonto, poniendo caras raras y riéndose.

—¿De cuándo es eso?

—De una tarde que tú estabas en el trabajo. Estuvimos viendo una peli y jugando a la consola.

—Mis ojos se clavaron en la mirada de júbilo de Elena. Se la veía tan feliz; no podía haberse escapado de casa, era imposible—. ¿Vale esta? La puedo recortar —dijo dirigiéndose esta vez a la policía. Le enseñó la imagen y a la mujer le pareció bien.

—De acuerdo —expuso después de tener la fotografía en su poder—. Una pregunta más, ¿han tocado alguna de sus pertenencias, su habitación, su ropa...?

—No, nada.

—Bien, déjelo todo tal y como esté. No limpie la habitación, ni recoja los objetos que pueda haber por medio. Es importante que nadie toque sus pertenencias, ni familiares, ni amigos, nadie salvo los agentes que estén al cargo de la investigación. También he de pedirles que no laven su ropa. Guárdenla en una bolsa de basura mientras determinamos si necesitamos analizarla. Por otro lado, no les he preguntado por su móvil, ¿saben si lo llevaba consigo?

—Sí, creo que sí. Me mandó un mensaje para decirme que pasaría la noche con su amiga. Aunque también mencionó que antes pasaría por casa, y a ti te pareció oír la puerta, ¿no? —le pregunté a Miguel.

—Sí, me pareció que entraba en casa, pero..., no lo sé seguro, me estaba duchando.

—La última vez que la vieron cada uno de ustedes, ¿cuándo fue, entonces?

—Yo a mediodía. A eso de las tres o tres y cuarto, que es cuando me fui al trabajo.

—¿Y usted? —le preguntó a mi marido. Se quedó pensativo.

—No sé a qué hora se fue con su amiga, la verdad. Tal vez eran las cinco y media o las seis de la tarde.

—¿Y esa fue la última vez que la vio? —insistió la policía.

—Sí.

—De acuerdo. —Tecléo algo en el ordenador—. Bien, a partir de este momento, queda abierto un expediente por la desaparición de Elena Pascual Molina. Una pareja de compañeros acudirá a su domicilio para hacer una inspección ocular del dormitorio de su hija. Ya les digo: no toquen nada. Por otro lado, quiero informarles de que al tratarse de una menor y al considerar que la desaparición pueda deberse a un acto ajeno a su propia voluntad, lo cual implica un posible riesgo para su integridad física, procederemos a rastrear su móvil.

»Aquí les dejo un número de teléfono de contacto por si recuerdan algún detalle de interés o por si tienen alguna pregunta. En caso de que regresase a casa, les agradecería que nos informen inmediatamente para poder cerrar el expediente.

—Claro, por supuesto —respondió Miguel en nombre de los dos.

En mi caso, tan solo pude asentir y articular un sentido «gracias». Me levanté con la sensación de ser una mujer de avanzada edad, renqueante, sin fuerzas, desolada por lo que temía que podía acontecer después de aquello. La poca fe que me quedaba reposaba ahora en sus manos.

Rastreo

Nuria Molina

Domingo, 17 de septiembre de 2019

Pasaban unos minutos de las ocho de la tarde cuando los agentes se personaron en nuestra vivienda. Se trataba de dos hombres, un señor de unos cincuenta años y un chico más joven, de unos treinta —aunque dudo que llegara a veintisiete o veintiocho—. Recuerdo que se presentaron, nos dijeron sus nombres y nos informaron del procedimiento que iban a seguir. Mi mente estaba tan abotargada, que no me enteré de nada. Parecía estar en una pesadilla, de esas en las que no entiendes nada, de esas en las que de repente te ves en el papel protagonista sin pedirlo, sin darte cuenta. Simplemente estás ahí: sufriendo por lo que acontece, privada de cualquier maniobra de acción para defenderte. Congelada, observas a tu alrededor. Cualquier cosa te parece una señal de por qué tu hija no ha vuelto a casa, cualquier recuerdo tratas de convertirlo en una herramienta con la que salir del abismo. Incluso el más ateo se convierte a la religión, a la que sea, con tal de que todo acabe. Recé, claro que recé. A todos los dioses, santos y vírgenes. Pero te das cuenta de que estás a expensas, no de la voluntad de las supuestas deidades, sino de la voluntad del mundo. El propio ser humano tiene voluntad, se rige por su propio albedrío, tanto para lo bueno como para lo malo. Y de repente pareces transformarte en una especie de muñeco de nieve que se derrite minuto a minuto. Una parte de ti sabe que, antes o después, de ti solo quedará un charco, un remanso de agua sucia y ennegrecida por la mierda que vuela suspendida en el aire mientras tú estás inmóvil en mitad de la incertidumbre. Algo en el Universo, decidió que tú serías el antojadizo juguete de otro ser humano.

Los agentes se pasearon por la casa como si estuviesen en la suya. Hablaban entre ellos en un tono casi inaudible. Supongo que no querían que escuchásemos determinadas conjeturas. Las escasas ocasiones en que nos dirigieron la palabra fue para ponerme aún más nerviosa:

—¿Conocen la contraseña de su ordenador?

No. No la conocía. Supuse que a su edad era lo suficientemente madura como para poder concederle la intimidad que demandaba; su padre me animó a ello.

—No. —Me lamenté.

—La de la tablet tampoco, supongo.

—No.

—De acuerdo.

Estaba convencida de que en su carrera —sobre todo el mayor de ambos— habría visto de todo; pero eso no supuso un gran consuelo.

—Necesitamos que nos facilite un listado de las personas que puedan tener información sobre ella. En el expediente hemos visto que su hija pasó la noche en casa de una amiga.

—Sí, de Alba.

—Bien, ¿nos pueden dar su teléfono?

—Claro.

Eché mano al móvil y busqué en la lista de contactos.

—Si tiene también el de sus padres, mejor.

—De acuerdo.

Tras unos segundos les di los teléfonos.

—¿Hay alguna persona más con la que pueda haber estado?

—No lo sé.

—¿No tenía más amigos?

—Sí, pero siempre estaba con Alba.

Se miraron el uno al otro con cierta resignación.

—Está bien, empezaremos hablando con la chica y con sus padres.

—De acuerdo.

Tuve la sensación de que pensaban marcharse ya, cuando de pronto, rompiendo todos mis cálculos, el mayor de ambos volvió a interesarse por nuestra versión de la desaparición.

—Señora Molina, ¿cuándo fue la última vez que vio a Elena? —Me extrañó la pregunta, incluso me pareció ofensiva. ¿Acaso no tenían el informe, no podían leerlo y dejar de preguntarnos continuamente las mismas cosas?

—El sábado antes de ir a trabajar. Sobre las tres y algo. Tres y cuarto, quizá.

—¿Estuvo trabajando hasta que denunció su desaparición?

—No. Llegué del trabajo sobre las doce de la mañana.

—¿A qué hora sale del trabajo?

—A las once.

—¿Y suele tardar una hora en llegar a casa?

—Normalmente sí. Me quedo con alguna compañera a tomar un café rápido antes de volver.

—¿Dónde trabaja, señora Molina?

—Soy técnico de laboratorio en el Hospital Público Universitario de La Ribera.

—¿Y en qué consiste su trabajo?

—En analizar cualquier muestra que nos envíen al laboratorio.

—Entiendo —dijo el más adulto. El joven permanecía en silencio.

—¿Y usted? —preguntó, dirigiéndose esta vez a Miguel. Sentí cómo se me aceleraba el pulso: ¿estábamos en su lista de sospechosos?

—¿Yo, qué?

—¿Puede darnos su nombre completo?

—Sí. Miguel Castillo Bermejo.

—De acuerdo, señor Castillo. ¿Cuándo fue la última vez que vio a la hija de la señora Molina?

—¿«La hija de la señora Molina»? —replicó en un tono malhumorado y desafiante—. También es mi hija, ¿saben? Llevo criándola desde que tenía seis años. Y estoy casado con su madre. Es tan hija mía como suya.

—Claro, cómo no. Agradecemos la aclaración, pero necesitamos que responda a nuestra pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Elena?

—El sábado.

—¿A qué hora?

Resolló.

—No sé qué hora sería. Ya se lo dije a su compañera. Sobre las..., cinco y media, supongo. Tal vez las seis. Cuando hablen con su amiga sabrán exactamente a qué hora quedaron.

—Bien.

—¿Desde entonces no la ha vuelto a ver?

—No.

—¿Dónde estuvo mientras su mujer trabajaba?

—Aquí, en casa. Viendo Netflix.

—¿Qué vio, concretamente?

—Estuve viendo *Mindhunter*.

—¿Todo el rato?

—No. Primero vi un par de capítulos de *Mindhunter* y luego empecé el documental de *Making a murderer*.

—¿Le gusta el tema de los asesinos en serie y los crímenes en general?

—Sí, también las series de historia y ciencia ficción —respondió a la defensiva.

—¿Estuvo usted solo?

—Sí.

—Muy bien. De momento es todo. Iremos a visitar a la amiga de su hija.

—Gracias.

Los acompañé hasta la puerta. Se despidieron con un «si se entera de cualquier cosa, nos llama, tiene nuestro número». Me quedé abstraída bajo el umbral con medio cuerpo en el descansillo y el otro medio dentro de casa, viendo cómo bajaban las escaleras sin percatarse de mi obnubilación. Cuando les perdí de vista regresé junto a mi marido.

—Ya se han marchado —le dije a Miguel, que se había sentado en el sofá. Su mirada estaba clavada en ningún lugar concreto de la pared que tenía enfrente, mientras sus manos colgaban entrelazadas entre sus piernas.

—¿Te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Se creen que he sido yo.

—No sé por qué dices eso.

—No se puede ser sincero con esta gente. ¿Has visto las caras que han puesto cuando les he dicho lo que estuve viendo? ¿Acaso me creen un perturbado? ¿Cuántos millones de personas ven esas series? Si tienen fama y éxito es porque las siguen millones de personas. —Resolló. Le percibí nervioso. Sus ojos se barnizaron de dolor e impotencia.

—Tranquilo. —Fue lo máximo que acerté a decir. No tenía fuerzas para consolar a nadie. Tan solo me senté a su lado y le puse una mano en la espalda.

—Por eso no les he dicho nada de que me pareció escucharla entrar mientras yo me duchaba. No lo hubieran creído, me hubieran puesto el cartel de sospechoso; más de lo que ya lo han hecho. ¿Cómo iba a hacerle yo algo malo a nuestra hija?

Agachó la cabeza para evitar que le viese los ojos humedecidos.

—La encontrarán. Estoy segura.

Aquella fue la primera vez que unos agentes entraban a mi casa. La siguiente vez, fue un día y medio más tarde.

DOS DÍAS MÁS TARDE

Martes por la tarde

El sonido del portero me sobresaltó. Llevaba dos días sin apenas pegar ojo. Sin embargo, el confort del sofá unido al zumbido del televisor logró disuadir mi insomnio. El corazón se me aceleró de tal forma que sentí mis latidos como si alguien estuviese percutiendo un gong dentro de mi caja torácica.

En aquel instante estaba sola; Miguel había ido al gimnasio para intentar reducir su nivel de estrés.

—¿Sí? —respondí tras descolgar.

—Somos de la policía, venimos a hablar con Nuria Molina y Miguel Castillo.

—Sí. Suban, por favor. —Apreté el botón para hacer que la puerta del portal se abriese.

Mi cuerpo empezó a temblar como una vela azotada por una corriente de aire. Mi mente no atendía a pensamiento alguno. Me quedé petrificada ante la puerta, sin mover un solo músculo, igual a como se posaba antiguamente para que te inmortalizasen en una fotografía en blanco y negro.

Un par de golpes secos en la puerta me advirtieron de que esperaban al otro lado.

Abrí.

Aquellos agentes no eran los mismos que vinieron un par de días antes. Aparte de ser un hombre y una mujer, no iban vestidos con su característico uniforme. Por un momento pensé que se trataba de una pareja de testigos de Jehová tratando de reclutar a nuevos adeptos. Sin embargo, antes de que me diera tiempo a decir nada, se presentaron.

—¿Señora Molina? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Somos los agentes Yago Reyes y Aines Collado. ¿Está su marido?

—No. Ha ido al gimnasio para despejar un poco la mente. —Me vi justificándole aun cuando no habían pedido explicaciones—. Están siendo unos días muy difíciles.

Los agentes se miraron entre ellos; luego su atención volvió a recaer sobre mí. Fue el hombre quien se encargó de seguir hablando, aunque por la expresión de sus rostros, adiviné qué sería lo siguiente en escuchar de sus labios.

—Tenemos que darle una mala noticia.

—No.

—Esta mañana se ha hallado el cuerpo de su hija. —Sentí cómo de forma automática se me humedecían los ojos. No pude hablar. La vista se me nubló momentáneamente. Estuve al borde del desfallecimiento—. ¿Quiere sentarse? —Negué con la cabeza, aunque no me hicieron caso. La mujer me cogió del brazo y me acompañó hasta el salón. Me ayudó a sentarme en el sofá. A lo largo de aquellos metros, se agolparon en mi mente centenares de preguntas. Entre los «porqués», los «cuándo», los «cómo» y los «quiénes», conseguí articular una pregunta con la voz quebrada, la que más me preocupaba, la que dependiendo de cuál fuese su respuesta rompería mi alma para siempre.

—¿Sufrió?

El trabajo

Viernes, 16 de agosto de 2019

Aquella se presentaba como una tarde más. Nuria acababa de terminar sus vacaciones de verano y debía incorporarse al trabajo.

—¡Ya he llegado! —vociferó Elena desde la entrada tras cerrar la puerta de casa —¿¡Mamá!? ¿¡Miguel!?

—¡Estoy en la habitación! —respondió Nuria.

Elena dejó la bolsa de la playa en la cocina y fue al dormitorio de sus padres.

—Hola. ¿Te vas? —le preguntó la joven dándole un beso en la mejilla.

—Hola, hija. Sí, ya sabes. Se acabó lo bueno.

—Es verdad, se me había olvidado que hoy trabajabas.

—¿Qué tal lo habéis pasado?

—Bien —respondió distraída, examinando lo que hacía su madre.

—¿Has comido?

—Sí, el sándwich que me llevé —dijo sentándose en la cama como una niña pequeña.

—Muy bien. ¿Y quiénes habéis estado, solo Alba y tú?

—No. Alba, Lucía y Carol. Nos las hemos encontrado allí. Aunque no sé cómo las hemos visto porque estaba llenísimo de gente. No veas cómo se pone Cullera en estas fechas.

—Es normal, la zona de levante alberga mucho turismo.

—Joder, pero es demasiado —se quejó la chica en un arranque de sincera espontaneidad—. Casi te chocas con el de la toalla de al lado. Me parece muy exagerado.

—Bueno, mientras no tengamos dinero para irnos de vacaciones a las Seychelles o para comprarnos una isla privada, tendremos que conformarnos con compartir olas y meados con los demás veraneantes —respondió Nuria con cara de guasa.

—Joder, mamá, cómo te pasas —respondió poniendo cara de asco.

—Ni que fuese mentira.

—Ya, por favor, basta, que estás haciendo que me dé mucho asco.

Nuria se carcajeo mientras buscaba una camiseta de tirantes que ponerse.

—Vale, pero es verdad, y lo sabes —zanjó con retintín.

—¡Mamáááá! —Se levantó de la cama de un salto.

—¿Dónde vas?

—A la ducha, a quitarme los meados —dijo resignada.

—Oye. Antes estaba pensando que, por qué no vamos un día de compras.

—¿Cuándo?

—Pues no sé, ¿el fin de semana? Ya habré terminado el ciclo.

—Me parece guay.

—Sí. Es que hace mucho que no te compras ropa y cr...

—En realidad no me hace falta nada.

—¿No quieres unos pantalones de esos cortitos que llevan todas las chicas de tu edad?

—¿Esos con los que vas enseñando medio culo? No, gracias. No me apetece ir por la vida como una *pornochacha*.

—Okey —respondió su madre reflexiva—, compraremos otro modelito menos obsceno.

—Si vemos algo que mole, vale. Pero si no, ya te digo que tengo ropa de sobra.

—Como tú quieras.

—Me voy a la ducha, ¿vale?

—Vale.

—Por cierto, ¿papá dónde anda?

—Se fue al gimnasio hace un rato. Supongo que tardará en volver, ¿por?

—Quería saber si tengo la casa para mí sola toda la tarde, jeje...

—Qué ganas tienes de que nos vayamos, ¿eh?

—Era una broooma, mujeeer...

—Ya, ya. Una broma.

—Bueno, me voy a duchar.

—Vale. Yo también me tengo que ir ya.

—Que tengas buena tarde y buena noche —dijo acercándose a su madre y dándole un beso en la mejilla.

—Gracias. Igualmente. Si vas a algún lado, mándame un mensaje, ¿vale?

—Sí, no te preocupes, aunque seguramente hoy no vaya a ningún lado más.

Mientras su madre terminaba de arreglarse, Elena preparó la ropa que se pondría después de la ducha. Cogió los altavoces y la Tablet y se la llevó al cuarto de baño. Buscó su lista de reproducción y la puso a todo volumen. Ni siquiera se enteró de cuándo pasó a quedarse sola.

—¡¿Mamá?! —gritó asomando la cabeza por la puerta del baño. Esperó una respuesta. Nada. Volvió a chillar: «¡¿Mamá?!». El silencio se encargó de indicarle que tenía el piso a su entera disposición. Siendo así, ni siquiera se molestó en cerrar la puerta del baño.

Se desnudó al ritmo del reguetón. Danzó ante el espejo, mirando sus propios contoneos. Observó sus pechos, sus brazos, sus caderas, sus piernas, su pubis. Sentía la sensualidad recorriendo cada palmo de su anatomía. Abrió el grifo del agua caliente para graduarla a una temperatura templada. Finalmente entró.

Aprovechando que no había nadie que la metiese prisa, para no gastar innecesariamente aquel recurso natural y limitado, la ducha sería más larga que de costumbre. Balanceó su cuerpo bajo el agua hasta dejarlo completamente empapado. Siguió danzando, esta vez, limitando los movimientos. Cogió el champú y se enjabonó el cabello mientras cantaba y meneaba sus caderas. Al primer champú le siguió un entretenido aclarado. Continuó bailando, pero con precaución de no resbalar. Cogió de nuevo el bote y se echó un segundo champú. Masajeó su cuero cabelludo unos minutos mientras el agua seguía acariciando su piel dorada por el sol. Cuando lo consideró oportuno, se dejó deslizar nuevamente hasta situarse bajo la alcachofa de la ducha. El jabón recorría su virginal cuerpo en el momento en que su padre entró en casa. La puerta se abrió y se cerró sin que ella lo escuchase; estaba demasiado inmersa en la música y en sus bailes «provocativos».

Miguel, por su parte, regresaba agotado del gimnasio. Aquella tarde no se sentía con fuerza para estar una hora levantando pesas; el calor le dejaba sin energías. Miró la hora en su reloj de pulsera.

«Será Elena. Nuria debió marcharse hace al menos diez minutos.

»Qué bien se lo pasa cuando no estamos —pensó al oír la música a todo volumen».

Unos pasos más y pudo apreciar el sonido de la ducha y a Elena canturreando. Al llegar al

pasillo vio que la puerta del baño estaba entreabierta. Pasó de largo hasta la habitación del fondo y soltó allí la bolsa de deporte que solía llevar al gimnasio; era hora de echar a lavar la ropa sucia. Abrió la bolsa y la sacó. Se quitó la camiseta y los pantalones cortos que vestía, las zapatillas y los calcetines, y lo fue apilando en el suelo junto a las demás prendas para, a continuación, trasladarlo al cesto de la ropa sucia. Haciendo una pinza con sus brazos, agarró todas las prendas y atravesó de nuevo el pasillo en dirección a la cocina. No pudo evitar, en su recorrido, llevar la vista al interior del baño. La mampara de cristal transparente, manchada únicamente por las salpicaduras del agua y el jabón, dejaba apreciar una perfecta imagen de Elena de espaldas, enjabonándose y contoneándose al ritmo de la música.

«Será como su madre: siempre tendrá cuerpo de niña.

»Todas deberían ser así: son las más monas.»

Llegó a la cocina y dejó la ropa.

«Yo también debería darme una ducha. Estoy sudando otra vez.»

Desanduvo sus pasos en dirección al dormitorio, pasando nuevamente por delante del cuarto de baño donde estaba Elena. Caminó a paso lento y sigiloso para evitar hacer cualquier ruido que delatase que ya se encontraba en casa y, esta vez, cuando llegó a su puerta se paró para contemplarla. Estaba doblada a la mitad desde su cintura. Al parecer se rasuraba sus tersas piernas mientras el agua golpeaba su espalda. Desde esa perspectiva podía apreciar su perfil y un lateral de su pecho. El cabello se adhería a su dermis de modo lascivo, y Miguel no podía apartar la mirada de sus movimientos, de su anatomía. En su inconsciente sintió celos del agua. Se le hizo un nudo en la garganta al percibir una ligera erección bajo sus calzoncillos. Tragó saliva.

«Mejor será que me vaya a la ducha —pensó de camino al baño de su dormitorio.»

Expediente

Yago Reyes

Martes, 17 de septiembre de 2019

Aquel «puede que tengas razón» fue como música celestial para mis oídos.

«¿Razón? ¿La borde de mi compañera me está hablando y encima está barajando la posibilidad de que mi hipótesis pueda ser correcta? —No me lo podía creer.»

—Dime qué has visto —le pedí con cautela. Tal vez estaba en plan sarcástico y no lo había pillado. Volvió a abrir la carpeta. Pasó varias páginas hasta que se detuvo en una. Con el dedo índice comenzó a escanear el texto que quería compartir conmigo.

—Mira.

Me acercó el papel, señalando un párrafo con su immaculada uña pintada en marrón chocolate. Leí para mí.

«Última localización GPS ubicada en Camí del Cebollar, Cullera. Coordenadas: 39°08'59.9"N 0°16'45.4"W».

—Tenemos una imagen del satélite —añadió Aines, mostrándomela—. El aparato emitió la misma señal durante horas. Luego se apagó, supongo que se quedó sin batería. Los compañeros acudieron al lugar para ver si podían recuperarlo y extraer alguna información. Ahora mismo está en manos del analista forense de móviles.

—De acuerdo. ¿Hace mucho que está en su poder?

—No, desde ayer por la noche. Pero el problema ya sabes cuál es.

—¿Cuál?

—Estaba apagado cuando lo encontraron.

—Sí, pero si no se ha roto, antes o después podrán acceder a él. Joder, hay que ser muy gilipollas para cargarse a alguien y tirar su móvil cerca de una de las escenas del crimen.

—Tal vez tenía prisa.

—Sí, puede ser. Lo que también creo es que era novato. Tuvo la picardía de alejar el cadáver de la escena principal, pero luego no cayó en la cuenta de que el móvil nos puede dar mucha información.

—¿Crees que fue un fallo o que lo hizo adrede?

—¿Tú crees que lo haría adrede? ¿Con qué finalidad, la de que le pillemos? —Puso una mueca de «llevas razón»—. ¿Tenía novio?

—Francamente, no está claro. Aquí tenemos la declaración de un tal Adrien Berguer Fabre con el que tendremos que volver a hablar.

—¿Adrien? ¿De dónde narices es ese nombre?

—Francés.

—Oh. —Alcé las cejas sin pretenderlo—. Pues sí, tendremos que volver a charlar con ese tal Adrien, eso seguro. —Se me escapó un suspiro agotado—. En fin, vayamos a hablar con los

padres de la chica. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

Bajamos del coche y nos dirigimos al portal de la casa de los padres de Elena. Aines buscó el piso y llamó al telefonillo.

—¿Sí? —preguntó la mujer con un sutil tono electrónico.

—Somos de la policía —anuncié—. Venimos a hablar con Nuria Molina y Miguel Castillo.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—Sí. Suban, por favor —respondió con la voz temblorosa.

Tras el zumbido pertinente, accedimos al portal.

—Es un primero. Subimos andando, ¿no? —cuestionó Aines, quien sin haberme dado tiempo a contestar ya se había puesto en marcha.

—Sí —contesté, siguiendo su estela.

Una vez arriba, llamé a la puerta dando un par de golpes.

—¿Otra vez? —me recriminó Aines.

—«Otra vez» ¿qué?

—Los golpes.

—¿Qué pasa?

—La próxima vez llamaré yo al timbre.

—Ya tardas.

Nos dedicamos una mirada desafiante, aunque nos olvidamos de nuestras discrepancias en el momento en que la señora Molina abrió la puerta.

—¿Señora Molina? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—Sí.

—Somos los agentes Yago Reyes y Aines Collado. ¿Está su marido?

—No. Ha ido al gimnasio para despejar un poco la mente. Están siendo unos días muy difíciles.

Mientras ella hablaba la observé: tenía la mirada ojerosa, la piel pálida, el cabello despeinado.

No quise andarme por las ramas, ni darle tiempo a que pensase que traíamos buenas nuevas sobre el caso de su hija. Allí mismo, en el pasillo, me encargué de comunicarle su pérdida de la manera más suave que pueden darse ese tipo de noticias. Sin pronunciar la palabra muerta o cadáver, la mente y el alma, entienden el resto.

—Tenemos que darle una mala noticia —dije al tiempo que mi compañera cerraba la puerta.

—No —articuló afligida con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Esta mañana hemos hallado el cuerpo de su hija.

El silencio invadió el hall. Su rostro quedó desencajado. Su palidez empeoró.

—¿Quiere sentarse? —le ofreció mi compañera cuando ya la agarraba del brazo para acompañarla hasta algún sitio donde sentarla. Terminamos en el comedor de la vivienda.

Aun reposando sus nalgas y el peso de su cuerpo en el sofá, parecía que en cualquier momento se iba a vencer hacia delante y caer de bruces contra el suelo. Esperamos unos segundos a que se repusiera de la noticia. Y de pronto, sus labios emitieron una pregunta encerrada en una sola palabra.

—¿Sufrió?

En ese instante me pregunté qué era lo que les dolía más a unos padres que acaban de perder a su vástago: ¿la pérdida en sí o el modo en cómo murieron? Tal vez si a cada uno de ellos les asegurasen que su hijo no sufrió, que no padeció dolor físico ni miedo, tal vez su aflicción mermaría, tal vez aceptarían que el camino de su hijo tenía que finalizar antes que el suyo por

algún motivo ajeno a su entendimiento.

Durante unos instantes vacilé qué contestación darle. Ni siquiera yo lo sabía, aunque por lo que nos dijo el forense, el acto sexual parecía haber sido consentido.

—Todavía no puedo darle esa información —respondí al fin.

—¿Dónde está? Quiero verla. —Su voz era una triste melodía, débil y temblorosa.

—Les avisaremos cuando puedan ir.

—¿Saben? El día que fuimos a poner la denuncia temí acabar de este modo. Una parte de mí me decía que ya era tarde para hacer nada; aunque me quise convencer a mí misma de que ustedes podrían conseguir algo, devolverme a mi niña sana y salva. Pero no, sabía que era imposible. Ella no se había escapado. —Hablaba con los labios de la resignación y con el foco de su mirada disperso en ninguna parte concreta del suelo. Sus ojos permanecían en una constante humedad, sin la fuerza necesaria para trascender a lágrimas. No quisimos interrumpirla; ambos sabíamos que necesitaba exteriorizar su angustia y nosotros estábamos en el lugar y en el instante preciso para escucharla—. Era muy madura para su edad, distinta a sus amigas.

»Tampoco se habría retrasado sin avisarnos a su padre o a mí.

»Me hubiera llamado. Sí, me hubiera pedido ayuda si la hubiese necesitado. —Hablaba cabizbaja—. Pero alguien le impidió que acudiese a mí. Alguien me la robó. Me la ha matado. La ha apartado de mí para siempre.

»Y ahora...

»¿Qué vamos a hacer sin ella?

»Tal vez su padre se la ha querido llevar consigo. Al menos él la cuidará allá donde estén.

Miré a mi compañera con el ceño fruncido al escuchar esas últimas palabras.

—Su padre biológico murió unas semanas antes de que Elena cumpliera los seis años —me explicó Aines.

—Sí —confirmó la mujer.

—Señora Molina, sé que ahora está dolida, pero necesito preguntarle algo. ¿Cuántos años lleva con su actual marido?

—Nueve.

—¿Y qué tal se llevaban Elena y él?

—Genial. La ha criado como si fuese su propia hija.

—Entonces, ¿el trato entre ellos era normal?

—Sí, como cualquier padre e hija.

—Está bien. ¿Podemos echar un vistazo a su dormitorio?

—Sí. Es la segunda puerta a la derecha, por ese pasillo —indicó alzando el brazo. Percibí un ligero temblor.

—Gracias.

Cruzamos el piso hasta llegar a la habitación de Elena. Estaba bastante ordenada.

—¿Qué buscas? —me preguntó Aines ya dentro.

—La verdad, no lo sé. —Ojeé unos libros que adornaban una estantería junto al armario—. Dime, ¿qué piensas tú de este caso? ¿Sospechas de alguien?

—¿De quién voy a sospechar, si acabamos de hacernos cargo del expediente?

—Normalmente los asesinos de mujeres son hombres, y en más de un sesenta por ciento de los casos las víctimas conocían a su verdugo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que hasta que no se demuestre su inocencia, no me fio de ningún tío que anduviese cerca de la chica, incluido el padrastro.

—Si tuviese un diario...

—O si los compañeros consiguiesen acceder a los mensajes de su móvil y a su galería de fotos...

—Francamente, a mí el que no me huele bien es ese tal Adrien Berguer.

—¿Por qué?

—No lo sé, supongo que por su edad. Tiene veintiséis años. Un poco mayorcito como para andar con niñas de instituto, ¿no te parece?

—¿Tenemos ahí su dirección?

—Sí.

—Pues hagámosle una visita.

—Me parece estupendo.

Regresamos al comedor para informar a la señora Molina de que debíamos marcharnos, no sin antes preguntarle por la hora en la que estimaba que regresaría su marido.

—Tal vez dentro de media hora. Una hora como mucho. —Era evidente que estaba en shock.

—De acuerdo —respondió Aines—. Por el momento, no la molestamos más.

—Bueno, es posible que regresemos más tarde —dije, prácticamente contradiciendo a mi compañera. La señora me miraba como si estuviese bajo los efectos de alguna droga, con la boca entreabierta y sin decir nada. Parecía tener fuerza solo para asentir con la cabeza—. No hace falta que se levante, sabemos dónde está la puerta.

No respondió. Su cuerpo, sus ojos, empezaban a reaccionar a la realidad.

Aines y yo nos marchamos de allí en silencio, siguiendo el uno los pasos del otro. Dejé que fuese mi compañera quien cerrase tirando suavemente del pomo.

Un día antes

Domingo, 17 de septiembre de 2019

Nuria Molina los acompañó hasta la puerta.

—Si se entera de cualquier cosa, nos llama, ya tiene nuestro número —dijo Carlos, el más curtido de los agentes. Caminaron en silencio, sintiendo cómo la mujer les observaba marcharse. La puerta no sonó hasta después de haber descendido el primer tramo de escaleras.

—¿Siguierte visita? —preguntó Iván sabedor de cuál sería la respuesta.

—Hablar con la amiga, esa tal Alba.

—Estupendo —respondió satisfecho.

Salieron del portal y se dirigieron al coche. Por el camino, Iván cogió su móvil y comenzó a teclear, luego se lo llevó a la oreja.

—Hola, necesito que me localices la dirección correspondiente a dos números de móvil —solicitó apremiante tras llamar a un compañero de la comisaría—. Te los acabo de mandar en un mensaje. Es urgente.

—(...).

—Gracias.

Colgó.

—¿Dos números? —preguntó Carlos extrañado.

—Sí, el de la chica y el de su madre.

—¿No crees que los dos coincidirán con la misma dirección?

—Pues sí, se supone que sí, pero ya sabes, por si acaso. —El compañero hizo una mueca de conformidad—. Dice que nos las mandarán en un par de minutos.

—Muy bien. Esperamos en el coche, si te parece oportuno —consensuó Carlos, fiel a su talante diplomático.

—Me parece cojonudo —respondió Iván despreocupado. Entraron al vehículo y ocuparon sus habituales asientos: Carlos al volante e Iván de copiloto—. Y bien, ¿qué opinas? —se interesó este último al tiempo que se dejaba caer contra el respaldo—. ¿Se ha fugado de casa?, ¿se ha cruzado con algún hijo de puta? ¿Qué crees que le ha pasado?

El compañero suspiró; no pasaba un día sin que temiese que le sucediese algo parecido a uno de sus dos hijos.

—No lo sé, la verdad. Cuando se trata de adolescentes, siempre me gustaría que fuese la primera: que hayan tenido una discusión y su inmadurez les haya llevado a fugarse durante unas horas para asustar a sus padres. Pero me temo que esa posibilidad queda lejos de nuestros deseos —dijo sincero, poniendo fin, sin pretenderlo, a la conversación.

Ambos se quedaron ensimismados, distraídos. Los segundos transcurrieron sin nuevas palabras, con la única distracción de sus móviles personales, que, de forma recurrente, ojearon hasta recibir el ansiado mensaje.

Llevaban tres años como compañeros, se llevaban bien. Tenían la suficiente confianza como

para no tener que justificar cada acto de «aislamiento» que pudiese surgir en medio de una investigación. Sabían respetar sus silencios, sus momentos de introspección, de reflexión, de «descanso». Su trabajo era duro, no todos los agentes tenían la capacidad de dejar a un lado los sentimentalismos y, a la vez, no dejarse empujar por los deseos de los familiares de los desaparecidos.

Aquel prometido par de minutos se transformó en varios más.

—Ya está aquí —dijo el joven poniendo fin a la calma.

—¿Tú dirás?

—Estos cada día son más *cracks* —elogió Iván, refiriéndose a sus compañeros del cuerpo—. Además del nombre de la calle nos han mandado la ubicación para introducirla en el GPS.

—Somos buenos, ya lo sabes.

—Sí, sí, ya lo veo.

—Bueno, ¿y qué: una dirección o dos?

—Una.

—Era de esperar.

—Ya, bueno.

Condujeron hasta la calle indicada: Carrer Hort dels Frares. Al llegar vieron que no había dónde estacionar.

—Déjalo ahí mismo —sugirió Iván—. Pero ten cuidado con los bolardos y esos bordillos que sobresalen, no vayas a cargarte el coche.

—Bájate e indícame, ¿no?

—Voy.

En el tiempo en que uno se apeó y el otro maniobró, la calle terminó embotellándose.

—¡Vamos, circulen! —vociferó Iván haciendo gestos con la mano entretanto su compañero terminaba de estacionar el coche en la acera.

—Listo —anunció Carlos satisfecho, ya a su lado. Iván miró el vehículo encajonado entre los bolardos y con las gomas de los neumáticos traseros casi levitando.

—Te has coronado, colega. Cada día lo haces mejor, eso está claro —le dijo Iván dándole una palmadita en la espalda—. Vamos, que cuanto antes acabemos antes nos podremos ir a nuestra puñetera casa. Hoy estoy que no puedo ni con mi alma.

—Sí, se te ve cansado, aunque ya es bastante tarde —respondió su compañero analizando su apático rostro. Su tez bronceada no pudo disimular dos contornos oscuros bordeando las cuencas de sus ojos, señal inequívoca de su falta de sueño.

—Ayer fue sábado, ¿qué quieres? No me iba a quedar en casa como los abuelos, ¿no te parece?

—O sea, como yo.

—Eh... Tú no eres un abuelo, hombre. Solo estás falto de entrenamiento.

—Francamente, soy *antifiestas*.

Llegaron al portal y llamaron al telefonillo.

Les abrieron sin contestar.

—Qué pasota es la gente, joder —se quejó Iván.

Subieron en ascensor hasta el segundo piso.

Al llegar, no les hizo falta llamar al timbre; nada más poner un pie en el descansillo se escuchó cómo alguien giraba la llave para abrirles la puerta. Bajo el umbral apareció una mujer de unos cuarenta y cinco años, morena, con el pelo corto y gafas. Su expresión reflejaba inquietud y sorpresa.

—Buenas tardes, agentes —saludó antes de darles tiempo a presentarse.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Carlos Costea. Él es mi compañero Iván Trejo. Necesitamos hacerle unas preguntas y hablar con su hija.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha metido en algún lío? Bueno, hablemos dentro. Pasen, pasen — solicitó azorada al tiempo que miraba a un lado y al otro del descansillo. Temía que sus vecinos especulasen que ella o su familia estaban metidos en cualquier situación comprometida. Los policías se miraron con complicidad mientras la mujer cerraba sin hacer ruido.

«Cuando llegue a vieja va a ser de esas que hay que echarlas de comer aparte —pensó Iván.»

—¿Quieren tomar algo? ¿Les sirvo un café, una cerveza...? Bueno, cerveza sin alcohol, me refiero.

—No, señora, no se preocupe.

—Bueno, entonces vengan al comedor a sentarse, allí estaremos más cómodos.

Comenzó a caminar pasillo adentro sin darles tiempo a responder. Carlos miró a su compañero alzando las cejas; Iván le devolvió el gesto de resignación.

—Díganme. ¿Qué ha pasado?

—¿Conoce a Elena Pascual Molina? —comenzó Carlos.

—Claro, es amiga de mi hija desde que eran unas crías. ¿Le ha pasado algo?

—Sus padres han denunciado su desaparición. Seg...

—Oh. No me lo puedo creer —dijo interrumpiéndole y gesticulando de forma exagerada; parecía la típica participante de un *reality show*.

—Según nos ha contado su madre, la señora Molina, la última en verla ha sido su hija, por e...

—¿Mi hija? ¿Cuándo? —volvió a interrumpir con voz y actitud irritante.

—Señora, por favor, deje hablar a mi compañero —replicó Iván perdiendo la paciencia.

—Sí, sí, claro. ¿Cómo no?

—Decía que, la única información que manejamos es que su hija fue la última en verla. Elena pasó la noche aquí, en su casa, junto a su hija, ¿es correcto?

—Pues, no lo sé. Espere que la llamo. ¡Alba! ¡Alba, hija, ven al comedor, un par de señores quieren hablar contigo!

«¿Un par de señores? —se repitió Iván mentalmente—. La policía, señora, somos la policía. Su puñetera hija va a pensar que somos unos jodidos vendedores ambulantes. «Unos señores» dice la muy payasa. Lo que hay que aguantar, joder.»

Se escucharon los pasos de la chica acercándose al comedor. Su carencia menguó en el momento en que vio los uniformes policiales; su rostro dibujó una expresión constreñida y asustada.

Los miró a ellos, luego a su madre. Caminó hacia su progenitora con sigilo, como si quisiese disimular su presencia.

—Buenas tardes. Alba, ¿no? —La chica asintió con un sutil movimiento de cabeza al que le siguió un «sí» casi inaudible—. Venimos porque tu amiga Elena ha desaparecido. Su madre ha denunciado su desaparición.

—Sí. Hablé con ella cuando iban hacia la comisaría.

—¿Y no me lo has dicho? —intervino la madre, indignada.

—No pensé que..., no sé. Pensé que a estas horas ya habría aparecido.

—Hija, estas cosas tienes que contármelas.

—Ya.

—Perdonen, ¿podemos seguir? —intervino Carlos.

—Sí, perdón —respondió la madre con compostura, a pesar de dedicarle a continuación una mirada de desaprobación a su niñita.

—Necesitamos saber cuándo fue la última vez que la viste —le preguntó Carlos a la joven.
—Ayer por la tarde estuvimos de compras. Luego volvió a casa para arreglarse, eso dijo. Y...
—Se quedó pensativa. Miró sus manos, indecisa. Los agentes intuyeron que ocultaba algo.
—¿Y? —apremió Iván.
—Bueno, luego estuvimos aquí. Dormimos en casa.
—¿Usted no estaba? —le preguntó Carlos a la madre, continuando él con la doble entrevista.
—No, mi marido y yo nos fuimos a cenar y luego a pasar la noche en un hotel. Celebrábamos nuestro aniversario y nos apetecía hacer algo original.
«Original, dice —pensó Iván—. Muchas pelis ve esta.»
—¿A qué hora se fue Elena?
—A las nueve, más o menos.
—¿A las nueve de la mañana de hoy?
—Sí.
—¿Ustedes ya se habían marchado cuando vino Elena? —preguntó, esta vez dirigiéndose a la madre de Alba.
—Sí, nosotros nos fuimos a las ocho de la tarde. Ni siquiera la vimos regresar de las compras.
—De acuerdo.
—Cuéntenos qué hicisteis. —La atención se volvió a centrar en Alba.
—Nada del otro mundo. Aquí, bailando y viendo una peli.
—¿No salisteis? ¿No conocisteis a nadie?
—No.
—¿Estuvisteis solo vosotras dos?
—Sí.
—Necesitamos que nos hables de Elena. ¿Tenía algún problema en casa o en el instituto?
—No, que yo sepa.
—¿Tenía algún tipo de relación con algún chico?
Se le abrieron los ojos más de la cuenta.
«Bingo —pensó Iván al verla vacilar.»
—Eh... —Alba miró a su madre y luego al suelo. Habían dado en la llaga y acababan de meterle el dedo.
—Es muy importante que nos cuentes lo que sepas. Podría haberle pasado algo.
—Ya.
—Dinos, entonces. ¿Salía con alguien?
—Hace unas semanas conoció a un chico. Es mayor que nosotras.
—¿Dónde lo conoció?
—No lo sé.
—¿Seguro?
—No me lo dijo.
—¿Os lo contáis todo y eso no te lo dijo? —intervino la madre, esta vez siendo de ayuda.
Negó con la cabeza.
—¿Por internet? —insistió Iván.
—No lo sé —respondió gimoteando. Empezaba a ponerse nerviosa.
—Tranquila, solo queremos saber si ha podido fugarse con alguien; con ese chico, por ejemplo.
Volvió a negar con la cabeza.
—Has dicho que era mayor que vosotras.

—Sí.

—¿Cuánto de mayor?

—Tiene veintiii..., no lo sé. Veinticuatro, veinticinco, veintiséis...

La madre puso cara de asombro al tiempo que a la hija se le escapaba la primera lágrima.

—¿Tú sales con chicos de esa edad?! —arremetió de nuevo la mujer contra su hija perdiendo esta vez la compostura.

—Señora —intervino Carlos mientras la hija se defendía con un «no, mamá, yo no he estado con nadie tan viejo»—. Señora, atiéndame. Eso deberá esperar unos minutos.

Resignada, miró para otro lado al tiempo que llenaba sus pulmones con una bocanada de aire.

—Tranquila, Alba. No pasa nada. Cuéntanos qué más sabes de ese chico. ¿Lo conoces?

—Sí. Me lo presentó el sábado por la tarde.

—¿Cuándo exactamente? —intervino Iván, que estaba tomando apuntes en su bloc de notas.

—Por la tarde, después de dar una vuelta por las tiendas.

—¿Antes de que Elena se fuera a casa?

—Sí.

—¿Y la viste después?

Tardó unos instantes en contestar.

—Sí.

«¿Qué nos ocultas, niña? —se preguntó Carlos. Se le escapó un suspiro que supo disimular enlazándolo con la siguiente pregunta.»

—¿Crees que cuando salió de aquí por la mañana pudo quedar con él?

—Es posible. No lo sé.

—¿Qué sabes de él?

—Tengo su número de móvil.

—¿Nos lo puedes facilitar, por favor?

—Sí. —Hizo un gesto con el brazo—. Tengo que ir a la habitación a por mi móvil.

—De acuerdo.

Salió del comedor como un preso al que acaban de dar una paliza, con paso lento, cabizbaja y el corazón acelerado. Trataba de ordenar su mente, de decidir qué hacer. A esas alturas, ya no podía hacer otra cosa que seguir mintiéndoles a todos.

Al entrar en la habitación, el letargo se transformó en desenfreno. Divisó el móvil encima de la cama y como si fuese un yonqui atravesando el mono, se lanzó hacia él y lo desbloqueó. Su ritmo cardíaco incrementó descontrolado. Entró en el Whatsapp a la vez que comprobaba que no viniese nadie por el pasillo. Borró la conversación que tuvo con Adrien. Volvió a mirar que no viniese nadie entretanto accedía a la lista de llamadas. Borró del registro la que mantuvo con él. Bloqueó su dispositivo y abandonó la habitación. De regreso al comedor, trató de imitar la misma tranquilidad con la que lo abandonó.

Entró en el salón con la expresión de un niño que nunca ha roto un plato. Se acercó a los agentes y a su madre y, cuando los tuvo delante, desbloqueó el móvil como si fuese la primera vez, pausada, sin temblar. Buscó en la lista de contactos mientras los demás se fijaban en cada uno de sus pasos.

—Aquí está —dijo mostrándoles la pantalla.

Iván escribió el nombre y el número en su libreta.

—Ya está, gracias —respondió al terminar de anotarlo.

—Está bien —prosiguió Carlos tras exhalar un nuevo suspiro—. ¿Hay alguna cosa más que puedas contarnos? ¿Te habló de él, de qué tipo de relación tenían, de cómo se conocieron?

—No sé gran cosa. Se veían, se enrollaban, pero no sé dónde ni nada.

—Qué quieres decir con que se enrollaban, ¿que mantenían relaciones sexuales?

—No lo sé, creo que no. Me comentó algo de que tal vez lo harían... —Dejó de explicarse al darse cuenta de que quizá estaba hablando demasiado—. Pero no me dijo cuándo. Supuse que se refería a que lo harían en algún momento, si es que seguían saliendo; vamos, que todavía no lo habían hecho. Creo.

—Está bien. Si te acuerdas de algo más, de algún detalle importante que debemos conocer, llámanos. Aquí tienen nuestro teléfono —dijo Carlos entregándoles una tarjeta tanto a la madre como a la hija.

—Sí.

—Gracias a ambas por su tiempo.

—No hay de qué, solo espero que aparezca viva —espetó la madre en un arranque de sincera inoportunidad. La hija no fue la única que se quedó cohibida.

—Sí, es lo que deseamos todos —respondió Carlos, tajante.

—Les acompaño...

—No hace falta, señora —interrumpió el agente dejándola paralizada—. Que tengan feliz noche.

—I..., igualmente.

—Voy a pedir la dirección de ese tal Adrien —indicó Iván nada más abandonar la vivienda.

—Sí.

Hasta que no estuvieron en la calle no volvieron a comentar nada.

—Anda, hazme indicaciones para que pueda desaparcar sin darle un mamporro al coche —le pidió Carlos con guasa.

—Claro, hombre, faltaría más.

Una vez que su compañero estuvo al volante, paró el tráfico y le dio las indicaciones oportunas. Esta vez no colapsaron la calle.

—Mientras te envían la dirección iremos a tomar un café —le comentó Carlos una vez que Iván ocupó su asiento—. Eso sí, iremos a una zona donde podamos aparcar sin problemas.

—Me parece estupendo. Dame un segundo, voy a mandarles un mensaje a los compañeros para que vayan haciendo su parte.

»Ya está —dijo pasados un par de minutos en los que también telefoneó a la comisaría—. Ahora nos lo envían.

—Iremos a la cafetería de siempre.

—Donde tú digas —autorizó Iván.

—¿Qué? ¿Qué opinas de la señora y de su hija?

—Joder, que habla más que un político. Tiene que tener firme al marido.

—Sí, debe estar hasta las pelotas de ella.

—Sí. Esa casa tiene pinta de ser un infierno.

—Como la hija sea igual que la madre...

—Hombre, los genes están ahí, pero, no sé, ¿tú la has visto reaccionar? Parecía un cervatillo en una jaula de hienas.

—Sí, pobrecilla. ¿Tú has visto la cara que ha puesto cuando ha dicho que la amiga se enrollaba con el maromo ese?

—Peor ha sido cuando se ha enterado de la edad.

—Cierto.

—Aunque no me extraña —espetó Iván—. Hoy en día el género femenino está demasiado desatado. Luego se quejan de que no van seguras por las calles. Es que hay cada una...

—No sé a qué te refieres.

—Pues eso, a que con eso del feminismo se creen que pueden hacer lo que quieran.

—Sigo sin entenderte.

—Joder, me refiero a que algunas van como locas. No digo que no se enrolen con los tíos, cada uno que haga lo que quiera. Tanto ellas como nosotros podemos ser todo lo promiscuos que queramos, pero de ahí al exhibicionismo hay un trecho. Luego no me extraña que se crucen con cualquier desaprensivo y lo pasen mal.

—En serio, no te sigo. ¿Exhibicionismo?

—Pues eso, me refiero a sus pintillas. Ellas mismas están mandando un mensaje equivocado. Si no quieres que te traten como un objeto no te exhibas como tal. ¿Me entiendes ahora?

—Sí, más o menos, creo que entiendo por dónde vas. Pero el problema aquí está en que ellas no deberían pasar miedo. No se las puede tratar como objetos, vayan como vayan vestidas.

—Bueno, yo creo que hay ciertos límites, pero ¿miedo? Joder, yo he hablado mil veces de este tema con mi novia, con su hermana, con mi otra cuñada, con primas y amigas y, salvo una, ninguna ha tenido nunca problemas. Quizá por culpa de unas cuantas, ahora el resto creen que les van a asaltar veinte violadores en cada esquina, pero, joder, los hombres no somos unos cavernícolas. Ya te digo, menos una prima mía, el resto nunca ha tenido problemas, y la que lo tuvo fue por hacer el estúpido.

—Espera, ahora me lo sigues contando ahí dentro —dijo Carlos una vez hubo estacionado. Habían llegado a la cafetería.

Entraron y buscaron una mesa apartada.

—Carmen, lo de siempre, por favor —pidió Carlos al tiempo que pasaban por delante de la barra. Como si se tratase de la metre de un restaurante «de etiqueta», siendo la dueña, era quien solía encargarse de atender a los clientes «importantes».

—¿Lo de siempre para los dos?

—Sí —respondió Iván al tiempo que seguía los pasos de su compañero.

—Bueno, sigue. ¿Qué pasó? —requirió Carlos.

—¿Con quién, con mi prima? —cuestionó retórico—. ¿No te lo conté ya? Qué raro —dijo apartando una silla y tomando asiento—. Se fue con las amigas de fiesta, se pilló un pedo del quince y en mitad del bar empezó a hacer el guarro. Se la acercaron dos tíos igual de bebidos que ella, con las mismas ganas de cachondeo, y empezaron a sobarla. Eso sí, ella bien que se dejaba, o más bien, los buscaba. Iba más salida que una perra. —Carlos trató de no hacer ninguna mueca, pero se le alzó una ceja de la impresión—. Eso fue en las fiestas de uno de los pueblos de aquí cerca. Mi chica y yo estábamos por allí y lo vimos. Fue ella quien me dijo que la sacase de ahí; aunque yo la hubiera dejado, la verdad.

—Bueno —expresó comedido sin saber muy bien qué decir.

—Sí, bueno —prosiguió su compañero con vehemencia—, pero ahora la pregunta es: ¿tenía que sacarla de ahí o no? Si la hubiera dejado y se hubiera acabado follando a aquellos dos tíos, ¿se hubiera arrepentido? ¿Lo hubiera considerado un abuso por parte de ellos? Te puedo asegurar que ni la drogaron ni la forzaron de ninguna forma. Era ella quien les seguía el rollo a los dos o, mejor dicho, quien les provocó hasta que se le «abalanzaron» como buitres sobre la carroña. A los dos —pronunció recalcando cada palabra—. Le tocaba el paquete a uno, luego al otro, le mentía la lengua hasta la yugular al uno, el otro la tocaba las tetas... Bueno, te lo puedes imaginar. Fue el espectáculo del pueblo. Repulsivo. No sé cómo se libró de salir en cualquier cadena de la

tele o que la colgasen en Youtube.

—Joder, vaya panorama.

—Sí, ya te digo que fue asqueroso. —En ese instante se acercó la camarera con sus cafés; los dejó sobre la mesa mientras Iván seguía hablando—. El caso es que, ¿los malos hubieran sido ellos por follarse a una tía en las mismas lamentables condiciones que lo estaban ellos?

—Aquí tenéis, chicos: uno con leche y el otro solo en taza de expreso —interrumpió la mujer—. ¿Algo más?

—No, así está bien. Gracias —respondió Carlos mientras Iván cogía el sobre del azúcar para echarlo en su taza.

—Por cierto, he escuchado tu historia, la de tu prima —especificó la mujer—. Si me permitís que opine: no puedes matar a un perro y luego decir que ha sido el vecino. —Los dos agentes arrugaron el ceño—. Quiero decir, que no; ellos no hubieran sido los malos de la película. Hay mujeres a las que les gusta ese tipo de relaciones, que se lían con dos a la vez. Y me parece muy bien —dijo haciendo una exagerada mueca de indiferencia—. Igual que hay tíos que se enrollan con dos mujeres al mismo tiempo. Mientras haya respeto, que hagan lo que quieran, ¿no?

—Sí, yo creo que hay que respetar a todo el mundo —puntualizó Carlos.

—Precisamente —saltó Iván—. Ellos no hicieron nada malo, nada que ella no quisiera. Tal vez la tenía que haber dejado allí con sus rollos de una noche. ¿No os parece? Precisamente la igualdad es eso, ¿no? —zanjó al tiempo que removía su café.

—Pues yo creo que hiciste bien en llevártela de ahí, no sabes cómo hubiera acabado la cosa —contestó su compañero mientras la mujer pasaba a convertirse en una espectadora con pase de primera fila.

—A ver, creo que no me he explicado bien —prosiguió Iván—. Después de sacarla de allí me quedé muy satisfecho; pero la cuestión no es esa. El tema aquí está en que si no puedes controlar tus actos cuando bebes, no te pilles el gran pedo de la historia. No esperes que venga el caballero oscuro y te rescate de tus idas de pinza. No puedes ir así por la vida. Es como si a un grupo de turistas le dice el guía que no se metan en las favelas o en el Bronx y ellos pasan de sus consejos. Todos tenemos que hacernos responsables de nuestros actos, ¿entiendes? —dijo dirigiéndose a su compañero—. Estoy de acuerdo en que nadie debe matar ni violar a nadie, pero qué quieres, el mundo está hecho una mierda.

»Es imposible que una mujer sea igual que un hombre. En igualdad de condiciones, sale perdiendo, y si encima tiene los sentidos afectados, aún más. Te aseguro que un tío que se ha pillado un pedo, si se enrolla con una tía igual de perjudicada que él, al día siguiente no se siente violado, ni va a la comisaría a poner una denuncia por agresión sexual, por ejemplo. Por lo tanto, hazte responsable de tus actos, guapa. —Seguía sermoneando a Carlos como si delante tuviese a cualquier mujer del mundo, quizá a su propia prima, olvidándose de que la camarera seguía de pie a su lado—. Y cuando digo que es imposible que una mujer sea igual que un hombre, no lo digo desde una crítica negativa, sino todo lo contrario. Estamos hechos de distinta pasta; ¡coño, por eso nosotros tenemos pene y ellas vagina! ¡Si fuésemos iguales se acabaría la especie! —espetó alzando la voz—. Nuestras condiciones físicas son distintas. Por lo general, una mujer siempre va a tener menos fuerza que un hombre, salvo que seas la campeona del mundo de halterofilia, claro. Pero no pasa nada, cada uno tenemos unas cualidades. No podemos ser todos idénticos. Respetando nuestras diferencias biológicas, defiende la igualdad desde la igualdad, no desde los extremos feministas o machistas.

—Yo tengo una hija y estoy a favor de la igualdad, si me tengo que declarar feminista, lo hago, pero también reconozco que somos distintos. Estoy de acuerdo en lo que dices, que nuestras

condiciones físicas y biológicas nos hacen distintos, pero debemos encontrar la igualdad —recalcó su compañero.

—Ya, el problema es que parece una moda —replicó Iván indignado—, como si a algunos grupitos radicales les ofendiese que haya hombres por el mundo.

—A mí no me ofende —dijo Carmen soltando una risotada. Ambos agentes sonrieron.

—Es complicado —confesó Carlos.

—No creo que sea tan complicado —replicó Iván—. La igualdad es igualdad; la posibilidad de acceder a los mismos puestos de trabajo, los mismos sueldos, las mismas ventajas en ayudas o subvenciones, que tanto hombres y mujeres tengamos las mismas prestaciones al tener hijos. Del mismo modo, que tengamos iguales condiciones en todo lo demás, por ejemplo, ante una custodia por paternidad en caso de divorcio. ¿Sabes que solo el cinco por ciento de los padres divorciados obtienen la custodia de sus hijos? ¿Ahí no hay discriminación? Debemos alcanzar la igualdad de condiciones en todo, en votar, en ir a la guerra, en ser escuchados, en abandonar las viviendas en caso de ruptura conyugal, en poder estudiar cualquier carrera o desempeñar cualquier puesto de trabajo... En una palabra: igualdad. Si una empresa, ya sea pública o privada, ofrece veinte puestos de trabajo y para cubrirlos se lleva a cabo una selección de personal, que les den el puesto a los veinte mejores candidatos, ya sean hombres o mujeres. ¿Que son todas mujeres?, estupendo, pero si los veinte mejores son hombres, también tiene que ser aceptado. No sé si me explico; tampoco pretendo sermonearte. La discriminación positiva no sirve más que para empeorar las cosas, es como decir o reconocer que les tenemos que conceder ventaja para poder llegar a ser como nosotros, a conseguir lo mismo que nosotros. Vale que físicamente puedan tener menos fuerza, pero intelectualmente son iguales. Imagínate que el Estado ofrezca cinco plazas para cubrir cinco puestos de cualquier especialidad médica. ¿Acaso los ciudadanos, es decir, los pacientes, no preferirán ser atendidos por los cinco mejores especialistas, por los mejor cualificados? Si son hombres, pues hombres; si son mujeres, pues mujeres, y si son una mezcla de ambos, pues perfecto. Pero siempre deben ser los más preparados.

La mujer asentía en silencio.

—Sí, si yo te entiendo, pero quizá esté bien dejar alguna plaza de favor hacia ellas, ¿no? Nosotros ya lo tenemos hecho —dijo Carlos tratando de aportar tolerancia

—Entiendo, tú eres de los que prefiere ir a urgencias y que te atiendan un enchufado a que te atiendan el mejor. Es interesante ese punto de vista, sí señor. ¿Y con eso pretendes igualdad? Porque lo que yo creo es que con eso lo único que hacemos es empeorar aún más las cosas.

—Son puntos de vista.

—Pues bajo mi punto de vista, lo que trato de exponer es que dependiendo del área que tratemos, a veces están las mujeres en inferioridad y otras los hombres. La igualdad tiene que llegar en todos los sentidos, no solo en que ellas puedan acceder a altos cargos, ganar más dinero o se escuchen sus opiniones, que por cierto, creo que ya se hace; por lo menos en el entorno en el que me muevo.

—Yo espero que algún día sea todo más equitativo —se explicó Carlos—, que haya igualdad entre hombres, mujeres, razas, religiones... Al margen de lo que tú explicas, que puedes tener toda la razón del mundo, lo que sí urge es que las mujeres cobren lo mismo que los hombres por desempeñar el mismo trabajo.

—Bien dicho —expuso Carmen—. Es triste ver cosas así —dijo señalando con la cabeza a una mujer árabe. Carlos e Iván se miraron con resignación—. No sé yo si algún día ellas lo conseguirán.

Iván exhaló un «joder» después de llevar la vista al extremo opuesto de la cafetería.

—Pues mirad esa —solicitó apuntando a una chica con el mentón. Carlos giró atendiendo a la petición de su colega—. ¿Qué opináis? —El compañero la observó con disimulo. La muchacha estaba de espaldas a ellos, tenía los brazos apoyados sobre la barra y el cuerpo separado a varios centímetros, formando con su columna una curva exagerada que empezaba en sus hombros y terminaba con el coxis lejos de su posición natural. Vestía una camiseta de tirantes y un short que más que un vaquero parecían unas bragas brasileñas.

—Ufff.. —dijo girándose de nuevo y mirando a su compañero. La camarera soltó un «olé» por lo bajinis pero que ambos oyeron—. Ya, no nos lo digas.

—¿Entendéis? Eso es parte del problema.

—Ahora entiendo lo que decías antes del exhibicionismo. Mi hija es más o menos de esa edad, y le tengo dicho que para que la respeten primero debe respetarse ella a sí misma —argumentó Carlos.

—Pues ya somos dos —espetó Carmen—. Y mira que tengo un bar, que si tuviese la mentalidad de hace veinticinco años me podría salir rentable traerla y exhibirla los fines de semana. Pero me niego. No me gustan nada esos modelitos que algunas llevan ahora. Y si no me gustan que lo lleven otras, mi hija menos.

—Menos mal que me entendéis —confesó Iván—. Si estuviese en vuestra situación tampoco la dejaría salir a la calle con esas fachas. Entre los tops y los pantalones enseñando las nalgas, parecen miniprostitutas.

—Algunas no tan minis —recalcó Carmen. Carlos sonrió con pena—. No sé cómo no se dan cuenta de que van haciendo el ridículo.

—Ya os digo yo que mi hija no sale de casa con esas pintas —matizó Carlos—; quiera o no quiera llevarlas. Y si no quiere acatar mis órdenes, que no son más que para defender su integridad y su dignidad, cuando cumpla los dieciocho ya sabe dónde está la puerta.

—Haces bien.

—Lo mismo le digo yo a la mía —zanjó Carmen.

—No estoy pidiéndole nada raro —se excusó Carlos—. Además, no solo lo digo porque a mí me parezca mal; mi mujer es la primera que se indigna al ver al resto de las de su género pretender la igualdad al tiempo que se exhiben como objetos sexuales. Pero bueno, no quiero entrar en politiqueos.

—No son politiqueos, compañero, es un problemón social que nos está tocando de lleno. Y la verdad, no sé cómo vamos a acabar. Ellas piden la igualdad, la libertad de expresión y demás, y me parece muy bien, pero yo no tengo por qué aguantar sus pintillas. Mi libertad acaba donde empieza la tuya, y el gran problema es que ya no solo no se respetan a ellas mismas, si no que no nos respetan al resto de ciudadanos. Yo no tengo por qué estar aguantando que vayan así por la vida, es desagradable. Lo mismo se creen que van *guays*, pero van dando vergüenza ajena. Si quiero ver culos, me compro la playboy ¿Entiendes? Igual que a los hombres se nos prohíbe por ley ir sin camiseta por el pueblo, a ellas deberían prohibirles ir enseñando el puto culo. Es igual o más ofensivo que ir sin camiseta. Además, porque el pantalón les cubra siete o diez centímetros más, no van a pasar más calor. Yo creo que juegan a la provocación, a tensar cada vez más el hilo.

—Sí, hasta que nos dé a todos en los morros —se lamentó Carmen, quien en ese momento observaba la clientela que entraba por la puerta—. Bueno, chicos, os tengo que dejar —dijo alejándose. Iván la observó caminar; de espaldas le recordaba a su madre.

—Yo creo que no lo hacen por tener menos calor —reflexionó Carlos tras suspirar sonoramente—, creo que lo hacen por ir a la moda.

—Pues me parece más patético todavía —señaló Iván al tiempo que se llevaba la taza a los

labios.

—Sí, yo ya te digo que el problema empieza en la educación. Se pretende darles responsabilidad, la que les correspondería a esa edad, pero estas nuevas generaciones, por lo general, son muy inmaduras, solo piensan en ligar, beber, salir con los amigos, en tener el último móvil de marca y que no les falte de nada. Ahora sus ídolos son los *youtubers* esos o los *influencers*. Están sobreprotegidos. Yo soy algo mayor que tú y he vivido los dos modos de vida: el austero de hace unos años —no tanto como lo sufrieron mis padres— y el derrochador de la actualidad. Es probable que alguno de tus padres o tus tíos tuviese que dejar los estudios con doce o trece años y se viera obligado a trabajar para ayudar en la economía familiar; ellos también te podrán contar lo que era aquello.

—Sí, un tío, mayor que mi padre. Y sí, sé de lo que hablas.

—Pues eso, ya sabes a lo que me refiero. Hoy en día, ¿qué pasa con los críos de doce o trece años? Que solo saben de consolas, de videojuegos y de tonterías. Yo no digo que lo de antes fuese bueno, pero lo de ahora casi es peor. La mayoría no entiende el valor de nada. Por eso a mis hijos trato de educarlos de la mejor manera posible o, por lo menos, de la mejor forma que sé. Trato de explicarles los valores de las cosas, la ética... Sobre todo, que tengan respeto, tanto hacia ellos mismos como hacia los demás. En estos tiempos vas por la calle o entras en un local y ya no te ceden el paso; se tiran como buitres hambrientos. O si van en el autobús y ven a un anciano, no se levantan para cederle el asiento. ¿Dónde ha quedado la educación? ¿Dónde ha quedado el clásico: «dejen salir antes de entrar», o simplemente dar las gracias? En fin, lo más triste es que con nuestros debates no vamos a arreglar el mundo, ¿no te parece?

—Quién sabe —dijo Iván sonriendo con resignación.

—¿Te has bebido el café?

—Sí. —Cogió el móvil y ojeó los mensajes entrantes—. Mira, con tanta charla ya tenemos la dirección del chico.

—Muy bien, pues vayamos a hacerle un visita de cortesía.

Funeral

Martes, 17 de septiembre de 2019

Se encontraba sentada en el sofá. Tenía la mirada perdida en el televisor, que permanecía apagado enfrente de ella. Sobre el negro de la pantalla veía su propio perfil desdibujado. Las lágrimas descendían a su antojo por su mejilla jugando a crear nuevos caminos. Algunas se precipitaban desde su pómulo hasta el muslo. Otras recorrían un trazo más amplio, alcanzándole la barbilla y cayéndole en la camiseta. Las había que incluso iban más allá: resbalaban por su piel en dirección a la mandíbula y seguían un nuevo trazo por su cuello, produciéndole un cosquilleo desagradable que en un par de ocasiones cortó con el dorso de la mano. Aquél gesto fue cuanto se movió después de que los agentes se marchasen.

—¡Ya estoy en casa! —anunció Miguel desde la entrada. Nuria no contestó—. ¿¡Hola!? ¿¡Hay alguien!? ¿¡Muñeca!?

Apenas había luz en la vivienda; las persianas estaban bajadas.

Se asomó en cada habitación hasta llegar al comedor y encontrarse con su mujer. Parecía la siniestra muñeca de un museo de cera.

—Pequeña, ¿estás bien? —preguntó asomándose con cautela. Su mujer seguía sin mover una sola articulación. Parecía no escucharle. El brillo de su rostro le hizo entender lo que sucedía: debían haber encontrado a Elena. Sorteó el sofá hasta colocarse enfrente de ella y se acuclilló. La atención de su mujer se centró en los temerosos ojos de Miguel. —¿Es...? —No pudo terminar la pregunta. No quería pronunciar esas palabras lapidarias, aunque temiese estar en lo cierto. Nuria agachó la cabeza.

—Han encontrado a Elena —dijo ella en un débil pero claro tono de voz. Miguel la tomó de las manos y esperó a que siguiese hablando; se había quedado sin palabras—. Ha estado la policía en casa. La han encontrado muerta. Aún no sé qué le ha sucedido. Tampoco sé dónde la tienen. Todavía no podemos verla. Estoy esperando a que llamen para que nos dejen ir. Necesito tenerla delante una vez más. Me da igual cómo esté, ¿entiendes? Necesito verla —dijo rompiendo a llorar—, tocar su pelo, acariciar su mejilla... —Miguel la agarró y la estrechó contra su pecho con fuerza mientras su mujer sacaba una mínima parte del dolor que alojaba en su pecho.

—Iremos a verla, muñeca. En cuanto nos dejen, iremos a verla para despedirnos —le susurró con el mentón apoyado sobre su coronilla. La balanceaba como una madre acunando a su bebé para calmarlo.

—Nos la han robado. Nos la han robado —repitió entre lágrimas.

—Sí. Eso parece.

Permanecieron varios minutos abrazados en silencio. Hay palabras que no llegan tan al alma como un abrazo.

Miguel se irguió y tomó asiento junto a su mujer mientras aún la agarraba de las manos.

—¿Saben qué le ha pasado?

—No me han dicho nada, solo que aún no me podían dar los datos. Han venido para comunicarnos su fallecimiento y poco más.

- Siento no haber estado en casa contigo.
- No podías saberlo.
- Aun así, siento no haber estado a tu lado.
- Lo importante es que lo estás ahora.
- Sí.

Nuria permanecía apoyada sobre el regazo de su marido; él, peinándole el pelo con las yemas de los dedos con la intención de consolarla.

—Debería darme una ducha —dijo pasado un rato—. He venido corriendo y huelo fatal. — Nuria sonrió con desgana—. ¿Te duchas conmigo? Tal vez te sientes bien y te quedas relajada.

—No, prefiero quedarme aquí, por si llaman para darnos alguna noticia.

—Está bien. Me la daré solo, entonces. No tardaré, ¿vale?

Nuria asintió. Miguel se levantó del sofá y le dio un beso en la frente antes de marcharse. La mujer cogió el móvil y se hizo un ovillo sobre el sofá. Entró en la galería de imágenes y empezó a ver fotografías. Necesitaba contemplar a su hija, sentirla viva, dichosa, risueña, alegre como lo era ella.

Nuria Molina

Miércoles, 18 de septiembre de 2019

La tarde anterior nos avisaron de que podía llevarse a cabo el sepelio de Elena. Celebraríamos un pequeño velatorio y al día siguiente la enterraríamos en el nicho donde ya descansaba su padre.

Después de que Miguel se duchara, lo hice yo. Le dejé encargado del teléfono. En ese instante llamaron para decirnos dónde estaba y nos autorizaron a iniciar los trámites oportunos para darle sepultura. Desde el cuarto de baño no me enteré de nada. Miguel esperó a que terminase mi ducha para ponerme al corriente. Creo que quiso concederme un lapso de relajación; aunque en verdad sentí que me había robado unos minutos irrecuperables para estar con mi niña.

Nos arreglamos y acudimos a la dirección que le dieron a mi marido. Mientras él conducía, mandé un par de mensajes para avisar de lo sucedido: uno a Alba y otro a mis padres; ellos se encargarían de avisar a quien considerasen oportuno. La verdad, apenas tengo un recuerdo desdibujado de aquel trance. Sé que hablé brevemente con mi madre y que me dijo que tardarían varias horas en llegar. Estaban de viaje. Después de eso tengo lagunas. No recuerdo dónde fuimos, con quién estuvimos hablando ni qué nos dijeron. Tan solo albergo imágenes sueltas: Elena sobre una cama metálica, boca arriba, cubierta con una sábana hasta el cuello, con los ojos hinchados y sellados por algún tipo de pegamento que se los mantenía cerrados. En su boca, la misma capa de brillo, la misma impresión: le habían pegado los labios. Y a pesar de los pegamentos, sus facciones se veían tan relajadas que parecía estar dormida. Sin embargo, la evidencia de su tez blanquecina y sus labios amoratados me recordaban por qué estábamos allí. Al besar su frente, el frío de su piel me volvió a dar otro argumento para hacerme consciente de lo que sucedía, para asumir que mi pequeña había abandonado este mundo.

Permanecí junto a ella todo el tiempo que me permitieron; tan solo fueron unos minutos. Un tiempo nimio en el que apenas levanté la mirada de su rostro. Tenía la necesidad de empaparme de

sus rasgos para así recordarla por más tiempo. Los de su padre se me borraron demasiado rápido.

Aquello fue lo más duro que había vivido hasta la fecha. El frío y el olor de aquel lugar me cortaban la respiración. No vomité de puro milagro, creo que por no perder un segundo a su lado.

Contemple la pulcritud de aquella fina sábana blanca que la envolvía desde el cuello hasta los pies. No la descubrí. No quise ver las señales que pudieran haberle hecho; con saber que había muerto asfixiada tenía suficiente. Y de pronto, fui consciente de que no solo estaba muerta, sino que yacía con su cuerpo desnudo, tal y como la traje al mundo. La sentí tan frágil que, de nuevo, mis ojos no pudieron contener el llanto. Y, por un instante, temí que estuviese pasando frío. Sí, la mente a veces te lleva a pensar las cosas más ridículas.

Antes de salir le di a alguien, no recuerdo si a un hombre o a una mujer, la bolsa con la ropa con la que la enterraríamos a Elena, la que preparó Miguel antes de salir de casa.

Una vez preparada, de allí la trasladaron al tanatorio de Alzira. El destino quiso que Elena ocupase la misma sala que ocupó su padre. Todavía hoy me pregunto si fue una broma macabra o un guiño de mi difunto primer marido para hacerme saber que él cuidaría de ella. Aunque, hasta el día que nos dieron la noticia de su fallecimiento, siempre pensé que ya lo hacía. Supongo que las barreras que separan el mundo de los vivos del de los muertos son más gruesas de lo que quise imaginar. Hay personas que aseguran hablar con sus seres queridos, que sienten el momento de su expiración, que advierten su presencia como una caricia o su amor aun después de haber abandonado este plano. Sin embargo, yo no sentí nada, ni cuando falleció César ni cuando me arrancaron de mi lado a mi única hija. No sentí nada, no intuí que aquel fuese su último día a mi lado, que pudiese estar en peligro. Tal vez existen personas especiales, con capacidades extrasensoriales, con la intuición desarrollada. O tal vez lo raro es ser como yo. No lo sé. Sin embargo, lo que sí creo es que esas personas que perciben a sus muertos son más felices que las que no lo consiguen, ya que ellas sienten que no los han perdido del todo, sienten que se han alejado, que no podrán verles durante una temporada, pero que, antes o después, volverán a estar juntos. En mi caso, me tengo que aferrar a la fe, a creer en lo que sienten otras personas y esperar a que, algún día, cuando yo también abandone este mundo, se cumpla lo que muchos aseguran: volver a verlos. La muerte de un ser querido duele porque crees que lo has perdido para siempre.

A la ceremonia acudieron, además de la familia, decenas de estudiantes, chicos y chicas de su curso y de otros; a la mayoría no los conocía. También asistieron varios profesores de su curso anterior. Había tanta gente que parecía el día de estreno de un musical. En ese momento me hice a la idea de que mi pequeña era una chica popular, querida por cuantos la conocían. Hubo tantos rostros, tantas personas que se acercaron a darme el pésame, que me sentí turbada. Sentí estar inmersa en una pesadilla que no acababa nunca. Tan pronto estaba en un sitio como en otro, con unas personas como con otras, de pie, sentada, llorando, o hablando como si no hubiera pasado nada. Fue surrealista.

Esa misma mañana también se personaron los dos agentes que vinieron la tarde anterior a darme la fatal noticia. Lo hicieron vestidos de forma informal, como la vez anterior. Vinieron, me saludaron y me dijeron que hiciese como si no estuvieran, que no dijese a nadie quiénes eran, que estarían un rato y luego se irían. Y así fue, desaparecieron igual que llegaron, sin que me diese cuenta. Y realmente, sin hacer grandes esfuerzos, me olvidé de ellos.

Lo que recuerdo con más claridad fue a Alba y a sus padres. Alba se acercó al primer instante que tuvo oportunidad. Me abrazó sin poder decir nada. Temblaba como un cervatillo asustado.

—Ya está, mi niña —le dije acariciándole el pelo—. Ya está.

—Lo siento tanto... —sollozó.

—Tú no tienes la culpa.

La miré a los ojos, pero ella no pudo mirar los míos. Lo intentó, pero apartó la vista hasta llevarla al pañuelo que estrangulaba entre las manos.

—Ayer estuvo la policía en casa —dijo con voz titubeante.

—Gracias por ayudar. Espero que encuentren pronto al malnacido que le ha hecho esto a mi pequeña.

Asintió aún con la vista en el pañuelo.

En ese momento se acercó alguien y tuvimos que dejar la conversación.

Aunque aquella noche no pude pegar ojo, el tiempo pasó sin que me diese cuenta. Tanto fue así, que de pronto me vi frente a un foso leyendo el nombre de mi difunto marido en el mármol e intuyendo cómo quedaría el nombre de nuestra hija justo debajo del suyo. Por un momento sentí caerme dentro, ahogarme en la tierra húmeda.

Una breve oración dio paso a los operarios que llevaron a cabo la inhumación. Se movían con sigilo, como si fuesen sombras al servicio de la Parca, como si con cada ser que metían bajo tierra ganasen favores, quizá, un día más en este mundo de locos.

Una vez le dieron sepultura, de nuevo se me vino encima la desmesura de condolencias, palabras de ánimo, besos y abrazos. Y tan pronto como llegaron, la marea de personas se dispersó, quedándonos tan solo Miguel y yo ante la piedra que representaba el último lugar donde reposaría el cuerpo de Elena. Parte de mi alma quedaría apesada allí, con ella.

Según nos alejábamos pensé en la policía, en la pareja de agentes que estuvo en el velatorio. Me pregunté si también habrían asistido al entierro o finalmente estarían buscando en otra parte al asesino de mi hija.

Sospechoso

Domingo, 15 de septiembre de 2019

Tras abandonar el café-bar de su antigua amiga Carmen, se dirigieron a la dirección de Adrien Berguer Fabre, correspondiente al domicilio.

Una vez más, condujo Carlos mientras Iván le indicaba el camino.

Aparcaron sin problema.

—Vamos, que tengo ganas de irme a mi puñetera casa —dijo Ivan mientras caminaba desganado, como un niño pequeño que va arrastrando los pies cuando sus fuerzas están en las últimas—. Joder, se nos está haciendo hasta de noche.

—Sí, yo también tengo ganas de irme a casa, espero que esta visita sea breve.

Carlos oprimió el botón del timbre generando un estruendoso y continuo pitido. Permaneció junto a los telefonillos a la espera de una respuesta.

—Joder —se quejó Iván al ver que pasaban los segundos y nadie contestaba.

Su compañero volvió a llamar con más insistencia.

Nada.

—No está.

—Qué perspicaz —le dijo Iván con cara de guasa.

—Vete a la mierda, anda —respondió sin poder disimular una sonrisa—. Venga, vámonos a nuestra «puñetera casa» —continuó, remarcando las mismas palabras que su compañero—. Mañana será otro día, tal vez tengamos más suerte.

—Me parece estupendo. ¿Me dejas en casa?

—Claro.

Lunes, 16 de septiembre de 2019

Carlos fue el primero en llegar a la comisaría. Café en mano, de camino a su mesa, fue dando los buenos días a cada compañero con el que se cruzaba.

—¿Ha llegado Iván? —preguntó a uno que solía estar más pendiente de lo que pasaba a su alrededor que de su trabajo.

—No le he visto.

—Okey, gracias.

«Eso es que aún no ha llegado —concluyó para sí.»

Se dirigió a su mesa y encendió el ordenador. Aún no había salido el escritorio en la pantalla cuando Iván apareció por la puerta.

—Buenos días —saludó taciturno. Carlos lo siguió con la mirada hasta que llegó hasta él.

—¿Y a ti qué te pasa?

—No me pasa nada —respondió esquivo.

—Ya, si tú lo dices...

—¿Nos vamos?

—Eh..., sí, venga. —No se molestó en apagar el ordenador. Se levantó de la silla y siguió la estela de su compañero, que ya caminaba hacia la salida.

Bajaron las escaleras hasta el coche.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —se interesó Carlos cuando ya se disponía a arrancar.

—Baahhj... Ayer discutí con Raquel.

—Bueno, seguro que se os pasa a lo largo del día.

—No sé yo. Dice que está hasta las pelotas de que llegue tan tarde a casa. Y por un lado tiene razón, pero ¿qué puedo hacer? Cuando empezamos a salir, ambos sabíamos el trabajo que tengo. Los horarios no son precisamente algo que yo pueda manejar a mi antojo. —Carlos aguardó a que siguiese hablando, intuyendo que lo haría—. Queremos tener un niño, ¿sabes? Y, no sé. —Bajó la mirada pensativo—. Me apetece. Realmente me apetece mucho, pero nuestros horarios... No puedo dejar que Raquel se encargue de todo. No es justo para ninguno de los dos. Es lo que hablábamos ayer de la igualdad. No quiero ser un padre como lo fue el mío, al que no le veía el pelo ni en fotografía. ¿Entiendes? Me apetece disfrutar de nuestro hijo tanto como ella. Por eso estoy planteándome solicitar un puesto fijo en la oficina. Al menos sabemos que ellos respetan más que nosotros los turnos.

—Te entiendo —suspiró con discreción—. Medítalo con calma. Que te adjudiquen un puesto de oficina no quiere decir que te tengas que quedar ahí para siempre. Igual que ahora puedes pedir esa plaza, más adelante, cuando la criatura sea mayor, si te apetece podrás volver a solicitar un cambio.

»Pero bueno, mientras te lo piensas, si hoy acabamos pronto nos iremos a casa, sea la hora que sea, que ya está bien de hacer el capullo.

—Sí, sería un puntazo —respondió abstraído.

Los escasos minutos que restaban de camino lo hicieron en silencio, meditando en lo que un cambio de puesto supondría para ambos.

—Vamos —dijo Carlos tras aparcar—. A ver si hoy tenemos suerte.

—Sí, vamos —secundó Iván. Se apeó del coche y cerró de un portazo.

Llamaron al telefonillo esperando a que esta vez Adrien estuviese en casa. Unos segundos más tarde la voz de un hombre contestó.

—¿Sí? —respondió enérgico.

—¿Adrien Berguer Fabre?

—Sí —contestó como si fuese una serpiente, con acento francés. Su ímpetu del principio se convirtió en desconfianza.

—Somos de la policía. Nos gustaría hablar con usted en torno a la desaparición de Elena Pascual Molina.

No contestó. Tras un par de segundos apretó el interruptor permitiendo que los agentes accediesen al interior del portal.

Tomaron el ascensor y subieron a la tercera planta. Al llegar se encontraron la puerta ligeramente abierta.

—¿Hola? —saludó Carlos al tiempo que apoyaba la mano sobre la puerta y la empujaba levemente. Ante ellos se perfilaba un pasillo totalmente vacío y carente de luz; a juzgar por el sol que hacía afuera, debía tener las persianas bajadas—. ¿Adrien? —preguntó asomando la cabeza. No obtuvo respuesta. Miró a su compañero arrugando el ceño; este le devolvió la expresión de desconfianza—. ¡¿Hola?! ¡¿Adrien Berguer?! —insistió, esta vez elevando el tono.

—Cuidado —susurró Iván llevándose la mano a la funda de su *H&K compact*. Tomó el arma. Carlos no tardó en proceder del mismo modo.

Pistola en alto, entraron en la vivienda el uno a la zaga del otro, enfilando el pasillo para examinar cada habitación. Carlos le hizo un gesto para que avanzasen a la vez, distribuyendo la vivienda en dos partes: él comprobaría el área izquierda e Iván el área derecha.

Con el arma por delante, Iván accedió a la primera estancia, el salón. Estaba vacío. El estor le hizo ahorrarse pensar que podría estar escondido detrás de las cortinas. No tuvo tiempo de fijarse en nada más.

Deshizo sus pasos hasta regresar al pasillo.

—¡Policía. Salga con las manos en alto! —gritó Iván apuntando con su reglamentaria al frente mientras Carlos accedía al siguiente cuarto: la cocina.

Carlos salió de allí negando con la cabeza, volviendo a centrar su atención en el resto de la vivienda que les faltaba por reconocer. Con cautela, accedió a la siguiente habitación. Correspondía a un dormitorio pequeño cuya única decoración era un armario empotrado y una mesa con un ordenador encima. Respecto al sospecho, tampoco hubo rastro. Al salir volvió a hacerle un gesto a su compañero para confirmarle que estaba vacío.

Iván le hizo una señal para que se encargase del cuarto que les quedaba enfrente, mientras él lo hacía de la última habitación que se abría a la derecha.

—¡Vacío! —gritó Carlos desde el cuarto de baño. A través de su voz se podía percibir su inquietud: de estar Adrien en la casa, solo le quedaba un sitio donde esconderse, y su silencio no presagiaba nada bueno.

—¿Dónde coño estás, hijo de puta? —susurró Iván entre dientes, con las mandíbulas apretadas. Despacio y sigiloso entró en el último cuarto. Sus extremidades se mantenían tensas. Echó un ojo rápido a la habitación. Debajo de la cama. Dentro del armario—. Está vacío —confirmó a su compañero, que le guardaba las espaldas desde el umbral de la puerta.

—¿Se ha ido? No me lo puedo creer —farfulló Carlos mientras permanecía con el arma apuntando a la puerta de entrada—. Ha podido subir al ático.

—Sí, o bajar por las escaleras mientras nosotros subíamos en el ascensor.

—Eso o, tal vez está escondido esperando a que nos vayamos —dijo Carlos. Iván corrió hacia la ventana para ver si lo veía huyendo por la calle. Subió la persiana dándole un tirón a la correa. No vio a nadie. Mientras tanto, Carlos se dirigió a la puerta principal. Al llegar, con cautela, asomó la cabeza. Miró a un lado y a otro del rellano. Un ruido en las escaleras llamó su atención. Venía de la planta de abajo.

—Es él —susurró Iván que, sin que Carlos se diese cuenta, lo tenía a su espalda.

A hurtadillas, Iván atravesó el descansillo hacia las escaleras. Mientras, Carlos anduvo hasta la barandilla.

—¡Deténgase! —chilló Carlos apuntando al chico con la pistola. Al mismo tiempo, Iván comenzó a descender las escaleras con el mismo sigilo que su perseguido.

El muchacho se quedó paralizado unos instantes, acongojado al sentirse un blanco humano. Vaciló. Su instinto le gritaba que permaneciese quieto, que no tentase a la suerte. Sin embargo, el miedo le hizo descender un par de escalones más sin perder de vista a su francotirador, como un niño al que regañas para que no toque un enchufe y, a pesar de que lo estás mirando y él a ti, vuelve a acercar la mano con la intención de volverlo a hacer.

—¡Policía! ¡Alto, he dicho! —repitió Carlos, siguiendo sus movimientos con su arma de fuego.

Al escuchar a su compañero, Iván comenzó a correr escaleras abajo. Ante el ruido y el miedo a ser apresado, Adrien reanudó la huida a toda velocidad ignorando la advertencia del agente.

—Me cago en la puta —maldijo Carlos entre dientes al tiempo que tomaba las escaleras detrás de su compañero y del sospechoso.

—¡Alto! —gritó Iván, que ya lo tenía a escasos metros. Los recodos de los distintos tramos de escaleras habían dejado de ser un obstáculo: podía ver su espalda—. ¡Alto! —Adrien siguió unos metros más—. ¡Alto o disparo! —le advirtió encañonándole. Ante la última advertencia, obedeció.

—¡Dese la vuelta! —le ordenó sin dejar de apuntarle con su reglamentaria—. ¡Espacio! ¡Las manos en la cabeza!

Carlos llegó a su altura. Alzó el arma hasta tener al sospechoso a tiro.

—¿Se puede saber a dónde coño ibas? —le preguntó Carlos sofocado, sintiendo su pulso acelerado. Iván se acercó hasta el sospechoso para cachearle.

—No... No lo sé —confesó acobardado. Permanecía estático, con los dedos de las manos entrelazados, apoyados en su nuca y la mirada fija en el suelo.

—No lleva armas —informó Iván al tiempo que le hacía bajar los brazos.

—Chaval, estás en un buen lío —dijo Carlos sin dejar de apuntarle.

—Yo no he hecho nada.

—Entonces, ¿por qué huías?

—Así que no has hecho nada. Entonces, ¿estás sordo o es que no entiendes el castellano? —le vaciló Iván sin darle tiempo a contestar—. ¿Qué hacemos? ¿Le llevamos a comisaría o hablamos largo y tendido aquí, en su casita, lejos de los ojos de los demás compañeros?

—No he hecho nada —volvió a repetir el francés.

—Ya te hemos oído, chaval, no hace falta que parezcas un puto loro.

—Llémosle arriba —zanjó Carlos.

—Gran idea —dijo Iván sonriendo a Adrien con cara de tarado.

Lo cogió del brazo y lo condujo escaleras arriba. Una vez dentro del piso, le hicieron sentarse en una silla de la cocina.

—¿Puedes encender la puñetera luz? Aquí no hay quien vea una mierda —solicitó Iván a su compañero mientras cogía otra silla y se sentaba a horcajadas enfrente del francés, con los brazos apoyados sobre el respaldo—. Bueno, ¿qué?, ¿dónde ibas, campeón?

—A ninguna parte.

—Joder, cualquiera lo diría.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —preguntó Carlos.

—No, no lo sé.

—¿Entonces por qué te querías escapar?

—No lo sé, me ha dado miedo.

—Tío, cuando uno no tiene nada que ocultar el miedo no existe, de modo que, ¿qué ocultas?

—Nada, se lo prometo. Pueden registrar mi piso si lo desean.

—No, ahora no. Tal vez más tarde. Ahora necesitamos que nos hables de Elena Pascual Molina. La conoces, ¿no?

—¿Elena? —repitió poniendo cara de extrañeza.

—Sí, tío, deja de hacerte el tonto —aseveró Iván poniéndose nervioso—, sabes perfectamente de quién te estamos hablando.

—Ah, sí, Elena. Sí, la conocí hace unas semanas.

—¿Sabes dónde está? —continuó Carlos.

—No, no la veo desde hace unos días.

—¿Unos días? ¿Estás seguro?

—Sí, creo que sí.
—¿Dónde la conociste?
—En un bar.
—¿En un bar?
—Sí, eso he dicho.
—Tranquilo, no te nos pongas gallito. En un bar —dijo Iván anotándolo en su libreta.
—¿Qué años tienes, grandullón? —requirió Carlos.
—Acabo de cumplir veintiséis.
—¿No crees que estás algo *talludito* como para estar con chiquillas de instituto?
—No sabía que... —dejó la frase a medias. Parecía no saber qué contestar.
—¿Qué? ¿Que iba al instituto, que era menor, que lleva desaparecida desde el domingo por la mañana?
—No, no lo sabía.
—¿Nada de nada?
—No.
—Oh —espetó Iván dedicándole una mirada de incredulidad. Volvió a anotar en su cuaderno.
—A ver, chaval, necesitamos que hagas memoria, porque te adelantaré algo: la amiga de Elena, Alba, ¿la conoces, verdad?, nos ha dicho que el sábado por la tarde estuvisteis juntos. Así que, eso de que hace días que no la ves, no te lo crees ni tú.
—¿El sábado? Ah, sí. El sábado. Sí. Estaban de compras. Y Elena me mandó un mensaje para decirme que quería presentarme a su amiga, a Alba.
—¿La conociste ese día?
—Sí.
—Muy bien. Y ahora que vas recuperando la memoria, dime, ¿desde cuándo os conocéis Elena y tú?
—Pues..., no sé. No hace ni un mes.
—¿Has tenido relaciones sexuales con ella?
—No —respondió rápido y tajante.
—No será por falta de ganas, ¿me equivoco? —cuestionó Iván.
—No sé por qué dice eso. Solo somos amigos.
—¿Amigos? ¿No tienes a gente de tu edad con la que estar? No me lo creo. Lo que yo creo es que vas con crías de quince y dieciséis años porque te las quieres beneficiar, y vas probando primero con una y luego con otra, o bien hasta que lo consigues, o bien hasta que te cansas porque no te dan lo que quieres. ¿Tengo razón?
—No. No tienen ni idea. A mí Elena me gusta de verdad, y no hemos hecho nada. Estoy esperando a que ella esté preparada y quiera dar ese paso.
—¿O sea, que admites que quieres acostarte con ella? —preguntó Carlos.
—Os lleváis once años —intervino Iván con inquietud.
—Eso no tiene nada que ver. Hace varias generaciones entre las parejas había mucha diferencia de edad y no pasaba nada.
—Sí, y algunos árabes todavía se siguen casando con niñas que no acaban de tener ni su primera regla. Chaval, estamos en el siglo veintiuno. Ahora no es tan fácil que un «viejo» como tú se líe con una menor, puede haber consecuencias —matizó Carlos.
—En fin, al margen de que la última vez que la viste fue el sábado por la tarde —prosiguió Iván—, ¿en este tiempo has vuelto a saber algo de ella?, ¿algún mensaje?, ¿alguna llamada? —El chico fue negando con la cabeza al tiempo que Iván iba hablando—. ¡Habla, coño! —replicó

dándole un grito.

—¡Que no, que no la he visto! ¡No sé nada de ella!

—Eh, cuidadito con el tono que no estás hablando con tu primo —le advirtió Iván.

—¿No quedasteis para veros el domingo según salía de casa de su amiga Alba? —prosiguió Carlos.

—¿El domingo? No. Íbamos a quedar el sábado por la noche, pero me mandó un mensaje diciéndome que le dolía la cabeza. Desde el sábado por la tarde no sé nada de ella. Yo también estoy preocupado, ¿saben? La he mandado un par de mensajes para ver qué tal estaba, pero no me ha contestado. Al principio pensé que estaba pasando de mí, pero ahora que dicen que está desaparecida... No sé. No creo que sea una chica que desaparece sin decirlo.

—¿Nos puedes enseñar esos mensajes?

—Son personales.

—¿Prefieres que te requisemos el móvil?

—Eso no pueden hacerlo sin una orden judicial.

—Qué listo nos ha salido el colega. Se nota que ve la tele, ¿eh? —repuso Iván.

—¿Y eso que nos dijiste antes de que podíamos registrar tu piso, dónde ha quedado? ¿Querías ganarte nuestra confianza o qué?

—No tengo nada que ocultar, pero no quiero mostrarles mi móvil, es mi intimidad.

—¿Más que el cajón donde guardas los gayumbos y los juguetitos guarros que usáis los de tu generación? —le preguntó Carlos retórico. Sabía que no obtendría ninguna respuesta.

Iván resolló clavando la mirada en el rostro de Adrien, meditando qué hacer con él. El chico no levantaba la vista del suelo, permanecía en silencio rezando que se fuesen de una vez.

—¿Y por qué no preguntan a su amiga Alba? A lo mejor ella sabe algo. Elena me dijo que iría a verla. Sé que habían estado planificando pasar la noche juntas.

Carlos e Iván se miraron.

—Está bien —dijo Carlos suspirando—. Por el momento es todo. Más te vale estar localizable. Y si te enteras de algo o si tu amiga se pone en contacto contigo, nos llamas.

—Claro. Yo soy el primero que quiero que aparezca.

Iván se levantó de la silla y siguió los pasos de su compañero, quien ya se dirigía hacia la puerta.

—Esto empieza a olerme mal —dijo Iván mientras bajaban las escaleras.

—Vayamos a la comisaría; hemos de hacer recuento de lo que tenemos hasta ahora.

Los hilos de la amistad

Martes, 4 de junio de 2019

Se acercaban los exámenes finales. Aquella tarde, Alba y Elena quedaron para estudiar juntas y preparar el parcial de literatura. En aquel momento tenían la casa para ellas solas. Los padres de Alba llegarían a última hora.

—Podíamos hacer un descanso, ¿no? —sugirió Elena a su amiga, estirándose y bostezando.

—Sí, no estaría mal. ¿Quieres un café o un zumo?

—Déjate de zumitos y cafés, eso es para pijos y viejales. ¿Y si nos tomamos un cubata o una cerveza?

Alba rio desconcertada.

—¿Pero qué dices, tía? ¿Ahora qué te ha dado?

—No sé —respondió con tono meloso, acercándose a ella—, tal vez si nos tomásemos un poquito de alcohol nos lo pasaríamos mejor, ¿no te parece?

—Venga, si ya casi hemos terminado.

—Por eso lo digo. Ya que casi hemos terminado, podíamos..., no sé, jugar, pasárnoslo bien. Celebrarlo. —Su voz había adquirido un matiz totalmente desenfrenado.

—Últimamente estás muy rarita.

Elena se carcajeó sin tapujos.

—Lo que tengo es ganas de follar. De saber lo que se siente cuando alguien que no eres tú mismo te toca, te da placer y se excita con tu cuerpo. —Alba la miró sin decir nada—. Dios, solo de pensarlo... Tía, soy de las pocas que a mis años sigo entera. Es patético.

—¿De las pocas? No, no es tan raro. Y si lo estás es porque tú has querido.

—Ya lo sé. Si hubiera querido hasta me podría haber tirado a tu padre. —Alba se quedó boquiabierta, sin saber qué decir—. No me mires así, mujer, no es para tanto. ¿Tú no te has fijado?

—¿En qué?

—Pues en que hay hombres de la edad de nuestros padres que nos desnudan con la mirada. Estoy segura que al llegar a casa se van al baño a cascársela pensando en nosotras. Somos el centro de sus fantasías. ¿Acaso tú no lo crees?

—Pues... No lo sé. Supongo que a alguno le pasará, pero..., joder, creo que estás exagerando mucho.

—Alba, hija, ¿tú no viste el otro día cómo te miraba el señor ese de la tienda de ropa?

—Nos miraba porque estabas montando mucho escándalo.

—No, Alba, no. Te miraba a ti. Y ¿qué quieres?, es ley de vida. Cualquier hombre siempre querrá estar con una mujer más joven que él, más delgada, más divertida. En su subconsciente está grabado que somos mejor partido; no tenemos problemas de fertilidad ni arrugas, somos más vitales, tenemos más energía para darles lo que desean. Además, tenemos la vagina prieta, y eso les pone.

—¿Ahora eres una experta?

—Solo hay que observarlos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que desean? —le preguntó Alba con recelo.

—Sexo. Sexo de todas las clases, en todas las posturas. Vamos, todo lo que se te pase por la mente.

—Ahí creo que te equivocas. El otro día leí un artículo que decía que la mujer a partir de los treinta es cuando más disfruta del sexo.

—¿Qué me estás contando? Yo te estoy hablando de los hombres, no de nosotras. A ellos, cuando más les molamos es ahora, con nuestra edad.

—Joder, tía, como tengas razón no sé qué haremos cuando tengamos treinta o cuarenta.

—Pues nada, estar amargadas como tu madre —espetó Elena—. Por eso deberíamos disfrutar ahora.

Alba agachó la cabeza, pensativa.

—Hablas de mi madre como si a la tuya no le pasase lo mismo. ¿Acaso tú madre está bien con tu padre?

—No sé yo qué decirte. Se llevan bien, y creo que hacen sus cosas, se divierten y eso, pero ¿qué quieres que te diga?, estoy convencida de que, el muy salido, cuando se la calza está pensando en mí.

—A lo mejor son solo tus imaginaciones.

—Ya te digo yo que no.

—Pues tal vez sea porque no es tu padre biológico. O porque tú te insinúas.

—¿Yo? Yo no tengo que insinuarme para poner a nadie cachondo. Además, no creo que tenga nada que ver.

—Pues yo espero que sí o que sean solo fantasías tuyas. Estás hablando de cosas muy serias. Además, el otro día te vi cómo hablabas con mi padre. No te dije nada porque..., bueno, no sé, pensé que se te había ido la pinza, pero no quiero que vuelvas a hacerlo, me incomodaste mucho.

—Ah, o sea, que te diste cuenta.

—Pues claro.

—¿Te estás poniendo celosa?

—¿Tú eres tonta? No, no me estoy poniendo celosa, solo te digo que no vuelvas a insinuarte así a mi padre.

—Venga, tía, no te lo tomes a la tremenda, solo estábamos hablando —dijo riéndose.

—¿Sabes? Espero que te eches novio pronto; así se te quitarán esas estupideces de la cabeza.

—Hablas como si fueras mi abuela.

—No. Tu abuela te hubiera dado un par de hostias bien dadas.

Elena rio a carcajadas.

—En serio, eres muy exagerada —dijo arrimándose a su amiga.

—No, tía. No me gusta qu...

—Ya, ya, ya, ya... —replicó sonriente, elevando el tono para solapar la voz de su amiga. ¿Ya? Alba puso cara de guasa.

—Bueno, solo digo que tal vez necesites hacerlo con alguien. Vas de estrecha por la vida y en realidad solo eres una perra salida —dijo recreándose en las últimas palabras, elevando el tono y sonriendo—. Tienes que hacer algo y pronto, porque tienes que saber que yo no estoy aquí para estar aguantando tus calentones, bonita —zanjó, tratando en vano de mostrarle su rostro más serio.

—¿Te estás ofreciendo? —Elena se la acercó con gesto lascivo.

—¿Quién, yo?

—¿Por qué no? —dijo aproximándose aún más. Alba la sonrió siguiéndole el juego—. A ti ya te han desvirgado, guarra. Podrías enseñarme algunas cosillas.

—Eso quisieras tú —respondió en tono meloso.

Elena la miró fijamente a los ojos. Sus párpados adquirieron un gesto libidinoso y su boca dibujó una sonrisa de medio lado. Con la lengua humedeció su labio inferior. Alba permaneció estática, expectante, seducida al mismo tiempo por los movimientos y el descarado de su amiga. Hasta que al fin cruzaron el umbral de la amistad sucumbiendo al deseo, al morbo ingenuo. Lo que para una era algo más, para la otra era tan solo una nueva experiencia. Sin pretenderlo, convirtieron la inocencia de su cariño en un juego de mayores pretensiones. Unieron sus bocas, mezclaron sus lenguas, saborearon los alientos que hasta hacía escasos minutos discutían ingrávidos sobre literatura, convirtiéndose a cada beso en un nuevo gemido, en un paso más hacia el desenfreno.

Para Elena fue su primera experiencia sexual, para Alba la primera con una mujer, con su mejor amiga.

—No se lo diremos a nadie, ¿vale? —preguntó Elena mientras se vestía—. No me apetece que me pongan la etiqueta de bollera.

Alba la observó defraudada. Se sentía utilizada, sucia. Tenía ante ella a una Elena totalmente distinta a la que creía conocer. Desde hacía tiempo pensaba que su rechazo a los chicos que habían querido salir con ella se debía a que en realidad no le gustaban los hombres, y que la conversación previa había sido una excusa para acercarse a ella. Nada más lejos de la realidad.

La verdad

Yago Reyes

Martes, 17 de septiembre de 2019

Teníamos las pistas contadas: una autopsia que desvelaba supuestas relaciones sexuales consentidas y muerte por asfixia, sin mayores vejaciones que el propio asesinato que, por suerte para la víctima, parecía haber sido rápido. Un círculo de familiares y amigos bastante reducido: madre, padre, amiga y el supuesto novio. No sabíamos si existía algún otro individuo, pero por el momento no teníamos conocimiento de él; el señor que encontró el cadáver tomó declaración esa misma mañana y, desde luego, no parecía estar en el ajo. En fin, que acabábamos de hacernos con el expediente de desaparición y debíamos estudiarlo a conciencia cuanto más rápido mejor.

Quizá lo más óptimo hubiera sido que nos fuésemos a casa, a descansar y descongestionar la cabeza, pero sabíamos que cada hora que pasaba jugaba en nuestra contra y la probabilidad de encontrar al asesino de Elena disminuía. Terminamos dirigiéndonos al domicilio de Adrien Berguer Fabre por una corazonada de mi compañera. Fuese o no el culpable, lo que estaba claro es que por algún sitio teníamos que empezar.

Al llegar, Aines llamó al telefonillo. Esperamos unos segundos, pero no contestó nadie.

—Qué raro que a estas horas no esté en casa —reflexionó.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las nueve.

—Bueno, la gente no siempre está en sus casas. Tal vez haya salido con algún amigo a cenar, o algo de eso.

—¿Qué propones? Podríamos llamarle por teléfono.

—Yo propongo ir a la comisaría, estudiar los informes y ver si tenemos alguna novedad respecto al descifrado del móvil de Elena, y luego, creo que lo más sensato para nuestra salud física y mental es irnos a descansar. Tengo la cabeza como un bombo.

—Si en la comisaría tuvieran algo nos hubieran llamado. Y no sé si me has escuchado, pero son las nueve de la noche.

—Tú has sido la que ha propuesto llamarle.

—Sí, pero he cambiado de opinión.

—¿Entonces?

—Vayamos a comisaría un momento y cerramos por hoy.

—Estupendo —dije agotado y con cara de pocos amigos.

Aines puso un gesto de exasperación, dio media vuelta y se dirigió hacia el coche. Me limité a seguirla.

El camino hasta la comisaría volvió a ser como de costumbre, ridículamente silencioso. Esta vez era ella quien conducía.

«Ya decía yo que era raro que me empezase a hablar como si nada.

»A lo mejor necesita concentrarse para conducir.

»Sí, otras veces también enmudece cuando va conduciendo.

»En fin, yo qué sé. Lo que tengo claro es que no tengo ningunas ganas de preguntarle si le pasa algo. No me apetece. Demasiadas cosas tengo de las que preocuparme.»

Durante el trayecto sepulcral me dio tiempo a poner en orden, en mi mente, la sucesión de acontecimientos:

«Quedó con su amiga Alba por la tarde. Luego, ambas se vieron con el amigo de Elena, el tal Adrien Berguer, que según el informe de nuestros compañeros, confirma que el encuentro tuvo lugar la tarde del sábado. La última en verla fue Alba, con la que quedó para pasar la noche. Según ella, Elena se fue de su casa a las nueve de la mañana. Sin embargo, los datos que tenemos del móvil son que la última vez que se conectó a Facebook fue a las 21:43 y la última señal de localización GPS es del domingo a las 18:14. Los compañeros lo encontraron apagado en las coordenadas 39°08'59.9"N 0°16'45.4"W, ubicación perteneciente a la localidad de Cullera, más o menos a media hora de distancia de su casa en Alzira. Aún desconocemos la relación de llamadas, mensajes y datos que pueda arrojar el análisis forense del móvil.

»¿Qué más? —reflexioné—. De su lista de amistades y familiares más cercanos, ¿quiénes fueron los últimos en verla?

»La madre se encontraba trabajando, con lo cual, tiene coartada. El padre estuvo en casa, aunque asegura no haberla visto desde que se fue con su amiga a dar una vuelta a eso de las cinco y media, si no recuerdo mal. Por su parte, Adrien Berguer afirma no haberla vuelto a ver desde esa misma tarde, la del sábado. Eso nos deja a su amiga Alba como la última persona allegada que la vio con vida.

»Joder, no sé qué pensar. ¿Qué motivos podría tener cada uno para acabar con la vida de Elena?».

Saqué el cuaderno y lo abrí por una hoja en blanco.

«Veamos».

Comencé a anotar:

«*Posibles motivos:*

Alba → ¿*Envidia?* —Dejé un espacio en blanco por si se me ocurría alguna otra posible razón.

El padrastro → —Permanecí unos instantes pensando. No se me ocurrió nada, aunque la verdad es que mi atención estaba puesta en Adrien. Pasé a él.

Adrien → ¿*Miedo por haber abusado de ella? ¿Se le fue de las manos y la mató?*».

«No tiene sentido —reflexioné. La punta del boli reposaba aún sobre el punto con el que cerré la interrogación—. La autopsia desvela que mantuvo relaciones, pero no fueron forzadas. Pudo mantenerlas con él. Pero ¿en qué lugar deja eso a Adrien? Si fueron consentidas no tenía de qué temer. Aunque si se enteró de que Elena tenía quince años sí tenía motivos para estar acojonado. ¿Lo amenazaría con denunciarlo? Joder. En realidad tampoco le veo sentido; se supone que tenían una relación. A no ser que discutiesen. Cuando los compañeros le entrevistaron, dijo que no la había visto en todo el día. Luego se retractó cuando le dijeron que habían hablado con Alba y confesó que se habían conocido esa tarde. Joder...»

»Por otro lado, según las declaraciones de la madre, su hija no tenía ningún motivo para marcharse de casa. No habían regañado. Se llevaban bien. Era estudiosa, responsable. Su comportamiento era normal. Disfrutaba de las vacaciones de verano como cualquier chavala de su edad. Por lo tanto, de momento queda descartado cualquier posible problema en el instituto.

»Tampoco conoce que estuviese tomando drogas o que la estuviesen acosando.

»Ni que tuviese novio.

»Es verdad. No les hemos preguntado a los padres por Adrien Berguer. —Lo apunté en el cuaderno: «Preguntar a Nuria y a Miguel por Adrien».

»Aun así, creo que podríamos ir trazando un perfil del asesino.»

Volví a centrarme en mi bloc de notas. Seguí anotando:

«Perfil: hombre de edad comprendida entre los veinte y los cincuenta años. Probablemente viva solo en un apartamento. Solitario. Amigos «de pega». Simpático, educado, amable. De buen ver. Sale poco. Está fuerte: transportó el cadáver en volandas. Vive en Alzira, a pocas manzanas de la víctima. Tiene carnet de conducir y coche propio, aunque lo usa poco. Asesinato aislado: no creo que tenga intención de actuar de nuevo».

Al levantar la vista del papel vi que estábamos llegando.

«Muy bien —me dije—. Seguiremos trabajando en el caso partiendo de la premisa de que estamos ante un tío que no pretende volver a matar, por lo menos a corto plazo.»

Miré a mi compañera. No se inmutó. Permanecía al volante con la atención puesta en el tráfico. Tenía un perfil bonito, lástima que pareciese estar siempre estreñida.

«En fin. —Suspiré sin que me oyese. Cerré el cuaderno y lo guardé. Apoyé la espalda en el respaldo de mi asiento buscando poder relajarme durante los dos o tres minutos que tardaríamos en llegar al aparcamiento.

Al entrar en la comisaría nos encontramos con Óscar, nuestro analista forense en móviles.

—Estaba a punto de llamaros —dijo al vernos.

—Vaya. Suena bien. ¿Qué tienes? —respondí.

—Poco. No creo que pueda acceder al código cifrado. Sin embargo, tenemos las últimas interacciones telefónicas. Son todas del domingo. Venid a mi mesa y os doy el listado.

Obedecemos sin rechistar.

Al llegar a su puesto cogió un papel que reposaba sobre el escritorio, encima, a su vez, de otro montón de papeles. Adelantándome a mi compañera, la cual ni siquiera hizo amago, lo cogí y lo ojeé. Aines se acercó lo máximo que su estrechez le permitió y asomó la cabeza para ver las anotaciones. A bolígrafo, figuraban varias horas y el nombre de algunas personas:

«D. 11:54. Nuria.

D. 12:07. Alba.

D. 12:33. Adrien.

D. 16:40. Adrien

D. 17:14. Nuria».

—¿Qué significa la «D»? —se interesó mi compañera.

—Domingo.

—¿Del sábado no hay llamadas? —pregunté.

—No. Con eso de las redes sociales, la gente habla poco por teléfono.

—¿Y de los días previos?

—Tampoco hay gran cosa. A lo largo de este año ha hablado ocho veces por teléfono. El total de registros está en la página que hay grapada detrás. —La ojeé—. Pero la más cercana en el tiempo es del mes de mayo. Dudo que os sirvan de mucho, pero ahí las tenéis todas.

—Está bien. ¿Me lo puedo quedar?

—Sí, claro.

—Gracias. No tienes nada más, ¿no?

—No, pero puede que consiga acceder a su galería de imágenes.

—Estupendo. Si lo consigues avísanos.

—Contad con ello.

Me giré y miré a Aines; ella me observó unos instantes antes de apartar la mirada.

—Mañana más —dije a modo de despedida.

Asintió como si le hubiera comido la lengua el gato. Pasé a su lado con la vista al frente, sintiendo una mezcla de rechazo y pena por ella. Parecía tener una compañera con trastorno de personalidad o bipolaridad; tan pronto me hablaba normal como que parecía guardar voto de silencio.

Cuando salí de la comisaría ya casi había anochecido.

«En cuanto llegue me voy a tomar una cerveza bien fría. O dos, quién sabe.»

Anduve en dirección a mi piso con la confusión y el desconcierto como única compañía. Desde que llegué, estaba siendo la primera vez que me sentía tan solo; una especie de sentimiento de abandono difícil de definir. Parecía un niño entregado a los brazos de unas personas que no son sus padres, o un anciano encerrado en una residencia el resto de sus días, sin capacidad ni deseo de volver a ver a su familia. Incluso, no sé por qué, me vino a la cabeza un documental de Netflix acerca de las colonias cristianas: curas abusando de niños; niños guardando silencio; su padecimiento durante esos días y los años venideros; el secreto que, por dolor y vergüenza, ocultaron hasta alcanzar la edad adulta; la desvergüenza de sus abusadores... ¿Tenía que ver algo conmigo? No. En absoluto. Sin embargo, aunque no son comparables, existen tantos tipos de dolor... En mi caso estaba cansado, asqueado de mi situación. Era consciente de que aquel hastío se remontaba al momento en que cogí el coche y conduje hasta mi nuevo destino; mejor dicho, al momento en que me dieron la noticia del traslado. Cualquier acontecimiento se terminaba convirtiendo en un montón de mierda, que, poco a poco, estaba consiguiendo minar mis fuerzas.

El caso de Elena Pascual era reciente. No podía estar agotado por ese motivo, al contrario, debería estar fresco, concentrado. Sin embargo, mi mente no estaba donde debía. Así que la investigación no era el problema; nos enfrentábamos a un caso más y punto. ¿Desagradable?, sí, pero ya sabía dónde me metía cuando elegí este trabajo. Otra cosa bien distinta era tener como compañera a Aines. De entre todas las agentes de la puta Comunidad Valencia, ¿me tuvieron que poner con ella? ¿En serio? ¿No había otra? No obstante, ella era solo otro pegote que sumar al montón de mierdas que tenía que aguantar día tras día. De haber estado en Madrid, habría quedado para tomar unas cervezas con los amigos para despejarme; pero no, tampoco conocía a nadie en aquel maldito pueblo. Y de tener una casa bonita y acogedora... ¡Já! Malvivía en un piso pequeño de dos habitaciones, con muebles viejos como lo debieron ser sus últimos inquilinos. Aquel lugar olía a naftalina y no había forma humana de levantar esa peste a lobreguez y decrepitud. Seguramente se murieron allí dentro y por eso el alquiler era tan barato. Muebles del año tres, electrodomésticos carcomidos, olor a tuberías... El propietario supo camuflar bien los «desperfectos» para endosarme aquella mierda. Durante una semana estuve durmiendo en el sofá. Cualquier sitio era mejor que dejarte rozar por el colchón de estampado floreado, de olor a pisces y ronchones amarillentos y marrones que descansaba sobre el somier de la cama de matrimonio. Pensé en irme a un hotel, pero mi economía no estaba para hacer excesos: la hipoteca de mi piso en Madrid, el alquiler del cuchitril, la maldita fianza, los gastos del traslado, los seguros de vida, del coche, de salud... Al menos conseguí, a base de amenazas, que el casero cambiase aquel puto colchón.

Caminé arropado por la creciente oscuridad, por el ruido de coches circulando y por mi mente tratando de establecer cuántas veces, contando aquella, me había lamentado de pedir el puñetero traslado.

Subí las escaleras del portal y entré en mi «dulce hogar». Fui directo a la nevera. Cogí una cerveza y metí otra en el congelador.

«Mientras me doy una ducha rápida la otra se pondrá como a mí me gusta.»

Abrí la que tenía en la mano, le di un trago y ojeé la comida que quedaba en el frigorífico.

—Joder —me quejé con desgana—. Encima me toca ir a comprar.

Cerré la nevera y miré el armario donde guardaba las latas de conserva. Atún. Sardinas. Melocotón en almíbar. Espárragos. Mahonesa. Kétchup. Fabada. Espaguetis. Macarrones.

«Me niego a ponerme ahora a cocinar.»

Rebufé resignado.

Mientras me quedaba como un pasmarote frente al mueble y seguía contemplando las latas, le di otro trago a la cerveza, esta vez más generoso.

—¿Sabes qué te digo? —me dije yendo hasta el armario donde guardaba los platos—. Hoy toca ejercer de chef.

Cogí la lata de melocotón en almíbar, la abrí y me bebí parte de su caldo; el resto lo tiré por el fregadero. Eché las rodajas en una fuente de ensalada y abrí un par de latas de atún. Las eché encima del melocotón y culminé el momento «inspiración del chef» añadiendo un par de cucharadas de mahonesa.

—A cagar —sentencié tras propinarles unos cortes poco profesionales al melocotón y mezclar los ingredientes. Sin pensármelo dos veces lo metí en el congelador, junto a la cerveza—. Ahora, un traguito más y a la ducha. —Ahí me acabé la primera cerveza de la noche.

La dama blanca

Jueves, 6 de junio de 2019

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Alba a Elena al salir del examen.

—Bueno, creo que bastante bien. ¿Y a ti?

—¿No has visto que he sido de las primeras en terminar? Fatal.

—Bueno, mujer, no te preocupes, seguro que al menos te da para aprobar. ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos. Y sí me preocupo. Te recuerdo que estoy repitiendo, Elena, con aprobar no es suficiente. Debería estar sacando matrícula en todas las malditas asignaturas. Mis padres me van a matar.

—Mira el lado positivo. Al menos, ya te has sacado el carnet de conducir y eso no te lo pueden quitar.

—Sí, pero no será por ganas. Vamos, que va a ser la última vez que confíen en mí.

—Eres muy exagerada.

Al salir del edificio achinaron los ojos para protegerse de la luz del sol.

—Como tú siempre sacas buenas notas...

—Que no te amargues. A ver, si quieres que quedemos otro día para estudiar, me lo dices y ya está.

Alba sonrió de medio lado.

—¿Te gustó lo del otro día?

Elena le devolvió la sonrisa.

—Claro que me gustó.

—Me gustaría repetir, la verdad. No se me va de la cabeza. De hecho, tú tienes la culpa de que no me concentre.

Elena se echó a reír.

—No tengas morro.

—Te lo digo muy en serio. No te me vas de la cabeza. —Alba miró a su alrededor para comprobar que no las veía nadie. Se acercó a Elena y la besó. Ella la correspondió, sin poder evitar que se le escapase un gemido.

—Esta tarde —le susurró Elena separando sus labios y apoyando su frente en la de su amiga—. Esta tarde iré a tu casa y...

—No —le interrumpió Alba alejándose unos centímetros—, esta tarde estarán mis padres. Mejor en la tuya.

Elena hizo memoria: su madre no estaría, le tocaba doble turno, y su padre...

—Vale, vente a mi casa. Mi padre seguramente irá al gimnasio. Aprovecharemos cuando se vaya.

—Joder, tía, qué ganas tengo. ¿A qué hora quedamos?

—Vente a las cuatro y media.

—Genial. Pero mientras tanto... —Volvió a mirar a sus costados. Después la besó.

—No quiero que lo sepa nadie. ¿Me has oído? —le advirtió Elena tras corresponderla.
—Tranquila, no lo sabrá nadie.

A las cuatro y veintidós minutos sonó el portero.

«¿Ya es la hora? —se preguntó Elena. Apenas hacía un minuto que acababa de salir de la ducha. Había zonas de su cuerpo que aún seguían adornadas por una capa dispersa de gotas estáticas y resbaladizas de distintos tamaños. Enrollándose la toalla al cuerpo, se apresuró a contestar al telefonillo antes de que lo hiciera su padre.

—¡Ya voy yo! —vociferó para que Miguel no se molestase en ir.

Oyó un débil «vale»; debía encontrarse en el comedor.

Descolgó el telefonillo y, sin contestar, dando por hecho que se trataba de su amiga, apretó el botón para que se abriese la puerta del portal. A continuación, entreabrió la puerta de casa. Antes de regresar al cuarto de baño para vestirse, asomó la cabeza al pasillo para cerciorarse de que no hubiese nadie y la dejó entornada.

—¿Elena? —preguntó Alba al tiempo que cerraba. Anduvo unos pasos esperando a que su amiga la contestase. Nada. Oía ruidos, pero no sabía de dónde provenían—. ¡¿Elena?!

—Hola. ¿Alba, no? —saludó Miguel sobresaltándola. No pudo reprimir examinarla de arriba abajo—. Si estás buscando a Elena está en el cuarto de baño.

—Sí —respondió forzando una sonrisa de serenidad.

—Vas muy guapa, como la Dama Blanca. Nunca te había visto vestida de un blanco tan immaculado.

«¿La Dama Blanca? —se preguntó desconcertada—. ¿Esa quién es, una señora con dinero, una ramera...?».

—Sí, bueno. Gracias, supongo —respondió esquivando su mirada.

Miguel se sonrió para sí, aunque no pudo terminar de disimular una mueca provocadora.

—¿Sabes quién es la Dama Blanca?

Alba sonrió levemente avergonzada. Vaciló ante qué respuesta darle.

—No. La verdad es que no.

Miguel esperó unos segundos a que la chica le mirase a los ojos; un tiempo que fue suficiente para observarla detenidamente. Llevaba su cabello azabache recogido en una cola de caballo que le caía por los hombros, un top de tirantes color blanco que dejaba intuir el encaje de su sostén y una falda blanca que se ceñía en sus caderas y caía con corte recto hasta sus tobillos. Incluso sus pies calzaban unas sandalias blancas de cuña. Se preguntó de qué color serían sus braguitas. Ambos permanecieron estáticos en mitad del pasillo, no por gusto, sino porque Miguel obstaculizaba el paso.

—¡¿Alba?! —vociferó Elena desde el cuarto de baño.

—¡Voy! —respondió esta, sintiéndose aliviada.

Le dedicó una sonrisa forzada de mera cortesía y dio un par de pasos en su dirección para acudir a la llamada de su amiga.

—Cuando quieras —le susurró Miguel, agarrándola con firmeza por la muñeca y aproximando sus labios a escasos centímetros de su oreja—, te contaré quién es la Dama Blanca. Existen muchas leyendas—. Alba se quedó paralizada, sintiendo cómo un escalofrío le recorría la columna desde el sacro hasta la nuca. La presión de su mano cesó, transformando el calor de su

palma en una caricia. No tuvo valor para mirarle a la cara. Con la vista al frente, volvió a hacer una mueca de cumplido y pasó junto a él dispuesta a atravesar la vivienda dejándose guiar por los sonidos que generaba su amiga.

—¿Dónde estabas? —se interesó Elena mientras se desenredaba el pelo, sin dejar de mirarse al espejo. Alba se apoyó en el cerco de la puerta. No le dio tiempo a contestar—. ¡Guou! ¿Pero dónde vas tan sexi? ¿No íbamos a estudiar? —La reacción de su amiga le hizo olvidar la tensión e incomodidad que acababa de experimentar con su padre.

—Sí, pero, bueno, me apetecía arreglarme un poquito. En el instit...

—¿Un poquito, dices? Joder, tía, ni los *findes* vas tan cañón.

—Me alegro de que te guste. —Elena aprovechó la intimidad de su casa para besarla, olvidándose de que tal vez su padre podría estar observándolas—. ¿Te queda mucho? —preguntó Alba apartándose unos centímetros.

—No. Vamos a mi habitación, ya se me irá secando el pelo.

Al retroceder y girarse vio a Miguel estático en mitad del pasillo. Por un instante se sintió cohibida.

—Solo venía a deciros que me voy al gimnasio —informó el hombre en un tono amigable y sonriente. En ese instante Elena salía con júbilo del cuarto de baño.

—Muy bien, papá. No te canses mucho —dijo dándole un beso en la mejilla.

—No, ya sabes que siempre guardo energía para mis chicas. —Les dedicó una mirada de complicidad y luego se marchó—. Bueno, que lo paséis bien —dijo en tono cantarín al tiempo que se marchaba.

Esperaron a que sonase la puerta de casa.

—Al fin solas —canturreó Elena acercándose a Alba. Fue a darle un beso cuando esta se apartó.

—¿Qué es una Dama Blanca?

—Yo qué sé —respondió haciendo un nuevo intento por conquistar sus labios. De nuevo, Alba se alejó.

—¿No lo sabes?

—No. No lo sé. ¿Por qué? ¿Te pasa algo?

—Nada, déjalo.

—¿Nada? Me acabas de cortar el rollo.

—Que nada, he dicho.

—Pues vale, si tú lo dices. —Caminó hasta su dormitorio notablemente ofuscada. Alba la siguió—. Estudiemos, que falta te hace.

—No hace falta que te pongas tan borde.

—No, tía, borde tú.

—Bueno. Perdona. No pretendía...

—Olvidalo. Estudiemos —zanjó Elena tajante.

—Yo así no me puedo concentrar.

—¿Acaso tengo la culpa?

—¿La culpa de qué? Aquí nadie ha hablado de culpas, solo te he preguntado si sabes lo que es una Dama Blanca.

—Que no, que te he dicho que no. ¿Por qué tanta insistencia?

—Ya te he oído las dos primeras veces, ahora no te estaba preguntando. Además, es una tontería.

—Si fuera una tontería no te hubieras apartado dos veces cuando pretendía besarte.

—Bueno, vale. Pues no es una tontería. ¿Qué haces? —le preguntó al verla sentarse frente al ordenador y abrir el navegador de internet.

—Buscar lo que es una puta Dama Blanca. ¿Te vale?

—Joder, tía.

—A ver... Salen varios resultados. Este, por ejemplo —dijo pinchando en un enlace—. Siéntate, ¿no? —dijo sin mirarla a la cara. Alba no contestó, se limitó a coger una silla y colocarla a su lado—. A ver, leamos. Según la wikipedia:

«La Dama de blanco es un espíritu femenino que viste completamente de blanco. Varias fuentes la han visto vagar en áreas rurales asociadas con alguna leyenda local de trasfondo trágico, siendo la pérdida de una hija o la traición sentimental la más recurrente».

»Bla, bla...

«Existen leyendas en las que aparece la Dama de blanco como el fantasma de una mujer que había vivido una vida demasiado difícil o cruel».

»¿Más? —preguntó retórica entretanto movía el ratón hacia otro enlace—. Veamos —dijo entrando en otra página. Alba no articulaba palabra—. Aquí pone «La dama blanca» no «la Dama de blanco». Según esto, *La dama blanca* es una ópera que se estrenó en París en 1825 y pone que tiene «ambientes típicos escoceses, una heredera desaparecida, un castillo misterioso, una fortuna oculta y un fantasma, en este caso bondadoso». Vamos, que la cosa va de fantasmas. ¿Quieres que busquemos más? —volvió a cuestionar al tiempo que abría otra página.

—No, ya es suficiente.

—Espera, mira esto:

«La Dama Blanca es un fantasma femenino que suele aparecerse con más frecuencia en entornos rurales y que va siempre vestida completamente de blanco. Su historia suele estar relacionada con alguna tragedia de carácter local. Son mujeres que han perdido a hijos, maridos o han sido víctimas de una traición y su espíritu vaga sin encontrar descanso».

»Bueno, eso era parecido a lo que ya habíamos leído, pero aquí hay más:

«Es una leyenda que tiene su origen en la Edad Media. La Dama Blanca representaba la muerte. Su figura se mostraba en los hogares de aquellos donde alguno de sus miembros estaba enfermo o a punto de morir causando con ello el terror de la familia; se les aparecía ya fuese de día o de noche. Algunos quisieron pensar que se trataba del espíritu de algún ancestro femenino ayudando y acompañando a su ser querido en el tránsito a la muerte».

—Bueno, creo que ya es suficiente —le dijo Alba sintiéndose incómoda.

—Espera. Escucha este otro:

«En Alemania existe una leyenda en la que la esposa de un noble de la ciudad de Rheda-Wiedenbrück (Westfalia), se hizo amante de un juglar mientras su marido

estaba batallando en la Guerra de los 30 años. Un día, al regresar el esposo durante un permiso, los sorprendió en actitud amorosa. Enfurecido tomó represalias: al amante lo ahogó en el foso del castillo y a la esposa la emparedó, dejándole el suficiente suministro de comida y agua con el que asegurar su supervivencia hasta su definitivo regreso. Antes de volver a filas, dictaminó una orden por la cual quedaba terminantemente prohibido, bajo pena de muerte, que nadie la liberase. Si Dios quería perdonarla, la mantendría con vida para que él la liberase al finalizar la guerra y regresar a casa; de ser así, él también la perdonaría. En cambio, el destino quiso que el noble muriese unos días antes de que concluyese la contienda, condenando así a su mujer a perecer a causa del hambre y la sed en aquel espacio lúgubre, frío y húmedo. Pasados los años, durante unas reformas en el castillo, se derribaron los muros que confinaron a la dama. Entre los escombros encontraron el esqueleto de una mujer ataviado con un vestido blanco. Se cuenta que desde aquel día, la figura fantasmagórica de una señora engalanada con un radiante vestido blanco vaga por doquier en busca de personas que hayan sido infieles, trayéndoles la desgracia y la muerte a aquellos a los que elige como indignos de seguir con vida».

—¿Has terminado? —preguntó Alba incómoda —¿Podemos empezar a estudiar?

—¿Estás más tranquila?

—Antes no estaba nerviosa.

—Si tú lo dices.

«No voy a volver a discutir —pensó Alba—. No entiendo a qué viene eso de llamarme Dama Blanca. ¿Acaso tengo pinta de fantasma? Está claro que él sí conocía estas leyendas, o por lo menos eso aseguraba.»

—En fin —suspiró resignada—. ¿Estudiamos?

Elena la sonrió de medio lado.

—Yo creo que, antes de estudiar, podíamos aprovechar que tenemos la casa para nosotras solas. ¿No te parece, *Dama Blanca*?

Una charla extraoficial

Yago Reyes

Miércoles, 18 de septiembre de 2019

Aquella mañana salí de mi «zulo» más pronto de lo habitual; decidí tomarme el primer café de la mañana en una de las cafeterías que había cerca de la comisaría.

Mientras me despabilaba con el primero de la mañana, eché un ojo al periódico. El asesinato de Elena Pascual Molina salía en las páginas de sucesos. Leí el artículo por encima a ver si encontraba algún detalle que me inspirara en la búsqueda de su asesino; no sería la primera vez.

«A ver —pensé, poniendo sobre la mesa mi libreta mientras apartaba el periódico—. Tenemos que hablar con el supuesto novio o *rollete* de Elena, con el padre y con su amiga. Dejando al margen a la madre, esas son las tres últimas personas que la vieron con vida. —Apunté los tres nombres en mi libreta:

«Adrien Berguer Fabre.

Miguel ¿apellido? Padrastro.

Alba Castillo».

Miré la secuencia de llamadas al móvil de Elena y taché las que le hizo su madre.

~~*«D. 11:54. Nuria.*~~

~~*D. 12:07. Alba.*~~

~~*D. 12:33. Adrien.*~~

~~*D. 16:40. Adrien*~~

~~*D. 17:14. Nuria».*~~

«¿El padre no la llamó? Qué tranquilidad, ¿no?

»La madre estaba trabajando, con lo cual, él tendría que haber sido el primero en darse cuenta de que Elena no había regresado.

»Habría que hablar con los vecinos para saber si ellos vieron o escucharon algo. Se nos acumula el trabajo, joder.

»Tal vez con la primera que deberíamos hablar es con su amiga. A lo mejor le dijo dónde iría después de salir de su casa. Pero es raro que si le hubiera dicho algo no figure ya en el informe por desaparición.

»En fin. —Suspiré pensativo. Apoyé los codos sobre la mesa y le di un trago a mi café.

»Abandonó su vivienda a eso de las nueve de la mañana. Los padres fueron a denunciar su desaparición esa tarde a eso de las seis y pico o siete. Hay muchas horas de por medio.

»¿De verdad queda descartado que fuera el agricultor que la encontró?

»Sí, joder, ese no ha matado a una mosca en su puñetera vida.

»Puede ser interesante que nos acerquemos al velatorio para ver quiénes asisten. Sigo pensando que tiene que haber sido alguien muy cercano.»

Siguiendo la racha madrugadora, llegué a la comisaría antes que de costumbre. Como era de esperar, Aines aún no había llegado. Mientras la esperaba, fui a hablar con los compañeros que se encargaban de la informática y de las redes sociales.

—Buenos días.

—Hola... Joder tío, se me ha olvidado tu nombre —me dijo el compañero sin ningún tapujo. En verdad yo tampoco recordaba el de la mitad de la plantilla.

—Yago. ¿Y tú?

—Esteban. —Asentí al tiempo que tenía claro que me costaría recordarlo—. Dime. ¿Puedo ayudarte?

—Creo que sí. Necesitaría localizar las interacciones sociales de un posible sospechoso.

—Tú dirás.

—Su nombre es Adrien Berguer Fabre. Me gustaría conocer toda la información que exista sobre él, sobre sus redes sociales, sus amistades, con quién habla, qué lugares frecuenta, las fotos que sube..., todo lo que puedas sacar. Y si puedes, también dónde trabaja.

—Vale. Me pongo con ello. ¿Alguien más?

—Por el momento solo él.

—Okey. Empiezo ahora mismo.

—¿Cuánto tardarás?

—Supongo que en media hora o una hora como mucho podré adelantarte algo.

—Perfecto. Toma, te dejo mi número —dije apuntándolo en un taco de hojas que tenía sobre el escritorio—. Voy a mi mesa a esperar a mi compañera, luego tal vez salgamos a hacer una visita; si no estoy por aquí, me llamas, ¿vale?

—Tranquilo, te llamaré al móvil.

—Gracias.

Di media vuelta y me fui a mi puesto. Abrí mi portátil pensando precisamente en ella, en Aines. Aunque quería ignorarla me resultaba imposible. Sin pretenderlo, cada dos por tres me venía a la mente.

«¿Qué cojones le ocurrirá?

»Tal vez no debería dejarlo pasar por más tiempo.

»Y no lo voy a hacer; a ver qué encuentro.

A continuación anoté en el buscador de internet sin saber si realmente existía ese trastorno, aunque me sonaba haberlo oído en algún momento de mi vida: mutismo selectivo. Me sorprendí al ver una larga lista de resultados. Empecé leyendo:

«El mutismo selectivo es un trastorno de ansiedad. En determinados contextos o circunstancias, las personas afectadas se encierran en sí mismas de tal manera que pueden parecer mudos, a pesar de tener la capacidad de hablar con normalidad en situaciones en las que se sienten cómodos y relajados».

«Interesante. ¿Por eso habla con los compañeros como si nada y conmigo a cuentagotas? Aunque en verdad lo hace solo cuando le sale de las narices. No lo entiendo.»

Ojeé el resto de entradas. Parecía afectar principalmente a los niños. Seguí buscando, no sabía si era posible que una persona de edad adulta pudiese padecerlo. Leí:

«Una de las características del adulto con mutismo selectivo es que se siente ansioso por hablar y comunicarse con naturalidad con la persona a la que no le habla, tener una interacción fluida. Es consciente de que su comportamiento no es normal y se siente mal por ello».

«O sea, que aunque no sea lo habitual, también ocurre. La pregunta es por qué le pasa conmigo, no le he hecho nada.»

Escaneé el contenido del artículo hasta encontrar la palabra «adulto».

«... desearía hablar con fluidez, pero percibe que su comunicación está alterada por una fuerza que no puede controlar. Esto puede condenarles a un estado constante de tristeza, provocando además un sentimiento de ira, ya sea hacia sí mismos o hacia los demás».

«Causas del mutismo selectivo en el adulto: no se puede determinar una causa concreta. En ocasiones la causa comienza en la infancia o adolescencia. Es inusual que el mutismo selectivo arranque en la edad adulta, las estadísticas marcan mayor índice en la infancia. Al dejar de hablar, el niño o el adolescente obtiene mayor atención al solicitarle que hable. Eso le otorga un papel de protagonista frente a los demás. En el caso de los adultos, el mutismo selectivo puede ser una actitud implementada por imitación de otras personas cercanas que tendían a retirarle la palabra a otras personas de su entorno cuando hacían algo que les molestaba. Este trastorno se puede ver reforzado al convivir o relacionarse con personas carentes de habilidades en una comunicación asertiva».

«¿En serio? ¿Yo no soy asertivo? No me jodas, hombre. No hay un tío más asertivo que yo, y si no, que le pregunten a la indeseable de mi ex.

»Que no soy asertivo... já, lo que me faltaba por escuchar.

»No, ya está bien de gilipollices. No se lo voy a tolerar ni un día más.»

Alcé la vista al oír a Aines dando los buenos días a nuestros compañeros.

—No. De hoy no pasa —susurré.

La observé desde la distancia. Llegaba luciendo una notable sonrisa que se desvaneció en el momento en que estuvo a escasos metros de nuestra mesa. Aquello me enervó.

Pasó por delante de mí esquivando mi mirada, articulando un casi imperceptible «hola» que fue como una patada en mis queridos huevos.

—¿Has dormido bien? —le pregunté en un intento desesperado por sacarle una reacción distinta, más amigable.

—Sí. Bien.

Se sentó en su silla haciéndose la distraída.

—¿Te apetece que vayamos a tomar un café?

—Ya he desayunado.

—Yo también, pero tenemos que hablar. —En ese momento capté su atención. La expresión de su rostro pasó de mostrar desidia a exteriorizar confusión. Se quedó pensativa, enmudecida, como de costumbre—. Si no quieres un café podemos ir a dar un paseo, lo que te haga sentir más cómoda.

Empujó la silla con el cuerpo y se puso en pie. Me miró a los ojos y vaciló; sabía que estaba barajando el lugar al que ir y el motivo de mi petición.

—Un café.

—Muy bien —dije tras cerrar la tapa de mi portátil y coger las llaves del coche.

Bajamos las escaleras; ella un par de pasos por delante. Abandonamos el edificio y nos dirigí a la cafetería de enfrente. Evitaba andar a mi lado. Intuí que buscaba el local que menos clientes tuviera en ese momento. A pesar de que en la terraza había varias mesas libres, optó por «refugiarse» dentro del establecimiento.

Ignorando si yo tenía alguna preferencia, caminó hasta una mesa libre que estaba junto a la venta y se sentó.

Antes de sentir mis posaderas apoyadas en el asiento, escuché la voz de una mujer.

—*Bon dia, nois, ¿qué us apeteix?* —La miré. Era la camarera.

—En castellano, por favor. —Solté lo más educado que mis nervios me permitieron. Aines hizo una mueca de disgusto.

—¿Saben qué desean tomar? —repetió, borrando la sonrisa de su rostro.

—Para mí un café con leche descafeinado —indicó Aines.

—A mí tráigame un café con leche, largo de café.

Hizo una mueca sin pronunciar una miserable palabra, se dio la vuelta y se marchó.

«Joder, estoy hasta las pelotas de tanta simpatía.»

Al llevar mi atención a Aines, advertí que me observaba con cara de pocos amigos, expectante. Le mantuve la mirada esperando que al menos me preguntase qué pasaba. No obtuve la reacción deseada, lo que me provocó mayor enervación.

—¿Qué te pasa? —pregunté sin rodeos—. ¿Te he hecho algo?

Arrugó el ceño.

—No.

—¿No? ¿Seguro? Yo diría que te pasa algo conmigo.

—No.

Clavé mis ojos en los suyos. Ella los terminó esquivando.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que no me hablas. El motivo lo ignoro, pero francamente,

creo que no te he hecho nada como para recibir esa indiferencia, tu silencio y malas caras constantemente. Tal vez te crees que para mí es fácil estar aquí, que me hace ilusión o algo por el estilo, pero empiezo a estar harto. Ya que nunca me lo has preguntado, te diré que estoy aquí por un traslado tardío. Un traslado que pedí únicamente para estar con mi novia, la cual acabó dejándome por otro. —Trataba de ser sincero y asertivo, pero a cada palabra que pronunciaba sentía menor autocontrol—. He tenido que dejar mi vida, mis amistades y a mi familia en Madrid y empezar de cero. Vivo en un piso de mierda al que me da asco entrar y mi único aliciente, a día de hoy, es poder pasar una apacible jornada de trabajo junto a mis nuevos compañeros. Eso, como entenderás, te atañe directamente, y el hecho de que no me dirijas la palabra me desconcierta bastante. —Agachó la cabeza al tiempo que vi cómo regresaba la camarera con nuestros cafés. Los dejó en modo zombi sobre la mesa y se marchó. Me ahorré darle las gracias.

«¿Les han metido a todos una guindilla por el culo o qué?».

Dirigí de nuevo mi atención hacia Aines y nuestra conversación, y proseguí con mi monólogo:

—En fin, lo que quiero decir es que no me apetece estar de mal rollo contigo. Al cabo del día pasamos demasiadas horas juntos como para estar con tiranteces. Dicho de otro modo, me gustaría saber si te he hecho algo que se escapa a mi entendimiento.

—No me pasa nada.

—¿Y si no te pasa nada, por qué no me hablas? ¿Te caigo mal, huelo mal..., no sé, cuál es el problema para que no me dirijas la palabra? —Negó con la cabeza. Esperé unos segundos a que se sincerase. Nada. Resollé desesperado. Medité qué hacer, si mandarla a la mierda o intentar sonsacarla una vez más. Terminé aferrándome a la segunda opción—. Te veo hablando con los demás. Te observo. Observo tus reacciones, tu forma de tratarles, de hablares. Llegué a pensar que no habías sonreído a nadie en tu vida, pero luego me di cuenta de que con el único que mantienes las distancias es conmigo. El otro día, cuando discutíamos acerca del caso, pensé que al fin se te había pasado. Pero no, vuelves a estar igual que al principio. —Volví a esperar una contestación, cualquier tipo de excusa que justificase su actitud, por muy ridícula que pudiese resultar, pero se limitó a darle un sorbo a su descafeinado—. Dime algo, joder. Estoy tratando de ser amable, de entenderte —requerí, tratando de contener la tensión; mis mandíbulas en cambio no actuaron del mismo modo.

—No tengo nada que decir.

Me quedé boquiabierto, pensando seriamente que me estaba vacilando. Llegué a creer que había una cámara oculta en algún rincón de la cafetería, que tal vez habían apostado a ver cuánto tiempo podía aguantar con una insufrible como ella, pero la gota que colmaba el vaso acababa de caer, haciendo que mi paciencia se derramase como la furia del agua sin diques que la retengan.

Eché mano a mi cartera y saqué un billete de cinco euros. Los dejé sobre la mesa e inmediatamente después empujé la silla para levantarme. A excepción de la temperatura, el café seguía tal cual lo trajo la otra «simpática».

—Voy a hablar con el comisario. Voy a pedir un cambio de compañero.

Me puse en pie y caminé hacia la puerta sintiendo una maraña de sentimientos difíciles de desliar. La frustración, la pena y la rabia se habían convertido en mis más fieles compañeros.

Anduve a paso ligero hacia la comisaría.

—Yago. Espera —solicitó mi compañera, que seguía mis pasos. Vacilé entre parar o ignorarla, como había estado haciendo ella conmigo.

«Vete a la mierda —pensé. Aunque mi educación fue más fuerte que mi impulso de mandarla a paseo. Me detuve».

—Lo siento —dijo tras situarse justo enfrente de mí. En aquel momento fue cuando

verdaderamente sentí lástima por ella. Era evidente que trataba de buscar las palabras idóneas, pero en su lugar lo único que pudo expresar fueron titubeos.

—Vayamos al coche. Daremos una vuelta —sugerí.

Nos subimos al vehículo policial. Conduje hacia una de las zonas más tranquilas del pueblo, un sitio donde no hubieran ojos observándonos. El trayecto lo hicimos en silencio. La tensión aumentaba al mismo ritmo que el reloj nos robaba un segundo más de vida.

Paré a un lado de la carretera, frente a un parque «atestado» por la ausencia de personas.

—Te escucho —le dije, girando el cuerpo para ver con detalle su rostro. Ella permaneció con la mirada fija en la alfombrilla, tocándose los dedos y las uñas.

—No sé qué decir.

—Dime qué te he hecho.

—No me has hecho nada.

—Algo ha tenido que pasar. Uno no deja de hablarle a alguien así porque sí.

—Lo siento. Trataré de...

—No, no vayas por ahí porque no lo trago. Si te pasa algo quiero que me lo digas. Si no te gusta cómo soy puedes pedir el cambio de compañero. Y si no te atreves, tranquila, que ya lo pediré yo por ti.

—No es eso. Me caes bien.

«Joder, quién lo diría.»

—¿Pero...?

—Me recuerdas a una persona.

Se me alzó una ceja.

—A quién, si puede saberse.

—A mi primer novio —dijo tras tomarse un tiempo para contestar.

Me sentí desconcertado.

—¿Tan mal acabó la cosa? —Negó con la cabeza. Sin embargo, aquella expresión ya la había visto muchas veces; sabía que su mente había viajado en el tiempo. Observé su cuerpo, cómo la seguridad y la entereza a la que me tenía acostumbrado se quedaba reducida a la más extrema fragilidad, pareciendo un globo inflado recorriendo un pasillo de alfileres. Ante aquello, no pude hacer otra cosa más que disculparme—. Lo siento. —Y entonces habló:

—Estuvimos saliendo cuatro años. Apenas éramos unos críos cuando empezamos. Al principio todo era genial. Salíamos con nuestros amigos, a la discoteca, al cine... Lo pasábamos muy bien, pero, poco a poco, la cosa se fue torciendo. Empezó a comportarse de forma seca, borde; regañábamos cada dos por tres. Pensé que era una crisis puntual, que todo pasaría, pero aquel trato se fue perpetuando sin apenas darme cuenta. Me mandaba callar cada vez que abría la boca, me insultaba menospreciando mis comentarios, me pedía que me vistiese más discreta, que no llamase tanto la atención... Era una mezcla de todo. El maltrato psicológico se fue instaurando en nuestra rutina de la forma más incomprensible, y los meses fueron pasando. Un día discutíamos por una tontería. Me mandó callar varias veces. Me regañó diciéndome que no tenía ni puta idea; pero yo seguí hablando; no quise callarme. ¿Entiendes? A cada cosa que decía, yo le reprendía con más contundencia, con la voz más alta. La disputa mantuvo ese tono hasta que me dio un bofetón. En ese momento guardé silencio. Y sé lo que estás pensando: debía haberle dejado. Pero no tuve fuerzas para hacerlo. Me había convertido, sin darme cuenta, en una mujer maltratada. Cada vez hablaba menos estando ante él. No quería escuchar sus insultos ni sus «no tienes ni puta idea, así que mejor cállate». Parecía una muñeca en manos de un titiritero. —Los ojos se le empañaron a causa de los recuerdos. Inhaló profundamente para tratar de calmarse.

»Me sentía tan sola, tan insignificante, tan humillada, tan limitada...

»Mi madre empezó a notarme rara. Jamás le conté lo sucedido. Sin embargo, como si intuyese lo que estaba ocurriendo, habló conmigo largo y tendido. Me vino a decir que aquello que sobrase en mi vida, aquello que me hiciese daño, lo eliminase, que tal vez al principio me dolería, pero que pasados unos días la sensación de bienestar compensaría todo lo anterior.

»Estuve semanas sin reaccionar. Pero al fin reuní fuerzas y hablé con él. Le dije que debíamos terminar nuestra relación. —Resolló—. Se puso como un basilisco. Su primera reacción fue negarse. Me levantó la mano y me chilló a escasos centímetros, pegando su boca maloliente a mi cara. Sin embargo, aquella vez no me achanté. A pesar del miedo a que pudiera volver a pegarme, insistí en que debíamos cortar. En ese momento terminó confesándome que llevaba varias semanas quedando con otra. No sabes cuánto me alegré de aquello. Creo que es la única situación en la que una infidelidad puede traer la felicidad más absoluta.

»Sentí pena por aquella pobre desgraciada, pero al fin parecía que iba a librarme de él. Y en efecto, a partir de ese día dejé de verle. De hecho, a lo largo de estos años no me he vuelto a cruzar con ese cabrón. Llegué a pensar que se había muerto. Lo deseé muchas veces mientras estábamos juntos. —Mostró una mueca de resignación.

»Cuando te vi entrar a la comisaría sentí que..., joder, noté cómo se me cortaba la respiración. Por unos instantes creí que eras él. Te oí hablar y supe que no, pero ya era tarde: se acababan de despertar de golpe todos los fantasmas de mi pasado.

»Y luego, cuando el comisario te puso como mi compañero... —Resolló—. Me fui al baño a llorar. No sabía por qué, pero me sentía invadida, atacada. Desconcertada. Después de tanto tiempo volvía a sentir miedo.

»Sin pretenderlo, te retiré la palabra. Creo que inconscientemente trataba de defenderme, de prevenir un posible ataque.

»Poco a poco parece que voy asimilando que tú no eres él. Tu forma de actuar, de pensar, de moverte o de hablar me ayudan a poner las cosas en su sitio. No quería hacerte daño. Pero no siempre lo controlo. Más bien el «miedo» me controla a mí.

Me costó reaccionar. La escuchaba sin poder salir de mi asombro, percibiendo su dolor, observando sus movimientos, su forma de expresarse. Aquella fue la primera vez que me paraba a escuchar realmente su voz, su timbre, su tono, su respiración. Me resultó dulce a la vez que hipnótica. No entendía cómo podían existir semejantes hijos de puta.

—Gracias por contármelo y confiar en mí —dije al fin—. Te diría que siento haberte presionado, pero no me gusta mentir. Espero que a partir de ahora veas con claridad que lo único que tenemos en común tu ex y yo es el agujero del culo. —Rio con pena, sin poder reprimir por más tiempo la lágrima que titilaba en su lagrimal—. Me gusta poder hablar con mis compañeros, escucharles, intercambiar ideas, bromear... Y no solo me gusta, sino que en nuestro caso es fundamental para nuestro trabajo.

—Lo sé. Lo siento.

—No, Aines. No es necesario que me pidas disculpas, solo espero que a partir de ahora confíes en mí y cuentes conmigo para lo que te haga falta. Ningún otro cabrón apestoso va a meterse contigo nunca más, porque si lo hace, esta vez no va a irse de rositas.

—Gracias, Yago, pero ¿tú te das cuenta?

—¿De qué?

—Ninguna mujer tendría que recurrir a nadie para que la defiendan. No deberíamos sentir miedo, ni sentirnos acosadas, ni ser víctimas de maltrato. Incluso dentro del cuerpo hay compañeros que son machistas.

—Bueno, la imbecilidad es algo que no se puede quitar de una hostia. —Me miró con la expresión de una niña que ha dicho por primera vez una palabrota, con los ojos más abiertos de lo normal y labios arrugados. Me hizo reír—. No, ahora en serio. Nadie debería ser objeto de abusos, ya sean mujeres, niños, ancianos, animales, disminuidos, o personas aparentemente débiles o distintas al resto, ya sea por sus condiciones físicas, religiosas o sexuales. Pero mientras haya inconscientes vagando por este mundo de locos, debéis entender que pedir ayuda no os hace inferiores. —Aines negó con la cabeza—. ¿Sabes por qué me hice policía?

—No —respondió ahora con desgana y con el gesto torcido; no le gustaba lo que le estaba diciendo.

—Yo en mi infancia también viví un periodo desagradable. En el colegio, para ser más exactos. Nos acabábamos de mudar a un nuevo barrio y me tuve que cambiar de colegio; al que iba antes quedaba demasiado lejos como para ir cada día a pie. Mis padres estaban recién divorciados, por lo que mi madre se encargaba de todo. Pero ella tenía muchas cosas que hacer como para estar yendo y viniendo cada día conmigo a la escuela.

»Los primeros días de clase empezaron a tomarme el pelo, a insultarme, a decirme gilipollices. Poco a poco empezaron los primeros empujones y risas. Y aquella aparente tontería empezó a afectarme. Mi madre creía que estaba decaído por culpa de su divorcio. Pero no le dije nada. No me atrevía. No quería que fuese a hablar con la directora. Pensé que si ella intervenía la cosa iría a peor. —Hablaban como si narrase la vida de otra persona, lo veía tan lejos que parecía haber sido una simple pesadilla—. Yo era un niño normal. No era ni bajito, ni feo, ni estaba gordo, ni tenía granos ni llevaba gafas. En principio debía haber encajado como uno más. No sé qué bicho les picó. El caso es que la cosa fue a más. Empezaron a quitarme el desayuno, y hasta ahí aguanté. Un día fui de los últimos en abandonar la clase para salir al patio, y al verme se me acercaron cuatro compañeros. Sentí una colleja en mi nuca al tiempo que los otros tres rompían en risas. «Tu madre es una guarra», me dijo el que se atrevió a tocarme mientras me golpeaba con sus dedos morcillones. —Sentí cómo, según lo estaba relatando, se me dibujaba una media sonrisa—. Tal cual me golpeó, me giré y le di un puñetazo, con tanta rabia y con tan buena puntería, que le di en toda su huesuda nariz haciéndole caer al suelo. Empezó a sangrar como un puto cochino, como lo que era. Imagina lo que sucedió después. Uno se agachó a socorrer a su amigo mientras los otros dos se abalanzaban sobre mí para darme una paliza. En ese momento apareció nuestra maestra y nos separó como pudo. La pobre mujer se llevó un puñetazo en la boca. —Aines me observaba con detenimiento. Llegué incluso a creer que pensaba que me lo estaba inventando; nada más lejos de la realidad.

»A lo que voy es, que la profesora nos llevó ante la directora y llamaron a nuestros padres. ¿Sabes? Por entonces aún no estaba de moda eso de llamar a las cosas por su nombre. Los padres de los acosadores empezaron a decir que eran bromas, cosas de críos.

»Ahí fue cuando hablé —dije, recordando el miedo que sentí en ese instante—. Ante la sorpresa de mis padres, confesé que me habían estado haciendo la vida imposible desde el primer día que pisé aquel colegio, que me habían insultado, empujado, robado. Y que la paliza que me habían dado ese día se repetiría al siguiente a no ser que ellos hicieran algo.

—¿Qué años tenías?

—¿Yo?, doce. De mis compañeros algunos doce y otros trece.

—¿Y qué pasó después?

—No sé lo que esos padres hablarían con sus hijos al llegar a casa, ni qué represalias hubieran tomado la directora y la profesora de haberse repetido el incidente, pero sí sé que gracias a que hablé me libré de sus vejaciones y me ahorré un trauma. —Mi compañera agachó la cabeza,

reflexiva, como si de nuevo estuviese reviviendo la relación que tuvo con su exnovio. Podía percibirse el miedo en su mirada, su desconfianza, su malestar, su resignación—. Aines —dije apoyando mi mano sobre su antebrazo—. Todos necesitamos ayuda en algún momento de nuestra vida, y es de valientes atrevernos a pedirla. No digo que sea lo más idóneo, solo digo que poco a poco la sociedad irá tomando consciencia de cuáles son los límites.

—Los límites están a vuestro favor.

—Tiene que haber límites para ambos, para todos. Si no, ya sabes que el mundo se iría a la mierda. Hablo de un equilibrio justo. De una libertad tan conveniente como igualitaria, desde la premisa de poder ser libres sin hacer daño a los que nos rodean. ¿Quién dijo eso de «Mi libertad se termina donde empieza la de los demás»?

Aines sonrió

—Jean-Paul Sartre.

—Pues eso. Respeto e igualdad. Y mientras aleccionamos a esas alimañas que aún se creen vivir en la edad de piedra, el resto —dije señalándome—, estamos para ayudar y proteger. Y no por eso vais a ser inferiores.

—No tendríamos que necesitar ayuda ni protección. Nadie debería —dijo irritada.

—Creo que no me has estado escuchando. Eso ya lo sé. Pero es un proceso que lleva su tiempo. Además, te diré algo: si seguimos trabajando juntos muchos años, sé que en más de una ocasión serás tú quien tenga que protegerme o ayudarme. ¿Eso me hará inferior a ti o a cualquiera?

Guardé silencio esperando su respuesta o, más bien, a que reflexionase. Deseaba que se sintiese bien, que estuviese a gusto a mi lado y entendiese que su mala experiencia debía quedar en eso, en una mera anécdota del pasado de la que aprender; que supiese que de cada despojo «humano» habíamos cientos o miles de hombres normales.

—Gracias, Yago —dijo varios segundos después. A sus palabras le siguió una bonita sonrisa. Sus facciones se habían relajado. Sus puños habían dejado de marcar sus nudillos. Me sentí bien.

La sonreí.

—Gracias a ti por hablar conmigo.

Agachó la cabeza con timidez.

—Bueno, y dicho esto, deberíamos hablar con el coleguita Adrien. ¿No te parece?

—Sí —respondió soltando una larga bocanada de aire, centrándose una vez más en el caso—. Nos falta hablar con Adrien, con Miguel, con la amiga, con los vecinos...

—Sí, y perdona que te interrumpa, pero antes he pensado que deberíamos pasarnos por el velatorio a ver si vemos algo raro, ¿no te parece?

—Sí, es buena idea.

—Guay. Volviendo a lo de Adrien, antes de que llegaras le he pedido a, no sé cómo se llama, que nos mire su perfil en las redes sociales y demás.

—¿Álvaro? ¿Judith? ¿Esteban?

—Ese. Esteban. Le he dado mi teléfono.

—Tal vez ya tenga algo.

Sacó el móvil de su chaqueta y comenzó a marcar.

—¿A quién llamas?

—A Esteban.

En ese momento le cogieron el teléfono, aunque desde mi asiento tan solo pude imaginar un «dime» como saludo.

—Hola, me ha dicho Yago que te ha dado trabajo, ¿no?

—(...)

—Vale. Espera, mejor vamos para allá y nos lo cuentas; estamos aquí al lado.

—(...)

—Vale. Hasta ahora.

Colgó.

Me miró mostrando una leve sonrisa. La observé y sentí cómo, antes de apartar sus ojos de los míos, se ruborizaba.

No dije nada. Me limité a poner el motor en marcha y conducir hasta la comisaría. Aunque sospechaba de Adrien, no esperaba lo que Esteban había averiguado del susodicho.

*

Al llegar a la comisaría nos dirigimos a la mesa de Esteban. Le pillamos de risas con su compañero Enrique.

Aines le dio una palmadita en el hombro que le sobresaltó. Este se giró para atendernos.

—Hombre, qué rápido habéis venido. Por un momento he pensado que eras el jefe.

—Ya, y te has acojonado, ¿eh? Si estuvieras trabajando...

—¿Acojonarme, yo? Qué va. Le hubiera dicho que se uniera a la fiesta.

«¿Y este qué se ha tomado? —pensé sintiendo cómo se me arrugaba el ceño ante su actitud desinhibida.»

—Sí, seguramente —suspiró Aines.

—En fin, ya que estáis aquí, os daré lo que me habíais pedido.

—¿A qué te crees que hemos venido?

Esteban rio.

«En serio, se ha tomado algo.»

Se dio media vuelta hasta colocarse enfrente de la pantalla de su ordenador. La feliz sonrisa que lucía apenas un segundo antes, desapareció por completo. La cosa debía ser grave.

Miré a Aines. Ella no se inmutó, estaba centrada en ver las carpetas a las que nuestro compañero iba accediendo.

—Aquí está.

—Este es el perfil de vuestro «colega» en Facebook. Al parecer le gusta hacerse pasar por un tío con unos cuantos años menos. He investigado a sus amistades. Casi todo mujeres. Os he apuntado ahí las cifras exactas —dijo señalando un papel que quedaba a su derecha.

—¿Es para nosotros? —preguntó Aines cogiéndolo.

—Sí, podéis quedároslo. Mirad. El tío este nació en Francia, ha vivido allí hasta los diecisiete años. Su madre era francesa y su padre valenciano. Supongo que por eso ha venido a parar a España. En su país estudió lo equivalente a primero de bachillerato. Luego aquí estuvo dos años para sacarse el último curso. Al parecer vive solo y ha tenido algún que otro trabajo esporádico. Ahora mismo su seguridad social dice que está en el paro, así que en principio no trabaja salvo que lo haga de forma ilegal. Pero, a lo que íbamos, rastreando sus redes sociales he averiguado que es el típico petimetre que no...

—¿*Peti* qué? —pregunté con guasa a la vez que intrigado.

Esteban volvió a reírse.

—¿Nunca lo habías oído?

—Pues no. Metrosexual sí, pero eso de *peti* no sé qué, no.

—Petimetre, viene a ser parecido. El típico tío que se preocupa mucho por su aspecto y

pretende ir a la última moda.

—Joder, pues ahora me entero —respondí haciendo una mueca de sorpresa.

—Yo también —confesó Aines, mirándome con una medio sonrisa en la cara.

—Bueno, pues eso. Que el francesito es el típico lechuguino. Tiene todas sus redes sociales, en especial Instagram, plagadas de fotos en plan sexi. Y como siempre vale más una imagen que mil palabras, acabo antes si os lo enseño.

—Deléitanos —dijo Aines con pereza.

Abrió su perfil en el citado Instagram. Un despliegue de fotografías emergió ante nuestros ojos. Al muchacho le gustaba echarse fotos en poses más que provocativas. De vez en cuando veías alguna en la que iba vestido con vaqueros, con bóxer, o con un pantalón de chándal, pero la parte de arriba siempre brillaba por su ausencia. Algunas incluso se podrían considerar pornográficas. También vimos varias en la que lucía sus mejores encantos ataviado con un traje sin corbata y con la camisa ligeramente desabrochada. Al parecer, nuestro sospechoso iba para modelo y se torció por el camino; no encontraba otra explicación para tanto narcisismo.

—Vale, ¿os habéis empapado bien de sus musculitos? Pues ahora mirad las muchachas a las que sigue.

Nos mostró una larga lista de chiquillas de hormonas revolucionadas, la mayoría con cara de acabar de haber hecho la primera comunión.

—Joder —se quejó Aines.

—¿Tienes algún mensaje que...?

—No —me interrumpió—, qué más quisiéramos. Los mensajes que se mandan a través de las redes sociales me temo que se hacen a través de códigos cifrados. A la mayoría no podemos acceder, y menos sin una orden judicial.

—Está bien. Creo que con esto podremos hacer algo. Sigue indagando y si encuentras algo más, háznoslo saber, ¿de acuerdo?

—Claro.

Le di un palmadita en el hombro al tiempo que le daba las gracias.

—Buen trabajo —zanjó Aines. Me hizo un gesto con la cabeza para que nos fuésemos a hablar con aquel capullo.

Según nos dirigíamos a las escaleras me acordé del expediente por desaparición.

—Oye —dije parándome en seco—. ¿Qué ponía del tal Adrien en el informe que estuviste leyendo?

—¿El de desaparición?

—Sí. Hablaron con él los compañeros, ¿no?

—Sí.

—¿Y no destacaron nada?

—No. ¿Por qué?

—No sé. —Me quedé pensativo en mitad del pasillo.

—No, en serio, ¿qué piensas?

—Pienso que, si de verdad es lo que parece, o sea, un puto pedófilo... —Paré de hablar, tomé aire y comencé de nuevo—. A ver, si yo estuviese en su situación y viniesen dos agentes a mi casa diciéndome que ha desaparecido una de las «niñas» con las que me veía, como poco me pondría nervioso. ¿Tú no? —Aines se quedó pensativa—. Haya hecho algo o no, tendría que ser muy gilipollas para no saber que automáticamente estaría en el punto de mira. A lo que voy es a que me gustaría saber cómo reaccionó. —Alcé las cejas resignado—. No sé, supongo que si hubiera mostrado algún comportamiento anómalo lo sabríamos, lo habrían anotado en el informe. A esta

gente se la suele pillar por su lenguaje corporal, ya sabes, suele servirnos para saber hasta qué punto podemos apretarles las tuercas.

—Ya. Entiendo. Pues creo que podíamos hablar con ellos. A mí todavía no me ha dado tiempo a leerme el informe completo, así que, eso que me ahorro.

—No lo estarás diciendo en serio. —Arrugó el ceño. Parecía haberla dejado cohibida—. Madre mía, si nos lo acaban de dar; es materialmente imposible que lo hayas leído entero.

—Ya, bueno.

Le dediqué una mueca de «no tienes remedio», pero ante todo, no quería que sintiese que me estaba riendo de ella.

—En fin. ¿Los conoces?

—Sí. He coincidido con ellos un par de veces.

—Genial. Mejor.

—Juraría que tengo el número de teléfono de uno de los dos —dijo echando mano a su móvil. Comenzó a toquetear la pantalla, desplazando su dedo arriba y abajo por el cristal—. Aquí. Tengo el de Carlos—. A continuación se llevó el aparato a la oreja.

A pesar de estar obstaculizando el «tráfico», no me moví del sitio; Aines, en cambio, se apartó unos metros. La seguí con la mirada.

«Parece que ha funcionado nuestra charla. Es increíble, la verdad, ya me veía pidiéndole al comisario un cambio de compañero. —Suspiré y seguí contemplándola con el mayor disimulo que pude. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo del que no se le escapaba ni un mínimo mechón. Siempre iba así; debía resultarle cómodo. A juzgar por el tamaño del moño, debía tener una larga melena.»

—Ya está —dijo sacándome de mis pensamientos. No tardó más de un minuto en hablar—. Están en la cafetería de Carmen.

—¿Carmen? ¿Quién es esa?

Se rio.

—La dueña de un café-bar donde normalmente vamos los polis, sobre todo después del trabajo a tomar unas cervezas.

—Ah, muy interesante.

«Y yo pensando que en este puñetero pueblo la gente no salía a tomarse unas cañas —pensé irónico.»

—Yo conduzco —dijo dirigiéndose a la salida.

Aquel trayecto volvió a ser silencioso, pero esta vez no me importó. Sabía que los cambios llevan un tiempo, sobre todo asentar las bases de una nueva relación, que se acostumbrase a verme como lo que soy, no quien ella temía que fuese.

En menos de cinco minutos llegamos al bar de doña Carmen.

Bajamos del coche. Seguí a mi compañera hasta el interior del local.

—Ahí están —dijo señalando con el mentón a una mesa al fondo ocupada por dos agentes vestidos de uniforme. Nos acercamos. Uno era mayor, de unos cincuenta años; el otro parecía un chaval recién salido de la academia. Ambos eran morenos. El joven llevaba el pelo de punta, el otro peinado hacia un lado, como se lo solía peinar mi padre cuando aún tenía algo que peinar.

—Hola de nuevo —dijo Aines sonriente.

—¿Qué tal, compañera? ¿Qué tal todo? —preguntó el más mayor poniéndose de pie y extendiéndole la mano; ella le correspondió dándole un fuerte apretón. El joven secundó su gesto después de dedicarme una inspección ocular de arriba abajo.

«Gajes del oficio —pensé».

En un momento Aines se encargó de presentarnos. Nos sentamos enfrente de ellos.

—Qué putada, ¿no? —soltó Iván apoyando sus codos sobre la mesa, mirándonos a Aines y a mí como si fuésemos Nadal y Federer en una final del Roland Garros.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó Carlos solapando la «deducción» de su compañero.

—De momento muy poco. Ahora íbamos a entrevistar a Adrien Berguer, por eso hemos querido hablar antes con vosotros. —Aunque ellos miraban a Aines, yo les observaba a ellos, y me llamó la atención el gesto que hizo Iván al escuchar a mi compañera decir que nos dirigíamos a hablar con el francés—. ¿Notasteis algo raro en él? Por el momento se perfila como uno de los principales sospechosos.

—Salió corriendo —soltó Iván.

—¿Qué? —pregunté.

—Sí, que pretendía irse —explicó este—. Se acojonó al ver que íbamos a hacerle una visita.

—Bueno, en verdad no le dio tiempo a nada. Pretendía escaquearse, pero no salió ni del portal —matizó Carlos. Aines y yo nos miramos sorprendidos. —¿Queréis tomar algo? —ofreció con suma tranquilidad—. ¿Llamo a la camarera?

—No, gracias, nos vamos ya mismo —declinó Aines.

—¿Qué os dijo? —pregunté.

—Nada de provecho. Repetía una y otra vez que no había hecho nada —dijo Iván.

—Le dejamos en paz —intervino Carlos— porque al parecer Elena anuló su cita.

—¿Qué cita? —cuestionó Aines.

—Habían quedado el sábado por la noche, pero Elena le mandó un mensaje para decirle que le dolía la cabeza. Yo creo que fue una excusa para quitárselo de encima e irse con su amiga Alba. Y le creímos; a fin de cuentas, la chica dijo que se fue de su casa la mañana del domingo, así que...

—¿No habéis pensado que pudo ir a buscarla a casa de la amiga? ¿Que pudieron regañar y terminó cargándosela?

—La verdad es que no.

Esta vez fui yo el que no pudo disimular una mueca de desagrado.

—En fin, deberíamos irnos, ¿no? —sugerí a mi compañera. Ella asintió—. Ha sido un placer conoceros —afirmé con una sonrisa, echando la silla hacia atrás para levantarme.

—Igualmente. Si necesitáis algo más, ya sabéis nuestro teléfono.

—Gracias —concluyó mi compañera.

Ambos nos dirigimos a la puerta.

Salimos y caminamos hacia el coche. Dejé que fuese ella quien se encargase una vez más de conducir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ya dentro del habitáculo—. ¿Por qué no les hemos preguntado por el resto de entrevistas?

—No vamos a sacar nada. Tenemos que seguir como si nos acabasen de avisar de un homicidio cualquiera, empezar de cero. Tenemos que hablar con todas y cada una de las personas de las que podamos desconfiar. —Por su expresión noté que no entendía mi razonamiento—. Nosotros jugamos con la ventaja de tener los resultados forenses, de saber aproximadamente la hora del occiso, pero ellos no tenían nada. Nada de nada. ¿De verdad no se plantearon que el tal Adrien fuese a buscarla a casa de su amiga Alba? Podría haberse enterado de que estaba allí, y además de ser un pedófilo, ser un pederasta, un violador o incluso un psicópata, vete tú a saber.

»No sé. No digo que sean unos incompetentes, pero lo que sí digo es que en este caso han estado un poco desatinados.

»Es que, joder, ¿y encima dicen que salió corriendo? ¿De verdad? ¿Eso lo pone en el informe,

acaso? Joder. Vaya panda de... —Suspiré resignado. Aines puso en marcha el vehículo, pensativa, sin darme réplica. Y de nuevo, como en los «viejos tiempo», el silencio nos acompañó hasta la casa del sospechoso.

*

Corría prisa que hablásemos con Adrien Berguer Fabre; se había ganado las suficientes papeletas como para ser nuestro sospechoso número uno.

Aparcamos una vez más enfrente del edificio donde residía el francés, esta vez, con la esperanza de encontrarlo en su domicilio. El portal estaba abierto, de modo que subimos directamente hasta su piso. Tras ubicar su puerta, Aines se encargó de llamar al timbre. Esperamos en el rellano unos segundos. El silencio inundaba todo el edificio a excepción de los ladridos lejanos de un perro nervioso, posiblemente inquieto por estar solo en casa. Mientras esperábamos sentí un sutil chirrido metálico proveniente de la mirilla, casi imperceptible: Adrien se encontraba al otro lado de la puerta. Manipuló la abertura con tanto cuidado que apenas se sintió, pero por suerte, mi sentido auditivo funcionaba como el de un chaval que aún no se ha destrozado los tímpanos en la discoteca. Sabiendo que nos observaba, clavé la mirada en ese insignificante ojo de buey de cristal y mostré mi expresión más seria al tiempo que alzaba mi placa de policía y se la ponía delante de las narices —en sentido figurado— para que la viese con detalle. No tardó en abrirnos.

—Buenos días. Somos los agentes Yago Reyes y Aines Collado —saludó Aines—. Queríamos hablar c...

—Sí, pasen —dijo interrumpiéndola y echándose a un lado.

Esa predisposición me resultó chocante, aunque no tanto si me paraba a pensar en la información que nos había facilitado Esteban y la corta charla que mantuvimos con los policías que se encargaron del expediente por desaparición. En aquel momento deseé no tener que volver a cruzármelos en futuros casos.

Nos condujo hasta el comedor y nos invitó a sentarnos en uno de los dos sofás; él ocupó el otro.

—Supongo que sabrás por qué estamos aquí —expuse, iniciando así la entrevista. Aguardé unos instantes a ver si respondía algo, pero permaneció expectante—. Conocías a Elena Pascual Molina, ¿no es así?

—Sí.

—¿Estás al tanto de que ha sido hallada muerta?

—Sí.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho su amiga Alba.

—¿Tú y Alba sois amigos?

—En verdad solo la he visto una vez, el día que la conocí.

—Oh, ¿y ya habéis intercambiado los números de teléfono?

—Sí. El día que nos presentó Elena insistió en «ficharme». Yo creo que no se fiaba de mí.

«¿Que «no se fiaba»? ¿Acaso Carlos e Iván te dijeron algo que te acojonó y ahora estás en plan confesiones?».

—¿Por algo en especial?

—Porque era mayor que Elena. —Me sorprendió tanta sinceridad. Estaba inquieto; tenía que

ser por el desencuentro que tuvo con nuestros compañeros.

—Entiendo.

—¿Cuánto hacía que conocías a Elena? —intervino Aines. Adrien la observó detenidamente. Me pregunté en qué estaría pensando, por qué la miraba de esa forma. De haber tardado unos instantes más en contestar no sé cómo hubiera reaccionado.

—Un par de meses.

—¿Qué tipo de relación teníais?

—Amistad.

—¿Solo amistad?

—Sí.

—Tenemos entendido que manteníais relaciones —intervine, tomando una vez más las riendas de la entrevista.

—No. Solo éramos amigos.

—¿Quieres decir que has estado hablando y viéndote con una chavalilla de dieciséis años y no has dado un paso más allá de la amistad? Mejor dicho, de quince.

—Eso es. Solo amistad —dijo marcando su acento natal.

—No creo que fuera por falta de ganas, ¿no?

—¿Qué insinúa?

—No insinúo, lo digo abiertamente. ¿Acaso no tenías ganas de tirártela?

—¿Cómo? —dijo extrañado.

—Lo que has oído, no te hagas el tonto. Que si no tenías ganas de calzártela.

—No —respondió inquieto, notablemente molesto y nervioso.

—La verdad, no lo entiendo. ¿Qué te aportaba una niña de quince años para estar viéndote con ella durante dos meses?

—Nos llevábamos bien. Podíamos hablar de cualquier cosa.

—Ya —respondí tajante y receloso—. Díselo tú —le pedí a mi compañera.

—Señor Berguer, me temo que hemos investigado acerca de sus gustos, sus rutinas, sus relaciones sociales y amorosas, y su situación no pinta nada bien.

—Yo no he hecho nada.

—Sí, es lo que suelen decir las personas como usted —repliqué—. No han hecho nada y luego resulta que tan solo tienen trapos sucios que esconder.

—Les repito: no he hecho nada —dijo recalando cada palabra.

—¿Usted sabía qué años tenía Elena? —cuestionó Aines.

—Dieciséis. Los acababa de cumplir hacía unos meses. Cuando la conocí ya tenía dieciséis.

—Me temo que no, que más bien le faltaban un par de meses para cumplirlos. Así que Elena aún tenía quince.

—No puede ser, en su Facebook ponía...

—¿En serio usted se fía de todo lo que pone en Facebook? —Agachó la cabeza. Parecía confuso y estar diciendo la verdad. Aunque por otro lado, viendo qué amistades tenía en sus redes sociales, era posible que supiese que Elena aún tenía quince años o, tal vez, no lo sabía y simplemente seguía viéndose con ella porque le excitaba su físico, su apariencia de cría de doce años—. No sé si estará al tanto de lo que significa y lo que implica la «edad de consentimiento». ¿Había escuchado ese término alguna vez? —Adrien siguió sin alzar la vista del suelo, en el más estricto silencio. Aines continuó sin inmutarse, intuyendo que Adrien empezaba a ser consciente de lo que se le podía venir encima—. La edad de consentimiento sexual es la edad establecida para poder mantener relaciones sexuales o llevar a cabo otras actividades de índole sexual:

conversaciones, intercambiar imágenes, vídeos..., sin infringir la ley, es decir, sin que al individuo de edad más avanzada se le considere estar incurriendo en violencia, abuso o acoso. ¿Entiendes lo que eso quiere decir? —El francés asintió con la cabeza.

—Estamos al tanto de que tienes la costumbre de rodearte de jovencitas algo desorientadas —proseguí, tomándole el relevo a mi compañera—, con las que mantienes largas conversaciones privadas e intercambias fotografías y vídeos de dudosa inocencia. Tu Instagram está lleno de fotos tuyas y de tus musculitos en plan provocador y, por supuesto, las cabecitas locas a las que sigues guardan el mismo ideal exhibicionista que tú. ¿Te habías fijado en sus edades?

»También hemos visto que muestras un perfil un tanto adulterado: quizá tu foto sea de hace dos o tres años y la edad que figura en tus datos personales está notablemente rebajada. Que yo sepa, basándome en los datos que recoge el registro estatal, tienes veintiséis años, mientras que en tus redes sociales quieres hacerles creer a todas esas cabecitas locas que tienes veinte. Me pregunto con qué intención, si no es la de camelártelas.

»En Facebook, de un total de doscientas treinta y nueve amistades, doscientas treinta y dos son mujeres, y de esas, el noventa por ciento son menores de dieciséis años. ¿Casualidad, tal vez?

»Lo que me hace preguntarme si sabrás lo que significa la pedofilia. —Mientras hablábamos él seguía sin ser capaz de articular palabra, sin poder rebatir nada de lo que decíamos, defenderse de algún modo. Tan solo escuchaba con la vista fija en aquella reducida parcela de gres que tenía delante de sus ojos. Su rostro reflejaba tensión y miedo. Le hice un gesto a Aines para que prosiguiese ilustrándolo.

—En estos momentos —siguió ella—, tenemos a varios de nuestros compañeros estudiando tus perfiles y las edades de las niñas con las que te has estado relacionando.

—Sí, y me juego el cuello a que entre ellas habrá más de una Elena, es decir, más de una menor de dieciséis años —intervine sintiendo repulsión—. En el caso de que nos enteremos de que, además, has mantenido relaciones sexuales con alguna de ellas, la cosa se agravará. ¿Sabías que el año pasado condenaron a uno de los de tu calaña a diez años de prisión por mantener relaciones con una menor? Fue en Álava, aquí en España. La cría tenía catorce años y él veintiocho. —Le observé. Seguía sin mirarme a la cara.

»¿Sabes qué? No vamos a parar hasta encontrar todo lo que nos estás escondiendo. De modo que, deberías ir pensando en soltar la lengua y contarnos qué hiciste con Elena, si no, no tendré ningún reparo en acudir a los medios de comunicación y airearles todos tus trapos sucios. ¿Y sabes lo que harán con ello? Echarte a los leones. Se te vendrá el mundo encima. No podrás salir a la calle. Nadie te mirará a la cara. Las niñas huirán de ti y, lo que es más probable, empezarán a lloverte las denuncias por abusos a menores. ¿Y sabes lo que viene después? La cárcel. Si no eres muy tonto, ya estarás al tanto de lo que les pasa a los que son como tú cuando están entre rejas.

—No hice nada con ella. Yo no la maté —aseguró, reaccionando al fin—. Me mintió. Ella fue la que mintió acerca de su edad. Me dijo que tenía dieciséis años.

—Y tuvisteis relaciones.

—No. No hicimos nada. Habíamos quedado para pasar la noche juntos, pero me mandó un mensaje para decirme que no podía venir.

—¿Puedes enseñarnos ese mensaje? —solicitó Aines.

—Sí, claro que puedo. No tengo nada que esconder. ¿Puedo...? —Hizo un gesto solicitando levantarse para ir a buscar su móvil.

—Adelante.

El chico abandonó el comedor y se adentró en el pasillo. Aines lo siguió hasta la puerta y

desde ahí controló sus pasos. En menos de un minuto regresó con el móvil en la mano, y mi compañera detrás de él.

—Aquí está —dijo mostrándonos la pantalla.

«Hoy no puedo quedar contigo. Me duele la cabeza. Lo dejaremos para otro día. Tengo muchas ganas, ya lo sabes. Mañana hablamos. Besos».

Miré la hora del mensaje: las 21:47.

—Baja, quiero ver tu respuesta.

Me miró con desprecio, reflexionando si debía mostrármelo o negarse. Terminó cediendo.

«Qué pena. Yo sí que tenía ganas. ¿No puedes tomarte un analgésico? Si se te pasa podemos quedar más tarde. En fin, ya me dirás algo, si no, ya lo haremos otro día. Aunque me tienes como una moto. No se puede ser tan sexi».

Sentí náuseas.

«El que no quería tirársela.»

Hora de la respuesta: las 21:51.

Hice amago de seguir leyendo lo que ponía debajo, pero apartó la mano con un movimiento seco y rápido, escondiendo la pantalla.

—¿Qué más pone?

—Nada.

—Yo creo que sí. ¿Qué ocultas?

—Nada.

—¿Nada? Pues me gustaría leer el resto de la conversación.

—No se la voy a enseñar. Si quieren leerla deberán pedir una orden de registro o lo que sea que necesiten. —Inhalé y exhalé una profunda bocanada de aire muy despacio, examinando su rostro al tiempo que contenía mis ganas de romperle la nariz, y tal vez esa repulsiva boca de besugo que la mala genética le había dado. Sabía que Aines guardaba silencio esperando algún tipo de reacción por mi parte. Mientras tanto, el sospechoso se guardaba el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. Yo no he hecho nada. No la vi ni esa noche ni después.

—No vas nada bien, ¿sabes? —dije acercando mi cara a la suya, consciente de que mis palabras y mis formas sonaban a amenaza; justo lo que pretendía.

—¿Qué hiciste la noche del sábado? —intervino mi compañera.

—Quedarme en casa.

—¿Un tío hecho y derecho —salté—, independiente y en pleno calentón, se queda en casa una noche de sábado pudiendo buscar a cualquier tía medio pedo dispuesta a dejársela meter en el asqueroso aseo de una discoteca?

—Sí, me quedé en casa —insistió airado.

—¿Buscando a otra niñita a la que engañar? —formulé con retintín.

—Yo no he engañado a nadie. No he hecho nada.

—¿Hay alguien que pueda confirmar que estuviste aquí? —preguntó Aines. El chico permaneció vacilante y pensativo.

—¿Sabes? —Tomé la palabra antes de que contestase—. Hay tres problemas. El primero, que eres nuestro principal sospechoso por el simple hecho de ser un puto pedófilo y la víctima una cría de quince años. El segundo, que, según parece, no tienes coartada. Y el tercero, que la autopsia desvela que Elena mantuvo relaciones sexuales supuestamente consentidas antes de que algún hijo de puta la matase —dije sin disimular mi cara de creciente asco—. ¿Acaso te fuiste a buscarla a pesar de que ella te dijo que no podía quedar contigo? No sé, chaval, pero yo que tú

empezaría a buscarme un buen abogado, no vaya a ser que en cualquier momento vengamos a por ti con una orden de arresto y te pillemos con el culo al aire, y no precisamente haciéndote selfies. ¿Has entendido? Lo tienes bien jodido.

El que no vio nada

Yago Reyes

Miércoles, 18 de septiembre de 2019

—¿Qué opinas? —le pregunté a mi compañera nada más entrar en el coche.

—No sé qué pensar. Por un lado creo que ha podido ser él y por otro... —Guardó silencio pensativa.

—¿Qué? Sigue.

—Pues que no cuadra lo que hemos leído en los mensajes con lo que nuestros compañeros averiguaron al hablar con el padre. ¿Los has leído? Ponía que le dolía la cabeza, como si estuviese en casa. Sin embargo, en el informe pone que el padre negó que volviese a verla, como si Elena se hubiese ido por la tarde y desde entonces le perdieran la pista. Y la amiga dijo que pasó la noche con ella, pero que antes la dejó en casa para cenar y arreglarse. ¿No la vio su padre? ¿Acaso era una excusa que le dio Elena a Adrien para no quedar con él pero sí con Alba?

Daba gusto poder trabajar e intercambiar impresiones con normalidad con mi compañera.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son las once y media pasadas. ¿Por qué?

—Bueno, estoy pensando en que podríamos acercarnos al velatorio. Quizá veamos algo que nos interese.

—Me parece bien. ¿Sabemos dónde es?

—No. Pero no tardaremos en averiguarlo.

Llamé a la comisaría y le pedí a Esteban que me ayudase a localizar dónde reposaban los restos mortales de nuestra víctima. Aunque no era él quien se encargaba de esos trámites, sabía que podría mover los hilos suficientes para enterarse y hacérselo saber.

Efectivamente, tras varios minutos, recibimos su llamada.

—Está en el Tanatorio crematorio de Alzira. Dirección: Camí Hort de Pellicer, 1.

—Muchas gracias, Esteban. Te debo una.

—*Ché*, ya me invitarás a unas birras —respondió jovial.

Me hizo reír.

—Eso está hecho, hombre.

Colgué.

«Oh, parece que al fin voy a tener a alguien con quien irme de cañas —pensé resignado».

Aines me observaba con un semblante al que no me tenía acostumbrado. Al fin parecía que estábamos enterrando el hacha de guerra.

—¿Conduces tú? —me preguntó, a pesar de estar ocupando ya el asiento del copiloto.

—Como quieras, si te apetece conducir, es todo tuyo.

—No, no. Solo quería asegurarme de que no te importaba conducir a ti. Francamente, aquí voy más cómoda, y de paso, mientras llegamos puedo seguir echándole un vistazo al expediente.

—Genial, entonces.

Entre unas cosas y otras el tiempo se me pasó volando. Llegamos al tanatorio a eso de la una de medio día. Aquello estaba a rebosar. Al parecer, aquel día estaban todas las salas ocupadas.

«Al menos pasaremos desapercibidos.»

Al llegar a la de Elena nos topamos con multitud de personas de todas las edades, sobre todo, chavales: parecía que el instituto entero se había personado para darle su último adiós. Ellas lloraban desconsoladas; ellos no tenían complejos en mostrar su dolor.

«Cómo han cambiado los tiempos —pensé satisfecho al tiempo que recordaba la charla con mi compañera—. Todo cambio es cuestión de tiempo, pero hay que concedérselo y trabajar en ello.»

—¿Has ubicado a los padres? —le pregunté a mi compañera.

—No, no los veo. Lo mismo han salido un momento a la cafetería.

—Ven —le dije cogiéndola del brazo—. Vamos allí. —Señalé un hueco esquinado donde extrañamente no había nadie—. Cuanto menos se nos vea, mejor.

Asintió y se dejó arrastrar entre la marabunta hasta el rincón más discreto de la sala. Era el momento de ejercer de espías, de identificar alguna actividad extraña.

Desde aquella posición teníamos una panorámica algo más amplia. Aparte de la multitud de jóvenes, se encontraban ancianos, hombres y mujeres de diversas edades; todos arremolinados en distintos grupos, casi todos creando corros.

Al cabo de unos minutos, al fin vimos a los padres de Elena. El trasiego de gente que se acercaba a ellos resultaba abrumador. Nosotros lo hicimos cuando consiguieron quedarse unos instantes a solas. Fingimos ser unos conocidos más.

—Nuria... —Llamé su atención poniéndole una mano en el hombro. Ella se giró. Tenía los ojos rojos e hinchados. Junto a ella estaba su marido, igual de afectado. ¿Aquel dolor se podía fingir? —. ¿Qué tal, se acuerda de nosotros?

Arrugó el ceño como tratando de hacer memoria, y comenzó a hablar vacilante.

—Sí, son...

La ignoré para centrarme en su marido. Le ofrecí mi mano como presentación inicial. Debo reconocer que no me lo esperaba así. Era igual de alto que yo —más de metro ochenta—, moreno, de abundante cabellera negra repeinada hacia atrás y barba de hipster. Me recordó al jugador del Real Madrid Isco Alarcón. Su camiseta ceñida de manga corta no dejaba dudas de que tenía un cuerpo musculado y fibroso. Abajo vestía un pantalón vaquero también ajustado. A pesar de que a mí también me gustaba vestir moderno, lo de él me parecía excesivo. ¿Qué años tendría? ¿Cuarenta, cuarenta y dos?

—Mi nombre es Yago Reyes, ella es mi compañera Aines Collado. —Aines le estrechó la mano después de darle un par de besos a la mujer. Al principio esto último me resultó extraño, pero luego pensé que era una de las mejores formas de pasar desapercibidos. Miguel nos correspondió diciéndonos su nombre, convirtiéndose aquella ocasión en la primera que hablamos con él—. Estaremos por aquí —continué—. Nos gustaría que actuaran como si fuésemos un familiar o un conocido más; no queremos llamar la atención.

Ambos asintieron.

—¿Saben ya algo? —se interesó Miguel; era la reacción lógica de cualquier padre en su situación.

—Aún es pronto y me temo que este no es el lugar —le respondí. Él agachó la cabeza entristecido, negando. Me pregunté qué estaría pensando. Los ojos de la mujer, en cambio, se anegaron de lágrimas que comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—Lo siento mucho —le dijo Aines poniéndole una mano en el brazo—. Ahora debemos

continuar. Ya iremos a verles a su casa.

—Gracias por todo.

—Es nuestro trabajo —concluí. Una simple mirada entre mi compañera y yo fue suficiente como para saber lo que estábamos pensando: «Es hora de dejarles con su duelo». Al tiempo que Aines se giraba para marcharnos, yo oteé una vez más a aquellos dos desgraciados, encontrándome nuevamente con el desconsuelo de una madre y la resignación de un padre del cual sospechábamos.

«Nuestra charla contigo tendrá que esperar unas horas, Miguel —pensé con mis ojos clavados en su afligido rostro—. Si ocultas algo, lo averiguaremos.»

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

—Creo que debemos acercarnos a hablar con el padre, padrastro de Elena —sugirió Aines captando toda mi atención. Aunque con un «porque sí» hubiera sido suficiente, alcé la vista esperando cualquier tipo de argumentación por su parte. No la obtuve; él ya era una de las personas con las que antes o después tendríamos que hablar si no queríamos convertirnos en un par de incompetentes, y creo que en eso se basaba su sugerencia.

—¿Por algo en especial? —pregunté de todas formas mientras ella ponía un gesto de «¿por qué me miras así?».

—Ah. Pues por lo que hablamos ayer antes de ir al velatorio. Sigo preguntándome cómo es posible que no la viera regresar. Además, ya le hemos concedido demasiado tiempo. Elena ya está bajo tierra y nosotros debemos proseguir. Me hierve la sangre al pensar que el hijo de puta que se la cargó sigue por ahí suelto.

—Ya. Yo lo que he pensado es que tal vez no se encontraba en casa.

—Ya, ¿y por qué iba a mentir? Si no estás en casa lo dices y punto.

—¿Y si tiene una aventura? Imagínate que estaba con alguna con la que se ve de vez en cuando.

—Podemos pedir a comisaría que examinen sus cuentas y que nos den un registro de sus llamadas.

—Perfecto. Pues si no tienes objeciones, podemos ir a hablar con él ahora mismo. De camino, ¿te encargas de llamar y pedir la información a Esteban?

—Sí. Yo llamo.

Arranqué y conduje dejándome guiar por alguna que otra indicación de Aines.

Al llegar, la rutina de siempre: aparcar, llamar al timbre, subir, esperar a que nos abriesen...

Nos dio la bienvenida la madre de Elena. En esta ocasión nos ahorramos las presentaciones.

—Buenos días.

—Hola, agentes. ¿Qué tal? ¿Hay alguna novedad? —Su voz transmitía la razonable esperanza de que trajésemos buenas noticias.

—De momento estamos hablando con las personas que han podido ver o saber cualquier cosa.

—¿Y ayer, vieron algo?

—Me temo que nada que nos llamase la atención.

Agachó la cabeza desmoralizada.

—Hemos estado leyendo los informes de cuando se investigó la desaparición —intervino Aines—. Nuestros compañeros anotaron que Elena le mandó un mensaje para decirle que iba a

casa de su amiga. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Conserva aún el mensaje?

—Sí, por supuesto. Es lo único que me queda de ella, los recuerdos. Al leer sus mensajes es como si escuchase su voz —respondió con los ojos humedecidos.

—¿Podría enseñárnoslo?

—Claro.

Cogió el móvil que reposaba sobre la mesa del comedor y lo desbloqueó. Buscó en los mensajes hasta dar con la conversación que mantuvo con su hija horas antes de perecer, luego, le entregó el móvil a mi compañera; ella lo puso a medio camino entre nuestros cuerpos para que ambos pudiéramos leerlo:

«Hola, ¿qué tal la guardia? Oye, esta noche me quedaré a dormir en casa de Alba, como te dije el otro día. Sus padres no están. ¿Vale? Besitos.»

Bajé acariciando el cristal de la pantalla. Respuesta:

«La guardia, pesadísima. Estoy deseando salir. Vale. Ten cuidado. No hagáis nada raro. ¿Pasarás por casa?».

Bajé aún más para ver la contestación de Elena:

«Sí, voy de camino a casa para darme una ducha y a dejar un par de camisetas y pantalones que me ha dejado Alba. Me iré sobre las diez y media.».

Descendí hasta llegar al final de la conversación, en la que la madre le decía: «Okey. Ten cuidado y pasadlo bien» y Elena terminaba con un: «Sí. Graciaaasssss...» y varios muñequitos.

Primer mensaje a las 20:23; último a las 20:28.

Aquella fue la última conversación que mantuvieron madre e hija, y lo hicieron ajenas a lo que estaba a punto de suceder, a través de la frialdad de una pantalla táctil, sin ni siquiera escuchar sus voces.

—¿Alguna vez le habló Elena de un chico llamado Adrien Berguer? —pregunté intuyendo la respuesta.

—No. ¿Quién? ¿Adrien Berguer? No —se preguntó y contestó ella sola—. ¿Debería conocerle?

—Es un chico con el que, al parecer, solía verse su hija. —La expresión de su rostro mutó al pánico. Su piel adquirió una palidez enfermiza.

—¿Fue él quien...? —preguntó en un hilo de voz.

—Aún no lo sabemos —contestó Aines.

—¿Podemos hablar con su marido? —solicité, tratando de cambiar el tono a la conversación.

—Sí —dijo cabizbaja—. Iré a llamarle; aún sigue en la cama. —Su voz había perdido la poca fuerza que le quedaba—. Ayer fue un día muy largo.

—Gracias —dijo Aines.

Nos dejó allí mientras ella iba a despertarle.

—¿Has visto? Según eso, Elena vino a casa —susurró mi compañera.

—Ya, pero ¿vino a casa realmente? ¿Vino y luego no salió, tal y como le dijo a Adrien en el mensaje que le mandó? ¿O más bien vino a casa y luego se fue de fiesta con su amiga Alba, mintiendo a Adrien?

—La amiga, Alba Castillo, declaró que Elena se fue de su casa a las nueve de la mañana, es posible que le mintiese.

—Sí, es posible. Lo que no entiendo es por qué el padre iba a decir que no la vio cuando supuestamente estuvo en casa.

—Tal vez tengas razón y no lo estuvo.

—O... También puede ser que estuviese durmiendo o viendo la tele. —Ni yo mismo creía posible lo que acababa de decir. Aines me hizo una mueca—. En fin, a ver qué nos dice ahora el bello durmiente —dije sacándole una sonrisilla a mi compañera.

Nos paseamos por el comedor mientras la señora Molina o el marido aparecían. Por fin se oyeron pasos acercándose a nuestra posición.

—Buenos días, agentes —saludó Miguel con la característica voz de un recién levantado.

—Señor Castillo. ¿Qué tal? Ayer no tuvimos tiempo de hacerle unas preguntas relacionadas con Elena. Si fuera usted tan amable...

—Claro. Siéntense, por favor. ¿Quieren tomar un café o cualquier otra cosa?

—No, gracias —decliné su ofrecimiento al tiempo que nos sentábamos. Nuria lo hizo junto a su marido y le tomó de la mano.

—Ustedes dirán.

—¿Qué tal se llevaba con Elena?

—Muy bien. Sí, nos llevábamos francamente bien —dijo apesadumbrado.

—Usted no es su padre biológico, ¿cierto?

—No.

—¿Desde cuándo están usted y su mujer juntos? —preguntó Aines tomando las riendas de la entrevista.

—Va a hacer diez años. Nos casamos pocos meses después de empezar a vernos —explicó entretanto le dedicaba un gesto de afecto a su esposa—. Elena me empezó a tratar como a su propio padre y pasábamos tanto tiempo juntos que pensamos que casarnos sería beneficioso para todos.

—¿Y lo fue?

—Sí. Totalmente. —Apretaron con fuerza sus manos entrelazadas. A Nuria se le escapó una lágrima.

—¿Tenía confianza con Elena? ¿Ella le contaba sus intimidades, si le gustaba algún chico, si salía con alguien...?

—Sí, teníamos absoluta confianza. Hablábamos de todo. Como dice su madre: era muy madura para su edad, podías hablar con ella de cualquier asunto. Y no, no me dijo nada acerca de ningún chico. Ella estaba centrada en sus estudios. Era muy aplicada y responsable.

—Entiendo.

—Señor Castillo —intervine—, ¿qué hizo a lo largo del sábado?

—Estar en casa, ya se lo dije a sus compañeros.

—¿No salió de casa en toda la tarde?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Elena?

—Esa tarde.

—¿A qué hora? —Resolló. Se notaba su irritación—. Sé que ya se lo dije a nuestros compañeros, pero debemos repetirle ciertas preguntas.

Cogió una honda bocanada de aire antes de contestar.

—Creo que eran las cinco y media o seis de la tarde.

—¿Quiere decir que no volvió a verla después, por la noche?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí, totalmente seguro.

—Bueno, en verdad —intervino su mujer—, dijiste que no sabías si había vuelto a casa. Escuchaste algo mientras te estabas duchando, ¿no?

—Bueno, sí. Es decir, me pareció escuchar un ruido. Pero no sé si fue Elena entrando a casa o algún vecino montando más escándalo del normal. El caso es que yo no la vi.

—Señora Molina, sigue sin haber tocado nada de su dormitorio, ¿verdad?

—Sí. No tengo fuerzas para entrar ahí dentro.

—¿Podemos revisarlo una vez más?

—Sí.

Se puso en pie y la seguimos hasta la habitación de Elena. En efecto, parecía estar todo igual que la vez anterior. El padre nos siguió y aguardó bajo el umbral de la puerta.

—En los mensajes que nos enseñó antes, ponía que Elena vendría a casa, que dejaría unas prendas que le había dejado su amiga. ¿Las ve por aquí?

La mujer ojeó el cuarto sin moverse del sitio.

—Tendría que abrir el armario.

—Adelante —autoricé.

Se acercó hasta él y buscó en su interior con cuidado de no descolocar.

—No veo nada que no sea de ella.

—¿Y en los cajones, tal vez?

—Voy.

Abrió uno por uno los cajones de la mesilla y del chifonier.

—No, no parece que haya nada extraño. Además, no lo habría escondido tanto. Conociéndola, lo habría dejado a los pies de la cama o encima de las demás cosas que hay en el armario.

—De acuerdo. Gracias —dije dirigiéndome a la puerta—. Tenemos que hablar con Alba —le comuniqué a mi compañera.

—¿Creen que ella...? No creo que... No. Se conocían desde que eran niñas. No puede —especuló en voz alta.

Aún no sé qué le llevó a dudar de la amiga de su hija. ¿Intuición de madre?

Me giré y la miré a los ojos; ella cesó de exteriorizar sus temerosos pensamientos.

—Encontraremos al o a la responsable de la muerte de su hija —afirmé pausado. Lejos de una promesa, mis palabras fueron una declaración de intenciones y, conociéndome, no cesaría en el empeño hasta conseguirlo.

La expresión de su rostro se endureció al tiempo que el blanco de sus ojos adquiría un repentino brillo, semejante al de un barniz recién aplicado. La del marido, en cambio, se mantuvo impertérrita. Sentí sus ojos fijos en mi espalda incluso después de haberle dejado atrás.

Aines y yo nos dirigimos hacia la salida sin dar más explicaciones, sin despedirnos.

Una vez más nos encontrábamos en el coche rumbo al siguiente domicilio. Esta vez, dispuestos a hablar con la amiga de Elena, Alba Castillo. Demasiado habíamos retrasado ya esa entrevista.

—Su calle está a unos doscientos metros. Vamos andando, ¿no?

—Sí. Buena idea.

Me apetecía estirar las piernas.

Comenzamos a caminar como un par de transeúntes más, uno al lado del otro.

—¿Sospechas de ella? —me preguntó mi compañera.

—¿De quién? ¿De Alba?

—Sí.

—La verdad, no lo sé.

Aquella fue nuestra única conversación. Ambos íbamos inmersos en nuestras lucubraciones y el trayecto, en sí, fue breve.

—Es en ese portal —aseguró Aines después de mirar la dirección exacta en su móvil.

De una carrera cruzamos la calzada.

Al llegar al portal, como de costumbre, llamé al telefonillo.

Aguardamos en silencio.

Nada.

Volvió a apretar el botón.

Nada.

—Joder, últimamente no tenemos suerte —espetó airada.

—Eso parece.

Bajé el escalón hasta situarme en mitad de la acera. Mientras ella hacía un tercer intento, yo miré a ambos lados de la calle.

—No hay nadie —informó.

—¿Qué hacemos, vamos al coche y esperamos unos minutos?

—Es una opción. —Hizo una mueca antes de alejarse de la puerta.

Apenas habíamos caminado unos metros cuando Aines llamó mi atención.

—Mira allí. ¿No te suena haber visto ayer a esa chica en el velatorio?

—Sí.

Nos echamos a un lado y esperamos a que se acercase. A juzgar por su indumentaria y el sudor que bañaba su cabello, debía regresar del gimnasio.

—¿Le decimos algo? —preguntó mi compañera.

—No, vamos a seguirla.

Pasó al lado nuestro sin que sospechase de nosotros.

Llegó al bloque y abrió.

Aines alcanzó la puerta del portal antes de que se cerrase.

Empezamos a subir las escaleras siguiendo sus pasos a varios metros de distancia. Mientras ascendíamos, se giró un par de veces para mirarnos con el mayor disimulo que pudo. Se la percibía inquieta, desconfiada. Aceleró el ritmo. Buscó las llaves en su bolsillo derecho; después, la que correspondía a la cerradura de su casa. La puerta de la vivienda terminó frenando sus prisas y acrecentando sus nervios. «Sí, es ella», me susurró Aines al ver la puerta que trataba de abrir. De nuevo, la chica volvió la vista atrás encontrándose con nuestros ojos, los cuales seguían observando cada uno de sus movimientos. Parecíamos estar rodando la escena de una película de terror, solo que en mi caso, en lugar de estar representando al bueno, habría encarnado el papel del sanguinario psicópata dispuesto a dar caza a la pobre chica guapa e indefensa. A juzgar por el ruido de las llaves chocándose unas contra otras, el miedo no le permitía introducir la llave en la cerradura.

—¿Alba Sierra? —preguntó mi compañera al llegar al rellano. La chica dio un respingo antes de volverse hacia nosotros.

—Sí —respondió vacilante en un tono de voz débil y tembloroso.

—Somos los agentes Yago Reyes y Aines Collado —nos presentó mi compañera entretanto ambos le mostrábamos nuestra placa—. ¿Tienes unos minutos? Queremos hacerte unas preguntas.

—Asintió observándonos—. Podemos hablar dentro, si lo prefieres.

—Sí. —Temblorosa, volvió a probar suerte con la llave.

Una vez consiguió abrir, entró y nos invitó a pasar.

Cerró y nos quedamos allí mismo, en el pasillo de la entrada.

—Como podrás imaginar —continuó mi compañera—, buscamos al responsable de la muerte de Elena Pascual Molina. Sabemos que erais buenas amigas y queremos saber qué pasó.

—Ya se lo dije a los otros agentes.

—Sí, ya lo sabemos, pero necesitamos escucharlo de tu boca. —Siempre era la misma cantinela.

—Pero...

—El problema está en que tú eres la última persona que la vio con vida. ¿Entiendes? —preguntó mi compañera sin dejarla terminar de hablar.

—No, no puede ser —respondió agitada.

—¿Estás sola? —pregunté. Pensé que estando presente alguien de su confianza se tranquilizaría y nos diría todo lo que necesitábamos saber.

—Sí.

«Bueno, lo he intentado.»

—Alba —dijo Aines—. Cuéntanos qué pasó el sábado que desapareció Elena.

Agachó la cabeza y se tocó las manos. Vaciló unos instantes antes de hablar. Un suspiro cargado de pena y arrepentimiento encabezó su confesión.

Discusión

Sábado, 14 de septiembre de 2019

Horas antes a la desaparición de Elena

—Estás muy rara. ¿Qué te pasa? —preguntó Elena cuando ya regresaban a casa.

—Nada —contestó Alba.

—¿Nada? Y una mierda. Ni que no te conociese.

—No me pasa nada, he dicho.

—¿Es Adrien? ¿No te ha caído bien?

—A mí no tiene que caerme bien. Yo no estoy saliendo con él.

—Estás muy borde, ¿sabes?

—Ya, como que tú eres muy delicada.

—¿A qué te refieres?

—A que eres una guarra y una mentirosa.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. No entiendo cómo puedes estar viéndote con ese tío y a la vez liándote conmigo.

—No sé por qué te ofendes, ya sabías lo que había. Sabías que estaba hablando y quedando con él.

—Pensaba que estabas de coña, que era una mentira para ponerme celosa.

—A ti no necesito ponerte celosa, ya estás suficientemente colgada por mí como para hacerte sufrir aún más —respondió Elena con gesto de superioridad.

Alba se sintió como un muñeco vapuleado. La miró con odio al tiempo que percibía cómo su boca se secaba, cómo sus palabras se deshacían en aquella árida oquedad antes siquiera de pronunciarlas. Un nudo en el estómago le subió por la garganta haciéndole sentir náuseas. Y la agonía se convirtió en fragilidad, como si algo en su interior estuviese a punto de romperse en mil pedazos y desgarrar sus órganos.

—Eres una puta —escupió entre sus dientes apretados.

Elena rio con sarcasmo.

—Ya. Una puta a la que estás deseando meterle mano, ¿verdad? —La mirada de Alba se nubló tras una cortina de odio, ira e impotencia—. No llores, mujer, mañana podemos quedar por la tarde y así te cuento qué tal ha ido la noche. Además, he pensado que podemos ir a un *sexshop* y así te compro un buen rabo para enseñarte con detalle lo que hagamos esta noche Adrien y yo. Dime que te mola la idea, *porfa*, llevo varios días pensándolo.

—Das asco.

—Joder, creo que va a ser verdad que estás celosa, ¿eh? Pero bueno, no te preocupes, mañana te lo compensaré.

—Creo que no me entiendes. Esto no va a quedarse así.

—No seas estúpida, anda. Venga, ¿te digo otro plan que he pensado? Seguro que te mola.

—No va a quedar así —repitió Alba una vez más. Elena la oyó pero siguió ignorándola.

—Venga, deja de murmurar que m. . .

—No me extraña que os maten —reflexionó Alba, pausada, con la mirada puesta en el salpicadero. Elena dejó de hablar para observarla. Sus facciones y extremidades se mostraban tensas, sus puños habían perdido su color.

—Venga, tía —dijo algo más cauta.

Su amiga alzó la vista y la miró desafiante. Aquellos ojos mostraban a una Alba distinta, a una persona hasta ese día desconocida para Elena. Eran como los de un depredador dispuesto a atacar a su presa.

—No vas a volver a hacerlo.

—¿De qué hablas? —preguntó Elena desconcertada. La sonrisa se le desvaneció del rostro.

—De que al final, serás tú quien se convierta en una Dama Blanca.

Alba sierra

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

—Quedamos para ir de compras —comenzó a explicarnos Alba—. Estuvimos viendo varias tiendas. Yo me compré un vestido de tirantes y ella... Bueno, ella se compró una camiseta muy provocativa; me dijo que le diría a su madre que se la había dejado yo.

—¿Por qué zona estuvisteis?

—Aquí, por el pueblo. Hace poco que tengo carnet de conducir y mi madre me dejó el coche. Pensábamos ir a varios sitios y no queríamos cansarnos. Aunque realmente me lo llevé porque pretendíamos ir a Cullera.

—¿Y fuisteis a Cullera?

—No, al final no; se nos hizo tarde.

—¿Fuiste entonces a recogerla a su casa?

—Sí, quedamos a las seis menos cuarto. La esperé un par de minutos en la puerta. Luego bajó y nos fuimos.

—¿Qué más pasó aquella tarde?

—Bueno, conocí a Adrien.

—¿El novio de Elena?

Hizo una mueca

—No sé si se le podría llamar novio.

—¿Salían juntos?

—Supongo que sí.

—¿Elena no te contó si salía con él o no?

—Bueno, quedaban de vez en cuando y creo que hablaban todos los días a través del Messenger.

—¿Sabes si mantuvieron relaciones sexuales? —Reaccionó echando la cabeza hacia atrás, como si sintiese rechazo ante la pregunta—. Debes contarnos todo lo que sepas. Además, no pasa nada, es confidencial —le expliqué, tratando de ablandarla.

—Sí, se liaron varias veces, pero no llegaron a...

—¿A copular?

Asintió.

—El tiempo que estuviste con ellos, ¿cómo se hablaron? ¿Discutieron?

—No. Se hablaban bien. Bromeaban y tonteaban sin parar. —Sus palabras parecían cargadas de aversión—. Se morreaban como si estuviesen solos. —Puso una mueca cargada de asco.

—¿Te hizo sentir incómoda cómo se trataban? —preguntó Aines.

—Sí.

—¿Y qué pasó después de que terminaseis de ir de compras?

—La llevé a su casa.

—¿Ya se había ido Adrien?

—Sí.

—Vale, y dices que la llevaste a su casa.

—Sí.

—¿Estás segura?

—¿Cómo? Sí, claro que estoy segura. —Aines y yo intercambiamos una fugaz mirada—. ¿No me creen?

—¿Dónde la dejaste? —dije haciéndole el relevo a mi compañera.

—En la puerta de su casa.

—¿La viste subir?

—Sí.

—Vale. Dinos una cosa. ¿Le dejaste ropa?

—Eh... Sí —respondió ruborizándose. Hice como que no me percaté.

—¿Ese mismo sábado?

—Sí.

—¿Puedes concretar qué clase de ropa?

Se tomó unos instantes antes de contestar.

—Un par de conjuntos de ropa interior.

—¿Por qué le dejaste ropa interior?

—Porque... Es que, no puedo decírselo.

—Debes hacerlo, si no, pensaremos que tuviste algo que ver en su asesinato.

—Yo no la maté.

—Ya, eso es lo que suelen decir los asesinos que no quieren verse entre rejas.

Resolló. Sus ojos comenzaron a no poder contener su inquietud.

—Teníamos una relación —confesó—. Elena no quería que nadie lo supiese. Pero a mí me daba igual; yo quería estar con ella —sollozó—, me traía sin cuidado lo que pudiesen pensar nuestros padres, nuestros amigos o cualquier otro.

—Y los conjuntos de ropa interior eran para...

—Me dijo que quería sentirse sexi, pensé que para mí. Aunque lo pensé porque me insinuó que quería ponerse uno esa noche; por eso me lo pidió. Me hizo creer que la pasaríamos juntas —dijo mientras las lágrimas bañaban sus mejillas—. Pero luego me di cuenta de que me había engañado. Quería irse con Adrien. Me los pidió para ponérselos con él —balbució—. Me utilizó. Solo me utilizó para tener relaciones sexuales con aquel franchute de mierda. Para ella solo fui un juguete con el que divertirse.

Se secó la cara con ambas manos. Evitaba intercambiar una mirada directa; en su lugar, la mantenía perdida en un punto fijo mientras recordaba aquella tarde. Con solo unas cuantas palabras consiguió transmitirnos su dolor. Había ocultado el secreto de su sexualidad y, ahora, a pesar de que su amiga y amante estaba muerta, aún podía percibirse el rencor que guardaba hacia sus desprecios y sus ofensas; sus palabras destilaban el odio y la indignación que genera una infidelidad amorosa. Conocía tan bien aquellos sentimientos... Estaba ofendida por haberle confiado sus secretos, sus proyectos y su amor a una persona traicionera y cobarde. Al menos, así me sentí yo cuando me enteré de que mi novia y prometida empezaba una relación con un tío de su trabajo mientras yo seguía en Madrid. Por unos instantes, la chica que tenía enfrente no fue la única que buceó en una laguna de sucios recuerdos. Pero la pregunta era: ¿se había vengado? ¿La había matado ella?

—¿Cuándo le diste la bolsa, cuándo la subió a su casa? —preguntó mi compañera ante mi

breve abstracción.

—Cuando fui a buscarla. A eso de las seis menos cuarto —explicó aspirando por la nariz la mucosa provocada por su llanto.

—¿No has dicho que llegaste un par de minutos antes de las seis menos cuarto, que la esperaste en el coche, que bajó y os fuisteis? —repliqué.

—Eh... No lo sé. No recordaba que se la había dado y que la subió antes de marcharnos. Pero sí, se lo juro: se la entregué cuando bajó de casa y la subió mientras yo la esperaba en el coche para no... Bueno, da igual.

—No, habla. ¿Qué ibas a decir?

—Bueno, iba a decir que me quedé en el coche porque no me apetecía ver a su padre. Sabía que estaba en casa.

—¿Te cae mal?

—No es que me caiga mal, es que es muy raro. A veces me pone nerviosa, no me gusta cómo me mira. —Hizo una mueca de desagrado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Parece como si quisiera intimidarte con la mirada, como si estuviera ido.

—¿Alguna vez te habló Elena de él?

—Sí, claro.

—¿Y qué te dijo?

—Pues, no sé. Cosas de sus padres. Elena y él se llevaban muy bien. Creo que tenían una relación muy rara. Yo con mi padre no hablo de ciertas cosas.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Hablaban de todo: de los estudios, de la música, de los chicos...

No sé por qué, llegué a pensar que trataba de desviar nuestra atención.

—Está bien —la corté—. ¿Qué pasó después de que dejase la bolsa de la ropa en su casa y de que fueseis de compras?

—Después de ir de compras la volví a dejar en su casa.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las ocho y media o nueve menos cuarto.

—La dejaste... —Aines dejó sin terminar la frase con la intención de que fuese Alba quien lo hiciese.

—La dejé en la puerta.

—¿La viste entrar al portal?

—Sí. Entró al portal y la vi subir las escaleras. —El tono de su voz volvía a ser el de antes, aunque se seguía notando su irritación. Ahora nos miraba a la cara.

—Cuando supiste que su intención era pasar la noche con Adrien, ¿qué pasó?

—Le dije que no me parecía bien. Que me había prometido pasar la noche conmigo, ya que mis padres no estarían y yo no quería pasar la noche sola.

—¿De modo que cambió de opinión y en vez de irse con Adrien vino aquí contigo?

Agachó la cabeza. El silencio ante nuestra pregunta nos advirtió de que ocultaba algo. Pero habló.

—No. No vino. No estuvo conmigo. No pasó la noche conmigo. Quedó con Adrien. Se fue con él.

—Pero tú dijiste en tu primera declaración que se fue de aquí a eso de las nueve de la mañana —replicó Aines.

—Lo sé. Mentí.

—No lo entiendo. ¿Nos puedes explicar por qué mentiste? —solicité. Me sentí confuso e irritado.

—Aunque me sentía traicionada, en el fondo la quería. Ella estaba deseando pasar la noche con un hombre mayor y... —Resolló—. Sabía que había escrito a su madre poniéndome de coartada. ¿Qué iba a hacer? ¿Descubrirla? ¿Chivarme como una cría de cinco años? No podía. Si lo hacía, sabía que las consecuencias me salpicarían también a mí, así que la encubrí.

—Míranos —le pedí. Ella alzó la vista y clavó sus profundos ojos marrones en los míos.

—¿Tú sabes que has entorpecido una investigación policial? —le recriminó mi compañera enfurecida.

—No era mi intención. Tan solo quería protegerla —lloriqueó—. En el coche discutimos y nos dijimos cosas muy feas. La amenacé con vengarme, con airear sus trapos sucios y su sexualidad. Mis amenazas se limitaban a acabar con nuestra relación, pero nunca hubiera sido capaz de hacerle daño.

—¿Cuándo fue entonces la última vez que la viste?

—El sábado por la tarde, cuando la dejé en casa a eso de las ocho y media o nueve menos algo.

En ese momento comenzó a sonar mi teléfono

—Necesitamos que nos acompañes a la comisaría —le informó Aines—. Tenemos que tomarte declaración por escrito. Puedes avisar...

—Llaman de la comisaría —le dije a mi compañera. Descolgué al tiempo que me apartaba un par de metros para poder hablar.

—Dime —contesté.

—Han encontrado el cuerpo sin vida de Adrien Berguer Fabre.

—¿Qué?

Sobrepasado

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

La mayoría de las veces sufrimos por cosas que no sucederán, sin embargo, mientras acontezcan en nuestra mente las padeceremos en nuestro cuerpo como si fuesen reales. El desamor, la muerte, el abandono, la traición, el miedo a ser señalado... El abanico es amplio. Pero, incluso teniendo fantasmas tan variopintos, a veces no alcanzan a ser tan desgarradores como lo puede llegar a ser la vida misma. A pesar de que nuestra tormentosa imaginación disfruta mortificándonos, otra parte de nosotros trata de defenderse diciéndonos que nunca nos pasará a nosotros.

—¿Cómo ha sido? —pregunté al compañero que tenía al otro lado del teléfono. Me quedé sorprendido. Estaba empezando a sospechar de Alba Sierra cuando, ¿de pronto esa noticia? Dependiendo de su respuesta, el caso podría dar un giro que no esperaba: su suicidio podía ser la confirmación de que él era el culpable; pero si lo habían asesinado... Aines se situó lo más cerca que pudo de mí para tratar de escuchar la conversación.

—Aún se desconocen las causas de la muerte, pero todo apunta a un suicidio. —Mi compañera y yo intercambiamos una fugaz mirada. Estaba convencido de que por su mente pasaba la misma confusión que por la mía. Y es que, en el fondo, aunque habíamos sospechado de él desde el principio, aquello supondría, de una forma u otra, un paso de gigante en la investigación.

—Mándame la ubicación de la escena del suceso.

—Ha sido en su casa.

—De acuerdo. Vamos para allá.

Colgué al tiempo que Aines ya se dirigía hacia la puerta principal.

—Tenemos que marcharnos. Pasaremos a buscarte más tarde para tomarte declaración —le expliqué brevemente a Alba antes de seguir los pasos de mi compañera.

No entré en detalles. No quise ponerle al corriente de la muerte de su «amigo».

—Jo-der —gruñó Aines nada más cerrar la puerta—. ¿Qué cojones...? Es él, claro —caviló en voz alta, desconcertada.

—No lo sé. Lo que está claro es que si se ha quitado la vida es porque se ha visto superado por algo.

—Que sepamos, podría deberse a dos motivos: uno, que realmente haya sido él el autor de la muerte de Elena o, dos, que se haya acojonado por el tema de la pedofilia o las relaciones con menores.

—Puede que estuviese de mierda hasta el cuello. En cualquier caso, si al final fue él, se ha terminado haciendo justicia. ¿Quieres conducir?

—Sí.

Condujo en silencio, concentrada, no sé si en la carretera o en atar cabos. En realidad, el recorrido era corto; estábamos bastante cerca. Por mi parte, también estaba distraído con la situación del caso; Aines ya no era un problema del que preocuparme. Pasamos a mantener el trato justo, el que siempre deseé. Si de repente se hubiera convertido en una cotorra, hubiese estado igual de incómodo; quizá más. Me gustaba disfrutar de un mínimo de tiempo y de paz para reflexionar, ya fuese sobre los casos, mis problemas personales o cualquier tontería que se me pasase por la cabeza. Y aquel trayecto no fue menos: sospechaba de Alba Sierra, de Adrien Berguer y del padre/padrastro de Elena. No hacía más que darle vueltas a todo.

«Si Alba la dejó en casa y la vio subir las escaleras, quiere decir que Miguel Castillo tuvo que verla, cosa que ha negado.

»Pero, si Elena no pasó la noche con Alba, ¿con quién estuvo? ¿Quedó con Adrien?

»En principio no cuadra.

»Adrien nos enseñó el mensaje que le envió: ponía que le dolía la cabeza. ¿Era una excusa? ¿Terminó yéndose sola? ¿Quedó con otra persona que desconocemos?

»Joder con la puta niña, no podía salir más fresca.

«¿Y su madre? ¿Acaso no veía que tenía un monstruito en casa?

»Joder, ya lo dicen, no hay más ciego que el que no quiere ver.»

Estábamos llegando a unos bloques de pisos que empezaban a sonarme.

«Si al menos hubiésemos encontrado una muestra de esperma...

»Aunque, si era lesbiana, bueno, bisexual... ¿Podría haber mantenido relaciones consentidas con un pene de mentira? —Me sentí ridículo pensando aquello.»

—Recuérdame que cuando veamos al forense le pregunte una cosa —le pedí a mi compañera.

—¿No me vas a decir el qué?

—Pues, la verdad, no tenía intención. —Me miró con cara de pocos amigos—. Es porque no quiero que te cachondees de mi ignorancia.

—Tranquilo, tú mismo.

«Bien, eso que me ahorras —pensé.»

Según nos aproximábamos vimos las luces de una ambulancia y de al menos un vehículo policial. Multitud de viandantes se agolpaban formando un semicírculo, impidiéndonos ver más allá de sus espaldas.

—¿Qué hace ahí tanta gente? —preguntó Aines.

No contesté. Tuvimos que aproximarnos unos metros más y estacionar antes de salir de dudas. Nos apeamos del vehículo y nos acercamos a paso ligero. La gente miraba algo en el suelo. Fue entonces cuando entendí lo que sucedía. Las expresiones de sus rostros lo decían todo: desconcierto, pavor, pena, asco... Nos abrimos camino entre todos ellos hasta alcanzar el cordón policial. Según avanzábamos vi a un chaval de unos veinte años grabando el desaguisado que había quedado sobre el pavimento.

—Dame eso —dije quitándole el móvil de un tirón. Hasta que no me topé con aquel memo no fui consciente de lo alterado que estaba.

—¡Eh, tú, cabrón, devuélveme mi móvil! —gritó abalanzándoseme.

Retuve sus intentos de agresión con un solo brazo mientras que con la otra mano le daba el móvil a mi compañera y luego le enseñaba mi placa al citado retardado.

—Para de una puta vez —dije poniéndole la placa delante de las narices—. El móvil queda confiscado hasta que me salga a mí de las pelotas. ¿Entiendes?

—¡No puede hacer eso! —vociferó, llamando la atención de todos los que nos rodeaban—. ¡Eso es abuso de la autoridad! ¡No pueden hacerlo! —gritó mientras trataba de recuperar su

móvil, esta vez lanzándose hacia mi compañera. Le sostuve haciéndole una llave; la gente de alrededor empezaba a hacernos un corrillo—. Aines, borra el vídeo y cerciérate de que no hay ninguno más.

Obedeció sin decir nada.

—¡No pueden hacerlo! ¡Eso es abuso de la autoridad!

—Y lo tuyo es abuso de la subnormalidad, y aquí estás.

—¡Que me suelte! —exigió zarandeándose entre mis brazos— ¡Tengo mis derechos! ¡Están atentando contra mi libertad de expresión!

—Cállate, que no haces más que decir tonterías —repliqué apretándole aún más, como una boa constrictor.

Mientras Aines se encargaba del contenido multimedia del teléfono, vigilé que ningún otro imbécil de los que estaban cerca se pusiese a grabar «nuestra intervención».

—Ya está —aseguró Aines.

Acto seguido solté al chico.

—No quiero volver a verte por aquí —dije devolviéndole el móvil.

—Le voy a denunciar.

—¿Sí? Pues ala, corre, campeón, ya estás tardando.

El muchacho achinó los ojos con desprecio y comenzó a alejarse. Yo permanecí estático siguiéndole con la mirada.

—¡Le voy a denunciar! —gritó de pronto cuando ya se encontraba a varios metros, dándose la vuelta con aire desafiante. Volvió a girarse y prosiguió su camino.

—Vamos —me requirió Aines. Hice un leve asentimiento.

—¡A ver, aquí no hay nada que ver! ¡Váyanse a sus casas! —vociferé al tiempo que seguía los pasos de mi compañera.

Al llegar al cordón policial nos identificamos ante el compañero que se encargaba de vigilar el acceso. Sentí cómo Aines me observaba de reojo. Una vez hubimos firmado en el informe de control, accedimos al perímetro protegido.

—Mientras preparáis las mamparas, haz el favor de despejar la zona lo máximo posible —solicité a otro de nuestros compañeros—. Son capaces de sacarse los ojos de las cuencas y lanzarlos al aire con tal de enterarse hasta del más mínimo detalle.

—Sí, la gente es demasiado morbosa. Lo intentaré.

—Gracias. Ah, y si ves a algún otro malsano grabando esta mierda o haciéndose selfies o cualquier otra barbaridad, le requisas el móvil. Estoy hasta las pelotas de tanto demente.

—De acuerdo.

Cuando me quise dar cuenta, Aines había dejado de estar a mi lado, adelantándose hasta el lugar donde parecía el cuerpo reventado de Adrien Berguer. Su masa reposaba decúbito prono sobre un charco de sangre que aún emanaba de su cabeza. Su cara, su boca y su nariz besaban su pringosa amalgama de fluidos orgánicos, polución y asfalto que alfombraban su «descanso». El olor me recodó a un corral el día de la matanza; sentí náuseas.

Me situé frente al cadáver, a un par de pasos del recerco que había creado su sangre, y lo contemplé.

El bullicio de los compañeros trabajando en la zona y la gente que aún permanecía expectante pasó a ser un zumbido uniforme relegado a un segundo plano. Parecía encontrarme solo con él, como si nuestras almas protagonizasen una siniestra conexión a pesar de estar en dos estados distintos; deseando que a través de cualquier tipo de señal contestase a todas mis preguntas.

«¿De verdad te has suicidado? ¿Por qué? ¿Te sentías culpable? ¿Eso quiere decir que mataste a

Elena Pascual Molina? ¿O acaso te has cansado de ser un predador sexual? No, no creo. La gentuza como tú no conoce escrúpulo alguno.

»¿Te asustó lo que te dije? ¿Realmente creíste mis amenazas?

»Eras débil, de eso no hay duda.

»En fin, me alegro de que estés muerto. Has hecho un gran favor a muchas almas inocentes. Al fin, después de todo, has tenido el suficiente juicio como para desaparecer de este mundo. Sobran las sabandijas como tú. Espero que los de tu calaña tomen ejemplo, y que reúnan, como tú, el valor suficiente para tirarse del primer ático que encuentren.»

—Disculpa —solicitó un hombre cubierto de arriba abajo con un mono blanco. A juzgar por su indumentaria no cabía duda de que era un miembro del equipo médico forense.

—Claro —dije retrocediendo varios pasos. Ojeé la zona en busca de mi compañera: hablaba con un agente. Decidí acercarme.

—Vale. Gracias —escuché que le decía Aines al compañero. Él le hizo entrega de algo y se marchó con un «no hay de qué». Al girarse se topó conmigo.

—Oh —musitó Aines, prácticamente chocando conmigo—. Iba a buscarte.

—Bueno, pues ya no hace falta, como buen caballero ya estoy aquí —respondí, dedicándole una sonrisa amable. Sentí un leve rubor por su parte, hasta el punto de agachar la cabeza y abordar el tema en cuestión.

—Mira —solicitó elevando ante mis narices lo que nuestro compañero le había confiado—: una nota de suicidio.

—Interesante. ¿Qué pone? —Por un momento sentí tensión. ¿Y si ponía algo de mis amenazas?

—Te leo:

«Lo siento, no quería hacer daño a nadie. Y nunca he sentido que se lo estuviese haciendo. Ellas querían. Les gustaba. Pero voy a acabar con todo. No aguanto más la tentación, porque sé que estoy enfermo y no tengo cura, porque siempre querré más e irá a peor. No puedo soportarlo. No quiero padecer el resto de mi vida. No quiero que todo el mundo sepa lo que soy. No quiero que me señalen por la calle. Me quito la vida solo por ese motivo. Tengo la conciencia tranquila. No le hice nada a Elena; nada que ella no quisiese. Y no voy a ir a la cárcel por ello.»

«Por suerte, no pone nada acerca de mis «advertencias».»

—¿Qué opinas? ¿Crees que la carta es real? —me preguntó Aines.

—¿A qué te refieres?

—No, nada, déjalo. Pensaba en voz alta; era una auténtica estupidez.

—No creo que sea para tanto, pero vale.

—No, en serio. Alguien que supuestamente ha matado a otro y termina suicidándose, ¿crees que pondría que tiene la conciencia tranquila?

—No. Lo normal es que lo confiese y luego se suicide. Ergo, pienso que el suicidio es una consecuencia de su problema como pedófilo. Yo creo que se acojonó cuando le dije que informaría a los medios de comunicación y que se convertiría en el principal sospechoso de la muerte de Elena. Supongo que la presión, el pánico a ser señalado y a pisar una cárcel, han hecho el resto. Ya sabemos lo que les pasa a los violadores y a los pederastas en el trullo.

—Ya. —Alzó las cejas—. En fin, ¿echamos un vistazo a su domicilio? Tal vez encontremos algo.

Subí con la intención de que se requiriese su ordenador y su móvil como pruebas que pudieran guardar relación con el asesinato de Elena Pascual Molina. Por supuesto, antes informé al

comisario para que se encargase de gestionar los trámites oportunos.

«Tengo tus prendas»

Jueves, 19 de septiembre de 2019

Una vez sola en casa, se fue a su dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Se sentía desorientada. Estaba convencida de que la policía sospechaba de ella.

«Me he librado solo porque les han llamado, si no ahora mismo estaríamos de camino a la comisaría.

»Dios Santo, cómo se lo voy a decir a mis padres. A mi madre. —El corazón le bombeaba a un ritmo frenético.

»Tal vez hayan visto que borré los mensajes del móvil. ¿Eso lo pueden ver?

»¡Joder!».

Cogió el teléfono para ver si tenía algún mensaje nuevo. Desde que su madre se enteró del asesinato de Elena no dejaba de estar pendiente de ella.

Al desbloquearlo se sorprendió al encontrar uno del padre de la susodicha. Trató de averiguar qué decía sin abrirlo, pero le resultó imposible: solo podía leer las primeras palabras:

«Hola, Alba. ¿Qué tal estás? Me...».

—Qué cojones querrá —susurró desconcertada. Observó la pantalla durante un dilatado espacio de tiempo, meditando cómo proceder, releyendo una y mil veces ese comienzo de texto que no desvelaba nada más que el supuesto interés de Miguel por su estado de ánimo.

«No me apetece contestarle —pensó quejumbrosa. Dejó caer su espalda contra el cochón—. Debería... —Resolló.»

»Tal vez debería hablar con él y con Nuria, decirles que su querida hijita, la que lo hacía todo tan perfecto, estaba perturbada y había quedado con ese novio suyo que podía ser casi su padre. No creo que supiesen de su existencia. —Hizo una mueca de repulsa—. Está claro que tenía un grave problema mental, y nos ha terminado arrastrando a todos con su mierda.

»Maldita seas. Es tu culpa que no me dé ninguna pena que estés muerta.»

Sin embargo, se le empañaron los ojos de rabia y nostalgia.

Vaciló una vez más.

Pulsó la pantalla para abrir el mensaje de Miguel. Leyó:

«Hola, Alba. ¿Qué tal estás? Me parece que Elena tenía una bolsa con cosas tuyas, aunque no estoy seguro. ¿Podrías pasar un momento por casa y mirarlo? Ya me dices algo. Gracias».

—Tiene que ser mi ropa interior. No puede ser otra cosa. Aunque a saber lo que es. Lo mismo «su novio» —dijo con desprecio— le regaló alguna cosa y no me lo dijo. —Volvió a resoplar.

Cogió el teléfono y miró la hora: las 14:42.

«Vale, como pronto hasta las cinco mamá no vendrá, así que aún tengo tiempo.»

Contestó al mensaje:

«Hola. Vale, voy en cinco minutos».

Fue a su dormitorio y cogió una camiseta limpia, luego al cuarto de baño, donde trató de camuflar el olor a sudor con una generosa dosis de desodorante. Se mojó la cabeza, escurrió el exceso de agua y se recogió el pelo en una cola de caballo.

«Voy como una guarra, pero me da absolutamente igual —pensó al contemplarse en el espejo».

Bajó las escaleras lo más rápido que sus piernas y su coordinación le permitieron. Se montó en el coche y condujo hasta la casa de los padres de Elena.

Pocos minutos después aparcó en la misma puerta. Ojeó el móvil a ver si Miguel le había contestado.

—Perfecto —se dijo al leer el «okey» que le había contestado Miguel.

Al llegar encontró la puerta del portal abierta. Subió las escaleras hasta el domicilio de su «examiga» y llamó al timbre.

No entendía por qué, pero estaba nerviosa. Quería entrar, mirar si las cosas eran suyas e irse lo antes posible.

—Hola, Dama Blanca. —Saludó Miguel con un gesto de pesar y una sonrisa forzada. Alba arrugó el ceño. «¿Y tú qué sabes?», se preguntó Alba recordando su discusión con Elena. Sin pensarlo, miró su vestimenta. Su camiseta era blanca y lisa, en la parte inferior llevaba unas mayas de un color gris perla; sus zapatillas de deporte también eran blancas con delgadas líneas negras en los costados.

«Ah, lo dices otra vez por mi ropa, gilipollas».

—Eh, sí. Bueno. No del todo —respondió tensa.

«No entiendo cómo tiene cuerpo para bromas.»

—Entra.

Se echó a un lado cediéndole el paso. Luego cerró.

—¿Cómo...? —articuló Alba. Dudó sobre cómo plantearle la pregunta.

—¿Cómo estamos? —Miguel se aventuró a acabar su frase.

—Sí, eso.

—Bueno. Son momentos duros. Nuria está muy afectada. Y yo... Era nuestra niña —dijo sentido.

—¿Nuria no está en casa? —se interesó Alba al percibir tanto silencio.

—No. Ha decidido ir a trabajar. Dice que allí se le pasan las horas más rápido, que está más distraída y no le da tiempo a pesar tanto en lo sucedido.

Movió la cabeza comprensiva.

—Bueno, ven —dijo guiándola hacia el dormitorio de Elena—. Pasa. Estás en tu casa. Para ti también debe estar siendo duro, ¿no? —planteó mientras caminaba pasillo adentro.

—Sí, nos conocíamos desde que éramos niñas. —Según abrió Miguel la puerta del dormitorio, la chica sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Desde el umbral, lo ojeó; estaba todo tal cual lo vio la última vez. Cohibida, entró despacio, dando pasos cortos y titubeantes, como si le diera miedo estar allí dentro. Paciente, Miguel la esperaba en el interior.

—Siempre me sorprendió que a pesar de vuestra diferencia de edad os llevarais tan bien —comentó el hombre.

—Bueno, ella siempre pareció ser mayor y, por lo que respecta a mí, según dicen, soy más inmadura —explicó haciendo una mueca—. Ahora iba a ser su cumpleaños y, parecía que en vez de dieciséis iba a cumplir veinticinco. —Sonrió apenada.

—Por cierto, qué mal educado soy —dijo haciendo un aspaviento exagerado—. ¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien así. No se preocupe.

—No me trates de usted, me hace sentir un anciano —bromeó. Alba le sonrió con apuro—. Y no es ninguna molestia. Vamos, dime qué quieres. ¿Una cola, una naranja, un zumo, una cervecita bien fría, agua...?

Alba frunció el entrecejo.

«¿Una cervecita? Estará de coña.»

—No, solo he venido a ver...

—Ah, sí. Espera. Ahora te lo saco —dijo yéndose a otra habitación. Al cabo de un minuto volvía con una bolsa en la mano. Por su forma de moverse y de hablar, parecía haber perdido la cabeza—. Ya está —espetó amable y con una sonrisa en los labios—. Aquí están las cosas que creo que son tuyas. Échales un ojo y, mientras, te traigo tu refresco. Al final has dicho que quieres...

«Qué insistente —pensó Alba al tiempo que suspiraba y le sonreía resignada.»

—Lo que quieras, me da igual —cedió al fin.

—Muy bien. ¿Una cola, entonces?

—Vale.

—Genial, ahora mismo vuelvo.

Salió de la habitación y tornó la puerta. Sin haber soltado aún el pomo, volvió a asomar la cabeza.

—Te cierro, ¿vale?, así tienes más intimidad —dijo sin esperar respuesta. Y volvió a cerrar.

Mientras ella vaciaba el contenido de la bolsa y lo esparcía sobre la cama de Elena, Miguel fue a la cocina a prepararle el refresco.

El padre de Elena abrió la nevera y sacó una lata. Con la bebida en la mano se dirigió al armario donde guardaban los vasos. Cogió uno y, de su bolsillo, extrajo una pequeña bolsa hermética con unos polvos blancos dentro. Volcó el contenido en el vaso y luego lo rellenó con la bebida. El gas del refresco mezcló las dos sustancias dejando una imperceptible combinación dulce y adulterada.

—Perfecto —susurró al ver que no quedaba evidencia alguna de las intrusas partículas.

Deshizo el camino recorrido hasta encontrarse nuevamente en el dormitorio de su hija. Abrió la puerta sin llamar.

—Aquí tienes tu refresco —anunció con euforia.

—Gracias —dijo Alba cogiendo el vaso y dándole un buen trago.

—¿Qué, has encontrado algo que sea tuyo? Yo creo que esas cosas no eran de Elena, y como sé que os intercambiabais ropa...

—Sí. Es todo mío —respondió algo ruborizada debido a que una buena parte era ropa interior.

—No te preocupes. No es el primer conjunto de encaje que veo. Mi mujer tiene alguno que otro y le gusta provocarme con ellos. Y, francamente, me encanta. Cuando se los pone es como una niña jugando a hacerse la mayor. Además, le pido que se ponga un traje de colegiala que le regalé en uno de nuestros aniversarios y a veces lleva esas prendas debajo. Queda muy sexi. ¿Sabes?

Miguel la miró fijamente. Alba no sabía qué decir. Se sentía incómoda.

—Ya. Bueno, debo irme. Gracias po...

—¿Puedes esperar un momento? —la interrumpió—. Se me había olvidado darte una cosa. ¿Me esperas aquí?

—Eh, sí —respondió titubeante.

—Bien. No tardo.

Mientras Miguel salía y volvía a cerrar la puerta, Alba dio otro trago a su bebida. Dejó el vaso

sobre el escritorio de la habitación y volvió a meter las cosas en la bolsa. Después, se sentó sobre la cama.

«¿Qué será? Algún pantalón o camiseta, supongo. Lo mismo es la camiseta que se compró el sábado.»

Cogió el teléfono para mirar la hora: las 15:09.

«No sé por qué tarda tanto.

Si en dos minutos no ha venido, me voy. Ya vendré otro día. Y si no, que se lo queden ellos, no creo que sea nada tan importante.»

Abrió el Whatsapp. Tenía un mensaje de su madre:

«Hola, hija. ¿Qué tal estás? Estoy pensando que esta noche cenaremos pizza, ¿te parece bien?».

Sonrió apenada, evocando a su vez la visita que le habían hecho los policías.

««Pasaremos a buscarte más tarde para tomarte declaración» —recordó sintiendo cómo se le volvía a acelerar el corazón igual que lo hizo en presencia de los agentes.

»Joder. De momento no le voy a decir nada. No quiero que se preocupe aún más; se pone muy pesada. Con un poco de suerte, los polis vendrán cuando ella haya vuelto del curro y me haya dado tiempo a ponerla al tanto. —Resolló.»

«Hola —empezó a escribir—. Bien, he estado en el gimnasio. Y sí, hace mucho que no cenamos pizza, me apetece.

Besos.

Ah, y no hace falta que te preocupes tanto por mí, ya te lo he dicho, estoy bien.

Luego hablamos».

Volvió a mirar la hora: las 15:14.

—Joder. Cuánto tarda.

Jugueteó con el móvil para hacer tiempo. Los minutos siguieron pasando.

15:18.

Su concentración empezaba a disiparse. Miró la pantalla como si se le hubiera olvidado lo que iba a hacer. Su atención se perdió en la nada. A cada minuto transcurrido fue sumiéndose en un estado más perturbado, algo semejante a una compleja y absorbente abstracción.

Escuchó un ruido al otro lado de la habitación que le hizo levantar la vista. El gesto le hizo sufrir un ligero mareo. Se llevó la mano a la cabeza por puro instinto, como si aquel movimiento pudiera ayudarla a recuperar el vigor.

La puerta se abrió dejando apreciar la figura de Miguel. A pesar de su escasa concentración, la chica se percató de que su indumentaria era distinta. No tuvo fuerza para hablar, pero sí para fijarse en sus manos: venía con ellas vacías. Desconcertada, lo miró a los ojos tratando de entender lo que sucedía, pensando que, tal vez, no lo había encontrado, que, tal vez, se había cambiado para ir a alguna parte. Pero en su lugar se topó con el rostro impertérrito del hombre, el cual la observaba enmudecido y paralizado bajo el umbral de la puerta. Miguel la examinó primero a ella, luego oteó la habitación hasta dar con el vaso del refresco.

—¿No tienes sed? Has bebido poco —comentó, volviendo a centrar su atención en ella, haciéndola sentir todo lo incómoda que la droga le permitía.

—Sí. No. No mucha —respondió con esfuerzo, aletargada.

Miguel asintió con un movimiento recreado, dibujando a su vez una mueca sarcástica de disgusto.

La droga empezaba a surtir efecto.

—¿Ha encontrado «eso»? —consiguió preguntar.

—Oh, sí, «eso». Claro, cómo no. Aquí lo tengo —dijo echando mano al bolsillo derecho de su vaquero. —Alba arrugó el ceño—. Mira —solicitó al tiempo que desbloqueaba el ordenador de su hijastra muerta—. Sacó la mano del bolsillo y le mostró un pendrive—. Aquí tienes una copia —explicó mientras lo sostenía con sus dedos índice y pulgar en forma de pinza y se lo ponía delante de las narices.

—¿Copia? —vaciló. Su concentración seguía mermando.

—Ahora lo verás. Siéntate aquí, por favor —le pidió entretanto apartaba la silla del escritorio. Esperó unos instantes a ver si reaccionaba. Con torpeza, trató de levantarse. Miguel se acercó a ella y, cogiéndola del brazo, la acompañó desde la cama hasta la silla. La sentó—. Yo ya lo he visto —dijo al tiempo que la giraba sobre su nuevo asiento hasta dejarla bien pegada al escritorio—. Te va a gustar.

Abrió un icono de la barra inferior de tareas. Ante ella surgió una imagen en la que se veía un primer plano mal enfocado de la cara de Elena.

—Dale al *play*.

Alba obedeció sin rechistar, con la misma velocidad y energía que una nonagenaria agonizante.

El ordenador comenzó a reproducir el vídeo con Elena como protagonista, en el que se la veía hablando entre susurros, muy pegada a la cámara:

«Esto es para ti, Alba: nos voy a grabar mientras nos lo montamos —confesaba Elena mientras, descuidada, manipulaba la cámara sin ninguna intención de encuadrar el plano. En estado normal, Alba se hubiera alterado, quizá hubiera parado el vídeo, pedido explicaciones..., hubiera hecho cualquier cosa. Pero en ese momento su voluntad estaba anulada. Miraba la pantalla paralizada, enmudecida, como si sus cuerdas vocales hubieran sido seccionadas por el cuchillo desafilado de un matarife chapucero. Entretanto, el vídeo continuaba reproduciéndose—. Ahora mismo estás hablando con mi padre. Le he pedido que te entretenga mientras coloco la cámara. Ha sido una idea improvisada. Bueno, no tanto.

El caso es que él me ha dejado la cámara. —Transcurrían los segundos y sus ojos, a pesar de todo, se empañaron ajenos a la droga que adulteraba su organismo. Sintió, además, cómo su corazón se aceleraba. Por unas décimas de segundo fue consciente de lo que sucedía, pero para su desgracia, no podía hacer nada—. *En fin, voy al baño porque se supone que me estoy secando el pelo. La dejo grabando. Ya verás qué bien nos lo pasamos».* El video mostraba un nuevo plano de Elena concentrada en enfocar el aparato hacia su cama, y luego otro de ella en ropa interior saliendo a hurtadillas del dormitorio, evitando hacer ruido.

—Espera —dijo Miguel inclinándose hacia el ordenador y tocando el ratón—. Voy a pasar vuestra discusión, ¿te acuerdas? Aquella en la que os pasáis diez minutos buscando información de la Dama Blanca. Ahora mismo llegaremos a lo que nos interesa, ya verás. —Manipuló la barra del tiempo hacia delante y hacia atrás hasta situarla en el momento deseado. Alba, inmóvil, no apartó la vista de la pantalla. Parecía que el eco de sus instintos la advertían de que no debía decir nada, de que no debía mirarle a la cara, de no moverse. Una tos rasgada y árida arrancó de su garganta—. Oh, ¿tienes sed? —preguntó retórico—. No me extraña, están siendo muchas emociones, ¿verdad? Aunque con lo que te he dado no creo que sientas mucho, pero bueno. —Cogió el vaso del refresco y se lo acercó a la boca. Entre tos y tos consiguió que diera un trago. La bebida consiguió aplacar la deshidratación de su garganta. Los sentidos de Alba trataban de escapar de esa especie de letargo inconsciente que estaba neutralizando su motricidad y su voluntad. Su campo de visión empezaba a ser difuso. El pulso le temblaba—. Ahora sí que has

dado un buen trago. Así me gusta. Mira. Esta es la parte buena. —Le quitó el vaso de los labios y lo devolvió al escritorio. El vídeo había comenzado a reproducir las relaciones íntimas de las dos chicas. Dejó que lo contemplase durante varios minutos. Mientras Alba lo miraba impertérrita, la erección de Miguel evidenciaba su creciente excitación. A punto estuvo de correrse encima.

»Bueno, ya está bien —dijo pausando el vídeo—. Voy a tener que ir a darme una ducha fría —rio despreocupado—. Que no, es una broma, mujer.

»En fin, ha llegado el momento de sincerarnos, ¿no te parece? Empezaré yo. —La separó del escritorio y giró la silla hasta situarla enfrente de él—. Desde el primer día te eché el ojo encima, ¿sabes? —Alba no conseguía articular palabra, se había convertido en una especie de marioneta sin hilos que la gobernarán—. Tenéis una constitución tan parecida, tan aniñada..., y a mí me gusta tanto... Lo de Elena ha sido la tentación más grande a la que me he tenido que enfrentar en mi vida y, ahora que sé que mi instinto sexual es mayor que mis fuerzas para contenerlo, creo que no te importará que siga contigo. Ya sabes que una vez que la bestia se desata no hay nada que la frene. ¿Y sabes otra cosa? No quiero parar —dijo iniciando un monólogo mientras se paseaba por la habitación como si fuese un sargento aleccionando a su tropa.

»No, mi mujer no me sirve. Su cuerpo es como el de una niña, sí, pero en el fondo no puedo engañar a mi inconsciente. Ella no me pone ni una décima parte de lo que me ponéis vosotras. Tú ya me entiendes. Así que, de momento, seguiré con ella, por supuesto; no estoy tan loco como para dejarla. Con lo fácil que se vive estando bajo sus cuidados. Le gusta trabajar, ¿qué le voy a hacer? A mí, por el contrario, me gusta llevar una vida sin responsabilidades. Ya ves, tenemos la relación perfecta. Mira hoy, por ejemplo: mi única preocupación será hacer lo que quiera contigo y luego limpiar mis huellas. Fingir que he estado en casa ocupándome del hogar, poniéndome en forma para seguir poniéndola como una moto y poco más. Es como si ella me ayudase a seguir adelante. Fíjate, ni habiendo muerto su hija es capaz de quedarse en casa un solo día. Va al puto trabajo como si fuese una yonqui. Eh, pero no me enfado. Faltaría más. Ha abierto la veda, ¿cómo me voy a quejar? A nosotros nos ha venido cojonudo para vernos y jugar un rato. Por cierto —dijo cambiando la voz a una entonación meliflua y picaresca. Se acercó a la chica y le apoyó la mano en la pierna—, tengo ganas de empezar, ¿sabes? —Inició un recorrido ascendente y recreado desde su rodilla hasta su ingle; allí frenó—. Pero... Aún no. —Volvió a erguirse frente a ella. La miró con odio durante unos instantes. Alba tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo; no tenía fuerzas para mirarle a la cara. Irritado, la abofeteó haciéndola caer de la silla. Su cuerpo chocó contra el suelo como un saco de escombros—. No me gusta que me tienten —habló con los dientes apretados—. La putilla de Elena no hacía otra cosa. Cuando se encontraba su madre delante, se portaba como una mojigata, y cuando nos quedábamos a solas... Era una sucia ramera —. Deberíais estar todas encerradas en un prostíbulo donde solo os abrierais de piernas. ¿Entiendes? Gratis. Es lo que os merecéis las que sois como tú. —Anduvo por la habitación varios minutos, dando vueltas de un lado para otro mientras Alba permanecía tirada en el suelo. Estaba consciente, pero apenas se movía; no tenía fuerzas.

—¿Qué hago contigo? —se preguntaba Miguel en susurros. Terminó sentándose en la cama con el cuerpo inclinado hacia delante, formando con sus brazos unas escuadras que le ayudaban a sostener la cabeza entre sus manos. Desde ahí, le dio un par de puntapiés a Alba en la espalda. —¿Podrás andar? Solo tenemos que llegar el ascensor sin que nos vea nadie. Una vez en el coche, será como si nunca hubieras estado aquí.

Meditó la posibilidad varios minutos, como si se hubiera olvidado de que la chica seguía tirada a sus pies. La droga había conseguido dormirla.

»Las noticias no ayudan —prosiguió, reanudando su monólogo—. ¿No te has fijado? Incitan a

hacer lo mismo que hago yo. Mira ese colega que hace unas semanas violó a sus tres hijas y a su mujer, aquí mismo, en Valencia. Me dirás que eso no es un reclamo en toda regla. La sociedad necesita creer en el bien y en el mal, en los justicieros y en los villanos. Por desgracia para ellos, vivimos en un mundo donde hacer el mal es un estilo de vida. Y qué quieres que te diga, viendo lo que hay por ahí suelto, yo no voy a ser ahora el niño bueno. A mí también me han convertido en lo que soy; yo no tengo la culpa. —Hizo una mueca de resignación al tiempo que negaba con la cabeza—. Nah. A veces pienso en que nos hacen algo para ser así. A lo mejor es algún influjo de la luna o de cualquier otro elemento que no vemos, por ejemplo los gobiernos. Tal vez adulteren el agua o el aire. Incluso la comida. Ya te digo: está todo tan corrompido que no es descabellado pensarlo. ¿Tú no lo crees? A lo mejor nos pervierten a través de las vacunas que nos ponen cuando nacemos, nos meten un gen modificado, una bacteria o un virus que afecta directamente al cerebro y nos convierte en lacra. Algunos no sucumben, pero es solo en apariencia; ponles en una situación límite y veremos qué hacen. ¿Que no matarían?, ¿que no violarían? Somos animales; nos mueve el instinto. Todos estamos condicionados. Pero ¿sabes qué es lo peor? Ser consciente de que haces daño y no poder hacer nada por evitarlo, incluso que llegue a darte igual. O que te guste.

»¿Sabes por qué maté a Elena? Para proteger a la ignorante de su madre. Por lo que he leído sobre el caso de ese otro tío, le hubieran quitado la custodia por «consentir» que su hija y yo tuviésemos un lío. ¿Y sabes qué hubiera pasado si le hago eso, bueno, si la ley le hubiera hecho eso? Que la hubieran matado. No en sentido literal, tú ya me entiendes.

»Pero no te preocupes, después de que acabe contigo he pensado que ella también sobra. Aunque me mantiene y me sirve para fornicar de vez en cuando, ya no es imprescindible. Por un lado el Estado me dará una pensión de viudedad y, por otro, su seguro de vida me acoquinará una buena morterada. Es un buen plan, ¿verdad? Por supuesto, tienen que pasar unos cuantos meses o años para no llamar la atención; no soy gilipollas. —Resopló de forma sonora al tiempo que cogía a Alba del suelo y la volvía a sentar en la silla. El movimiento la despertó—. Nuria lo ha permitido. Ella ha forzado que yo acabe así. Por eso Elena era tan promiscua. ¿De quién te crees si no que lo ha aprendido? Eso es pura genética.

»No respondes, ¿eh? —dijo pellizcándole un moflete—. Claro, no me extraña, estás bajo los efectos de la benzodiacepina. Me encanta ver la tele. ¿Tú sabes lo que se aprende viendo pelis, series y documentales? Es acojonante.

»En fin, ahora tengo que pensar qué hago contigo. Creo que te voy a llevar a una cabañita que hay cerca de donde me deshice de Elena. Sí, mujer, a un terreno que pertenecía a un tío mío que murió hace un par de años; que en paz descance. ¿Sabes lo mejor? Que allí no nos verá nadie. Tendremos absoluta intimidad. Pero tranquila, serás la primera en estrenarlo. No. A Elena no la maté allí. ¿Quieres que te cuente lo que pasó? Sí, por qué no. Tenemos tiempo.

»Ah, otra cosa antes de que se me olvide. Dime tu pin del móvil. Escríbelo o ponlo delante de mí para que lo vea. Vamos, espabila —la azuzó zarandeándola.

Como hipnotizada, Alba hizo amago de sacarse el móvil del bolsillo. Miguel acompañó sus movimientos. Con su mano debajo de la de ella —para evitar que no acabase el aparato contra el suelo—, esperó a que procediese a desbloquearlo. Aguardó con paciencia, sabiendo que la droga había mermado por completo su voluntad y ralentizado su coordinación. Ahora Alba era como un robot a las órdenes de un tarado. La observó y vio cómo, aun estando aletargada, conseguía escribir el patrón sin equivocarse. Su lentitud de movimientos le permitió anotarlo.

—Bendita droga —espetó jocoso.

»Muy bien, Damita Blanca, lo has hecho a las mil maravillas. Me servirá para escribir a tu

madre dentro de unas horas y decirle que estás bien, así me dará tiempo a hacer todo lo que debo.

»Sé que quieres saber cómo maté a tu amiguita, pero me temo que deberás esperar un rato. Primero cogeremos el coche e iremos a la finca de la que te hablaba.

»Venga, putita, ponte en pie.

El contenido de la galería

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

Tras abandonar el domicilio de Alba Sierra, el tiempo pareció acelerar su habitual curso. Los minutos se sucedieron apresurados haciéndome perder la noción del mismo. Cuando me quise dar cuenta llevábamos allí tres horas, subiendo, bajando, registrando el piso, requisando aparatos, discutiendo con el comisario, hablando con el médico forense... Leí la dichosa nota de despedida cinco veces, hubo frases que mi mente había conseguido memorizar: «Nunca he sentido que las estuviese haciendo daño», «Ellas querían. Les gustaba», «Tengo la conciencia tranquila».

En varias ocasiones perdí de vista a mi compañera. Pero ya no me preocupaba, al fin estaba consiguiendo trabajar con ella como lo hice anteriormente con el resto de mis compañeros: con normalidad.

Me encontraba solo cuando recibí una llamada de la comisaría que de nuevo trastocaría mis esquemas mentales.

—Dime —contesté nada más descolgar.

—Tengo que enseñaros algo, es urgente —respondió Alonso al otro lado del auricular.

—De qué se trata.

—Hemos accedido a la galería de fotos del móvil de Elena Pascual Molina. Creo que querréis ver sus archivos lo antes posible.

—¿Qué has encontrado?

—Qué no he encontrado: vídeos con fotos provocativas, un vídeo de ella liándose con una chica, otro con un tío mayor que ella...

—Vale, de acuerdo —le corté—. Vamos para allá.

Colgué y me quedé varios segundos mirando la pantalla de mi móvil.

«¿Qué cojones...? Joder. —No sé por qué aquella información me cabreó.»

Anduve en busca de mi compañera. La encontré junto a un par de agentes del equipo forense. No quise acercarme demasiado. A varios metros, la llamé vociferando su nombre. Al parecer no alcé la voz lo suficiente: me costó tres intentos hacerme oír.

Cuando al fin se giró, le hice una señal con la mano para que viniese hasta donde yo me encontraba.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos. Me ha llamado Alonso: ha conseguido entrar en el móvil de Elena.

—¿Tenemos los mensajes?

—No. Las imágenes.

Arrugó el ceño como si tratase de adivinar el contenido, sin embargo, no dijo nada, no preguntó si yo estaba al tanto de algo que ella aún no supiese. Dio media vuelta y se dirigió a paso ligero

hacia el coche al tiempo que sacaba las llaves de uno de sus bolsillos. Yo seguí su estela sin dilación, como si fuese el guardaespaldas de la protagonista de una novela rosa. Adivinando su intención de querer conducir hasta la comisaría, fui bifurcando mi camino en dirección al asiento del copiloto.

Junto a mí, volvía a viajar aquella compañera muda que escasas horas antes me había confesado el motivo de su silencio. Sin embargo, su mirada era distinta. Se la percibía pensativa, inquieta; también su forma de conducir fue más violenta que de costumbre.

En mi mente no cabía otra cosa más que tratar de entender cómo una chica de quince años podía guardar esos vídeos en su móvil, cómo podía ser ella la protagonista. ¿Había disfrutado? ¿La habían extorsionado o amenazado de alguna forma? No era la primera vez que veía imágenes subidas de tono en algunos dispositivos de menores; pornografía, sobre todo. También sabíamos de la existencia y el peligro del sexting^[1]. Pero si lo que me había adelantado Alonso era igual a lo que mi mente estaba imaginando, estábamos hablando de palabras mayores.

No quise decir nada a mi compañera para no envenenarla con mis suspicacias. Prefería que ambos lo viésemos con nuestros propios ojos; suficiente había especulado yo ya.

Llegamos a la comisaría en tiempo record.

—Vamos —me acució.

La seguí sin rechistar. Al llegar a la oficina fuimos directos a la mesa de Alonso: no se encontraba en su sitio.

—No me jodas, ¿se ha ido? —espetó Aines resignada.

—Tranquila, tiene que estar por aquí. Le dije que vendríamos.

Se giró y me miró fijamente a los ojos. Se acercó un par de pasos hasta ponerse a escasos centímetros de mi rostro.

—Tengo un mal presentimiento —me susurró.

Sus palabras me cortaron el hálito por un instante. Yo entendía de malos presentimientos. La primera vez que mi ex me puso los cuernos tuve uno de los más desagradables que he soportado en mi vida. Tan desagradable y certero que en el mismo instante en que lo tuve, la llamé: se estaba liando por primera vez con su actual marido; aunque eso no lo supe hasta demasiados meses más tarde.

—¡Eh, pareja! —gritó Alonso desde el otro lado de la sala. La mitad de los compañeros y nosotros nos giramos. Nos hizo un gesto con la mano para que le esperásemos.

Sentí cómo Aines suspiraba impaciente.

Quise tranquilizarla, decirle que todo saldría bien, pero mis labios no articularon palabra alguna.

—Ya estoy con vosotros —anunció nuestro compañero un par de minutos más tarde—. Venid. —Nos dirigió hasta un despacho vacío. Allí tenía un ordenador portátil. Se sentó enfrente y tecleó la contraseña. Mientras lo manejaba, Aines se sentó a su lado. Yo permanecí de pie, a sus espaldas. No le hizo falta buscar mucho. Ante nosotros se mostraron varias carpetas—. ¿Por dónde queréis que empiece?

—¿Qué tienes?

—Eh... —vaciló antes de contestar. Creo que no soltó un «lo que le he dicho a Yago cuando le he llamado», para no generar tensión entre nosotros—. Hay fotos y vídeos.

—Empieza por las fotos —solicitó Aines.

—¿Sabéis qué? Mejor os servís vosotros mismos. Estas cuatro son las carpetas que he podido recuperar de su móvil. Estoy estudiando el origen del contenido. Hay ficheros que no han sido grabados desde su móvil, sino que han sido creados con otros dispositivos electrónicos y luego se

han enviado al móvil. Os lo digo porque puede que os interese. En fin —dijo poniéndose en pie—, aquí tenéis el material. No necesito volver a verlo.

—Gracias —le dije antes de que se marchara. Aines ya estaba abriendo la primera carpeta.

—Siéntate —me solicitó—, me pone nerviosa que estés ahí detrás.

Obedecí.

Según me senté, comenzó a pasar las fotos sin recrearse demasiado en ninguna. Hasta que llegó a las que me mencionó por teléfono Alonso.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó asqueada.

Ante nosotros teníamos una larga sucesión de selfies de Elena con su padre. Primero empezaron siendo las típicas posturitas pueriles, muecas y risas. Pero la inocencia de las primeras estampas dio paso a la provocación, la lascivia y la depravación: la lengua del padre en la cara de su hija y esta con cara de salida; sus dos lenguas tocándose; el padre sin camiseta; Elena en sujetador; Elena empezando un recorrido descendente con su lengua desde el pecho de su padre hasta el vello púbico...

—Basta. Tengo suficiente —dijo Aines. Observé a mi compañera: evitaba mirar la pantalla—. ¿Qué significa esto, que la que nos creíamos que era una niña inocente y casta en verdad era una depravada? ¡Joder, ese es su puto padre! —expuso encolerizada alzando la voz.

—Padrastro —apunté sin intención de tocarle las narices.

—¿Acaso hay diferencia? —replicó airada. Parecía sentirse traicionada, algo semejante a como me sentí yo minutos antes cuando Alonso me advirtió de lo que nos íbamos a encontrar—. Era una maldita cría de quince años, joder. Y él llevaba criándola desde que tenía cinco. Desde que tuvo uso de razón estuvo con él; ella lo ha vivido como si fuese su único y verdadero padre. —Agachó la cabeza pensativa, negando y masajeándose con las yemas de los dedos el cuero cabelludo que nacía en la parte donde acababa su frente—. Mi hermana tiene dos hijos: un niño y una niña. Se divorció hace tres años y ahora está casada con otro tío. ¿Tú sabes lo que es imaginar que les pueda pasar algo así a tus hijos o a tus sobrinos? No me cabe en la cabeza, de verdad. ¿Acaso lo habían hecho antes? ¿La tocó o violó siendo más pequeña? ¿Acaso ella lo veía como algo normal? ¿Y qué pasa, que la madre no lo veía? No lo entiendo, te lo juro. No lo entiendo.

—Tranquila, Aines. No pienses cosas raras. Estas cosas no suelen suceder.

—Está el mundo loco —replicó afectada.

—Es solo una pequeña parte de la sociedad la que está enferma.

—No sé si es tan pequeña.

—Sí. Créeme. El problema es que hacen mucho ruido.

—Ya.

—Entiendo tu frustración, tu rabia, tu miedo..., pero tenemos que terminar de ver esta mierda. Necesitamos saber si tenemos alguna prueba de peso con la que poder enchironar a ese hijo de puta.

Asintió.

Terminamos de ver las fotografías. Luego pasamos a los vídeos; muchos eran de chorradas. Según los abríamos los cerrábamos.

—Busca por tamaño —sugirió Aines.

—Buena idea. Recoloqué la carpeta.

—Mira, hay varios que ocupan mucho.

—Sí. Empecemos con este, que es el que más pesa.

Duraba más de media hora. En él salía Elena y Alba. Vimos el comienzo, en el que Elena confesaba que iba a grabarlas manteniendo relaciones, como si fuese a gastarles una broma o a

darle una sorpresa a su amiga, novia o lo que fuesen. Luego una discusión de nueve minutos en la que buscaban información y leían acerca de las leyendas espirituales de la Dama Blanca. El tiempo en el que las chicas practicaban sexo lo fuimos pasando. Con esta grabación se confirmaba el testimonio de Alba en el que aseguraba mantener una relación íntima con Elena. Vimos los últimos segundos de grabación donde se las veía tumbadas sobre la cama, una abrazada a la otra. Se cortaba de repente.

—Seguro que se le acabó la batería o el espacio libre de la memoria —aventuró Aines.

—Sí, tiene toda la pinta.

—¿Otro?

—Sí. Este, por ejemplo.

Resolló antes de contestarme con un «vale» cargado de resignación.

Pinché en el icono dando inicio al siguiente vídeo. Lo protagonizaban Elena y su padre. El contenido: más de lo mismo o, mejor dicho, parecía la continuación a los selfies subidos de tono, depravados y enfermizos que nos sirvieron de indigesto aperitivo minutos antes. El vídeo fue mucho peor. En esta ocasión, no solo se le puso mal cuerpo a mi compañera; yo estuve a punto de echar la bilis que me revolvía las tripas, y no era para menos: el padre la aleccionaba como un profesor a una alumna en una clase práctica, solo que en esta ocasión, la materia era puramente sexual. Hubo varias escenas en las que, de soslayo, aprecié cómo mi compañera apartaba la mirada, como si estuviese viendo la mejor película de terror de la historia.

—He tenido suficiente —le dije, deteniendo la reproducción.

—Aún faltan varios minutos, ¿no?

—Sí, pero —dije adelantándolo varias veces; el escenario y los protagonistas siempre eran ellos en distintas posturas—, es más de lo mismo. Pongo otro.

—Por mí estupendo. Me gustaría saber si también tiene algún vídeo con Adrien Berguer.

Abrimos los que faltaban; los «vimos» acelerando las imágenes y pasando fragmentos enteros. De Berguer tan solo encontramos varias decenas de fotos suyas en pelotas, en distintos ángulos, planos y distancias. Se las debió intercambiar con Elena a cambio de las que ella guardaba de sí misma en la misma línea pornográfica.

—Creo que con esto tenemos suficiente, ¿no te parece? —me preguntó Aines.

—Espera. Tengo que ver algo.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas del día de la desaparición de Elena, de lo que dijo Alba, que la había llevado a casa y la vio subir las escaleras?

—Sí.

—¿Recuerdas que el engendro de su padrastro aseguró no haberla visto? Quiero ver si hay algún archivo con contenido X del día de su desaparición.

Asintió pensativa.

Llevé la vista a la pantalla y busqué entre los archivos. Y allí estaba el vídeo que ya habíamos visto de Elena y su padre, con fecha de creación: 14 de septiembre de 2019, a las 21:53.

—Eso corresponde al día que desapareció. ¡Estuvo en casa! ¡Estuvo con él! ¡Me cago en la puta! —chilló Aines al tiempo que se ponía de pie con un movimiento brusco y provocaba que se cayese la silla contra el suelo—. Salió apresurada hacia la puerta del despacho, la abrió y desde el umbral llamó a Alonso. Nuestro compañero acudió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tenéis algo?

—Dínoslo tú —solicitó Aines arrastrándole hasta el ordenador—. ¿Esa fecha es correcta? ¿Puede estar alterada por algún motivo?

—Voy. —Se sentó junto a mí y se puso a inspeccionar. Abrió y cerró varias carpetas, varios ficheros... —A ver. La fecha original del vídeo es el 14 de septiembre de 2019. La hora de la creación, las 21:32.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Sí, segurísimo. Ese video se grabó en otro dispositivo. Es lo que os he comentado antes. ¿Veis? Estos números son distintos a estos —dijo señalando varios «códigos»—. Bueno, olvidadlo, son cosas técnicas. El caso es que el vídeo se grabó en otro móvil o en una tablet. Incluso, a juzgar por el tamaño y la calidad del vídeo, me declino por pensar que fue grabado en una cámara de vídeo, y que luego llegó al móvil de Elena, seguramente por Whatsapp o Messenger. Así que la hora de la creación es la que os he...

—Nos vamos —dije poniéndome en pie y dejándole con la palabra en la boca. Aines me miró con ansiedad y expectación, como un perro que acaba de ver a su amo con comida—. Miguel Castillo es el asesino de Elena.

A contrarreloj

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

Abandonamos la comisaría como alma que lleva al Diablo.

—Conduce tú —me pidió Aines según nos aproximábamos al coche. Era la primera vez que la veía tan nerviosa—. Yo llamaré al comisario para decirle que nos disponemos a detener a Miguel Castillo por el asesinato de Elena.

—Perfecto. Este ya no se nos escapa —dije cerrando mi puerta.

—Sí, aunque sigo teniendo un mal presentimiento.

Miré la hora en el reloj del salpicadero: las 19:44.

«Joder, cómo pasa el tiempo.»

—¿Qué mal presentimiento?

—Aún no sabemos si la mató o no, aunque todo apunta a que sí. Él es el sospechoso número uno. Los demás no cuadran; uno incluso está muerto. Y, me viene Alba a la cabeza.

—¿Qué pasa con Alba?

—¿Tú no crees que pudo ser ella, o, que lo pudieran hacer entre los dos?

—¿Alba? ¿Con qué móvil? ¿Por despecho? No, francamente, no lo creo. Sin embargo, Miguel sí cuadra con el perfil que tracé del asesino.

—Pues si no crees que Alba haya tenido nada que ver, cosa que yo tampoco... No sé cómo decirlo —dijo atropellada y titubeante, como si le diera miedo exponer lo que pasaba por su mente.

—Vamos. Dilo.

—Creo que la siguiente es ella.

Me quedé pensativo, paralizado durante unas breves fracciones de segundo en las que mi mente reprodujo varias frases de Alba durante nuestra visita a su casa: «Tenían una relación muy rara», «A veces me pone nerviosa, no me gusta cómo me mira», «Parece que quisiera intimidarte con la mirada, como si estuviera ido». Aquello que pensé que era una posible estrategia para desviar nuestra atención, quizá fue la pista que buscábamos.

—Llámalas al móvil —solicité, contagiado por el mal palpito de mi compañera.

Obediente, buscó su móvil y marcó. Se llevó el aparato a la oreja sin perder nuestro contacto visual. Mientras los tonos resonaban más allá del tímpano de mi compañera, puse en marcha el coche. Oí cómo se cortaba la llamada.

»Inténtalo con el de Miguel. —El resultado fue idéntico.

Un escalofrío me recorrió la nuca y el cuero cabelludo.

«Me cago en la puta.»

»Llama al comisario y ponle al tanto de lo que hemos estado hablando, lo que hemos visto en los vídeos..., todo. Puede que tengas razón —dije sin perder de vista la carretera. De soslayo, vi cómo mi compañera procedía a corresponder mi petición—. Dile que estamos de camino a la casa

de Miguel Castillo. Ah, y pídele que nos consiga una autorización para rastrear la localización geográfica de ambos móviles.

—Vale, aunque no creo que nos las dé.

—Lo sé, pero tenemos que intentarlo.

Conduje con la mente ocupada tanto en mis pensamientos como en la voz de mi compañera poniendo al tanto al comisario.

«Hijo de puta perturbado. ¿Y no hemos sido capaces de verlo antes?

»¿La madre estará en el ajo? No será el primer matrimonio que secuestra a mujeres jóvenes y las mata. El más reciente, que yo sepa, fue el que llevaron a cabo un matrimonio mexicano de Ecatepec. Encontraron varias cubetas con restos humanos mezclados con cemento. También restos en los congeladores de sus dos domicilios. Les acusaron de, al menos, el asesinato de diez mujeres. Aunque no son los únicos. —Hice un alto en mis divagues para escuchar a mi compañera: «No, no estamos seguros al cien por cien, pero...». El comisario debió interrumpirla. «Nos vendría muy bien, señor. Además, como poco, se le podría acusar de pederastia; la chica no tenía la edad de consentimiento». Hubo un largo silencio que me invitó a regresar a mis reflexiones—. No creo que la Señora Molina esté en el ajo, la verdad. No, francamente, no lo creo.»

—Estamos llegando —informé a Aines, tomando la calle que daba al domicilio del matrimonio.

—Estamos en la puerta, señor —anunció Aines a su interlocutor telefónico—. Sí. Le avisaremos. —Colgó en el mismo instante en que yo ponía el freno de mano.

—Vamos —dije abriendo la puerta y saliendo del coche. Anduve hacia el portal dando por hecho que mi compañera me seguía de cerca. No tardó en ponerse a mi lado.

Llamó al portero automático.

No contestó nadie.

Insistió apretando el botón como si se hubiera quedado pegada a él, como el cuerpo de un preso de Auschwitz enganchado a la alambrada electrificada.

Siguieron sin contestar.

—No están —evidenció Aines destilando inquietud en cada uno de sus movimientos y palabras—. ¿Y si llamamos a Nuria al móvil?

—No, podría ponerle sobre aviso. Necesitamos la ubicación satélite de su puto móvil, joder —respondí encolerizado—. El comisario te ha dicho que no, ¿verdad?

—Sí. Que no tenemos suficientes pruebas.

—Regresemos al coche —le dije haciendo un movimiento con la cabeza.

—¿Qué estás pensando?

—Que voy a hablar con él. Déjame tú teléfono.

Lo sacó y buscó el número.

—Ya he marcado —dijo al tiempo que me lo entregaba. Subí al vehículo mientras con cada tono se alteraban más mis nervios.

—Qué ha pasado —contestó el comisario al otro lado del teléfono.

—Soy Yago.

—Ah, Yago. Dime.

—No hay nadie en el domicilio. ¿Qué propone, jefe?

Se hizo un silencio.

—Habrá que esperar a que aparezca.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—No podemos hacer nada, Yago. El juez no nos va a dar permiso para rastrear la localización GPS de su móvil.

—No necesitamos el permiso de ningún juez, comisario. No le estoy pidiendo descifrar sus mensajes ni que nos dé un listado de llamadas, le estoy pidiendo única y exclusivamente su ubicación geográfica, que rastree su puto móvil. Tengo fundamentos para pensar que pueda estar cometiendo otro delito, que la integridad de otra chica esté en peligro. —Singularicé para no meter a mi compañera en un compromiso.

—¿En qué te basas para lanzar esas especulaciones? Vamos, te escucho —requirió desafiante.

—Está bien. Reconozco que no sé qué cojones estará haciendo ahora mismo. Tal vez esté en el gimnasio o fichando a su próxima víctima en el parque que hay al lado de su casa, pero siendo el principal sospechoso del asesinato de Elena Pascual Molina, habrá que tenerle localizado cuanto antes, ¿no le parece? ¿Usted ha escuchado con atención lo que se ha encontrado en el móvil de la chica? ¿A oído a mi compañera lo que le ha explicado de que el muy hijo de perra se acostó con su propia hija, que grabó toda la escenita en su móvil? ¡Ha estado mintiéndonos desde el principio, joder! ¿Usted sabe lo que podría hacer, si no lo ha hecho ya, con ese material? No me fastidie, hombre, es un maldito pederasta, y lo peor es que además, como le digo, sospechamos de que pueda ser un puto asesino. Si nos relajamos podría actuar otra vez, o fugarse —exageré en lo segundo; realmente no creía que fuera una de sus opciones más inmediatas, a no ser que temiese ser descubierto—. Tenemos que dar con su paradero, cuanto antes. ¿Y si estuviese cargándose a otra chica? Usted tiene hijas, ¿no? ¿De doce, catorce años? ¿Y si el próximo blanco fuera una de ellas, jefe? Estoy seguro de que no podría volver a mirarse al espejo.

Sábado

Sábado, 14 de septiembre de 2019

—Mándale un mensaje a tu amiguito. Dile que hoy te quedas en casa, que no te encuentras bien —ordenó Miguel.

—No. No le voy a mandar ningún mensaje. —Elena dio media vuelta con intención de ir a su habitación para arreglarse.

—¿Qué quieres decir?

—Jah... —Emitió un quejido con actitud de superioridad al tiempo que vacilaba sobre cómo contestarle para convencerle sin tener que entrar en una disputa o aguantar sus sermones carentes de sentido—. Pues eso, que no le voy a mandar ningún mensaje —dijo confiada, poniéndose en pie y dándole la espalda. Miguel contempló su cuerpo desnudo, la siguió con la mirada mientras esta recogía la ropa que había quedado esparcida por la habitación.

—Me estás provocando, ¿verdad? —preguntó abandonando la cama y yendo tras ella. La sujetó por la muñeca reclamando su atención.

—¿Provocando? No.

—Pues vuelve a la cama.

Le miró a los ojos desconcertada.

«¿En serio? —pensó sin poder reprimir una sonrisita de prepotencia.»

—¿Qué pretendes, que me quede aquí toda la noche, que le dé plantón a mi novio para estar contigo?

Miguel la miró arrugando el ceño. Su expresión de deseo y afecto mutó a la seriedad.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Te digo que voy a terminar de arreglarme. En media hora habrá venido Adrien a buscarme. —Hizo amago de zafarse para seguir recogiendo sus cosas, pero Miguel la sujetó con más fuerza para impedirselo.

—No te vas a ir.

—¿Qué haces? Suéltame —le ordenó tajante.

Clavó su mirada en la suya.

—¿No quieres que mantengamos una relación?

—¿Hola? ¿Y qué pasa con mi madre?

—¿Qué pasa con ella? No se enteraría.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Por qué no?

—En realidad, lo justo sería que le dijeras que te ponen cachondo las jovencitas como yo. Y que te vas fornicando a toda la que cae en tus garras. Seguro que en el gimnasio te has cepillado a más de una guarra.

—Guarra como tú, dices.

—No. Lo mío es un trato especial de padre e hija; como en la antigüedad, que no había miramientos de quién fornicaba con quién. Además, se pueden considerar clases prácticas para

que no haga el ridículo con mi novio.

—Creo que tienes un problema —le contestó con desprecio.

—Le dijo la sartén al cazo... —replicó irónica—. ¿Te has visto? Estás en pelotas, en el dormitorio que compartes con mi madre y acabas de follarte a su hija. No me hables de problemas. —Sonriente, hizo una pausa antes de seguir; él la observaba ocultando la ira que empezaba a corroer sus entrañas—. Díselo a mi madre y tal vez vuelva a follar contigo. Es lo único que puedo ofrecerte. Pero solo una vez, a modo de despedida; recuerda que tengo novio. Y ahora —dijo dando un tirón seco para zafarse de la sujeción de su padrastra—, suéltame, tengo que arreglarme y fingir que sigo siendo virgen.

Cogió la última prenda que permanecía en el suelo y se fue de la habitación contoneando su cuerpo desnudo mientras Miguel la observaba alejarse.

—No puedes irte —dijo elevando el tono para que le oyese.

—Si me prohíbes que me vaya se lo diré a mi madre —replicó parándose en mitad del pasillo—. Sabes que lo haría, así que déjate ya de tonterías.

Continuó andando hasta llegar a su habitación. Abrió el armario y preparó un conjunto provocativo que ponerse. Luego, buscó en el cajón de la mesilla la ropa interior que se pondría para la ocasión. Lo dejó todo encima de la cama.

«Será mejor que me dé una ducha. No quiero ir atufando a semen de otro tío.»

Mientras ella entraba en el cuarto de baño, Miguel fue a la cocina. En su mano llevaba varias cápsulas de benzodiacepina. Abrió un refresco de cola y vació su contenido en un vaso. A continuación vertió la droga, lo removió y fue en busca de Elena.

Al llegar al cuarto de baño la puerta estaba cerrada.

Dio un par de golpes suaves.

—¿¡Qué!? —vociferó ella desde el otro lado.

—¿Puedes abrir un momento?

—¿Qué quieres ahora? Tengo prisa.

—Lo sé, es solo un momento. Me gustaría disculparme.

Abrió la puerta. El agua corría. Al abrir se le fue la vista al refresco.

—Toma, es para ti —dijo Miguel ofreciéndoselo—. Después del desgaste físico, te vendrá bien. Tómalo como una forma de pedirte disculpas. Tienes toda la razón. —Elena observó su rostro unos instantes antes de coger el vaso. Trataba de leer en sus ojos cuánta verdad había en sus palabras, si escondía algo. Luego, cogió el vaso y se lo llevó a la boca—. Está bien fría, como a ti te gusta.

Bebió varios tragos. Parecía estar sedienta.

—Disculpas aceptadas. Tengo que ducharme —zanjó dándole la espalda. Dejó el vaso sobre la encimera del lavabo.

—Yo me lo bebería antes de que se caliente.

—Sí. Gracias. —Se inclinó esperando que Miguel le diera un beso en los labios. Este le siguió el juego, se agachó y la besó—. Ahora, vete. Tengo que ducharme.

—Sí, tranquila, te dejo que te duches. —Retrocedió varios pasos mientras seguía observándola.

«Te crees muy lista, ¿verdad?».

Elena no se molestó en cerrar la puerta; le gustaba provocarle.

Miguel decidió alejarse.

Anduvo por el pasillo un par de metros.

Paró.

Desde ahí ella no podía verle, pero él sí podía intuir cada uno de sus movimientos. Oyó cómo cogía el vaso, bebía de él y lo soltaba una vez más en la encimera; luego, cómo recorría la mampara para iniciar su ducha. Sabía que el efecto de aquella droga, y más en esas cantidades, sería inmediato. Percibió cómo el sonido del agua cambiaba al entrar en contacto con la piel de su hijastra. Desanduvo los escasos metros que le distanciaban del cuarto de baño y permaneció junto al marco de la puerta, apoyado contra la pared, atento a cualquier señal que le indicase que era el momento de asegurar su silencio.

Su mirada se perdió en la rugosa textura de la pared que tenía enfrente. Con la cabeza apoyada contra la que le sostenía, reflexionaba en el acto que estaba a punto de llevar a cabo.

«Lo siento mucho, pero no me dejas otra opción.

»No. De contárselo a tu madre sería mi fin. Me denunciaría. Me acusarían de abusos a menores; me caerían unos cuantos años de cárcel.

»No estoy dispuesto a sufrir por una niña fresca y perturbada.

»Me ha amenazado. La muy puta ha tenido el descaro de amenazarme. No se lo voy a consentir. Ella se lo ha buscado. Yo no tengo la culpa.

»Aunque no sé de qué me sorprende. Tenía que haberlo visto venir.»

Se asomó para comprobar en qué estado se encontraba.

—¿Te lo has bebido ya todo? —preguntó, disimulando mientras entraba en el cuarto de baño. A través de la mampara comprobó que se encontraba en cuclillas, abrazándose las extremidades inferiores con la cara escondida entre sus piernas. El pelo lo llevaba recogido en un moño para no mojárselo. No se movía. Recibía el impacto del agua sobre su espalda y su cuello. Las gotas rompían contra su anatomía con tanta violencia que alcanzaban su cuero cabelludo, generando un recorrido descendente desde su nuca hasta las mandíbulas y el mentón, y con ello, una cascada intermitente que se fundía con el charco que se acumulaba a sus pies—. Elena. ¿Te encuentras bien?

—Estoy mareada —dijo en un hilo de voz.

Miguel se sonrió.

El caserón

Jueves, 19 de septiembre de 2019

Alba reposaba semiinconsciente sobre el arenoso suelo del caserón al que Miguel la había llevado. Tumbada bocarriba, su inconsciente luchaba con todas sus fuerzas por tratar de salir de ese difuso estado de ensoñación del que no podía desprenderse. Sus extremidades se habían vuelto pesadas, inservibles. La aridez de su boca y su garganta eran la muda expresión de su miedo. Sus ojos, portavoces de su alma, brillaban de impotencia. Si su consciencia hubiera estado intacta, habría visto pasar los minutos a través de la parcial estructura que cubría parte del techo desquebrajado, viejo y semiderruido de aquel viejo caserón. Pero no, su atención no podía centrarse en mirar alrededor, pues sus sentidos solo podían ocuparse de mantenerla con vida. Ni siquiera pudo apreciar el olor a humedad y a polvo que la rodeaba, tampoco el tacto de su cuerpo desnudo contra la arena y la madera carcomida que la sostenía; desde hacía tiempo, los bichos habían hecho de ella su nido.

Ocupaban el espacio que algún día tuvo que servir de eje central de aquel lugar: una habitación grande, de más de veinticinco metros cuadrados, pero en condiciones ruinosas, con las paredes enmohecidas y la pintura agrietada. En un extremo de la sala quedaban los escombros de una chimenea echada abajo y, llenando el espacio restante, varias sillas de madera hinchadas y podridas a causa de la humedad de los fríos inviernos al raso.

—Hemos tenido suerte de que nadie nos viese salir, ¿no te parece? —le preguntó Miguel mientras la contemplaba a varios metros de distancia, sentado en una de las sillas.

»¿Qué te ha parecido la historia que te he contado? —preguntó poniéndose en pie y acercándose a ella. Se acuclilló a la altura de su cabeza y comenzó a peinar su larga cabellera libre ahora de goma y horquillas—. No me hablas, ¿eh? Debes estar cansada. Bueno, te contaré el final. Aunque fue algo verdaderamente rápido, así que iré al grano: la asfixié.

»Sí, sabía que el efecto de la droga se le terminaría pasando y, no iba a correr el riesgo de que se lo dijese a su madre o a cualquier otra persona. Le serví un refresco igual que a ti, con la misma droga. Se la bebió justo antes de entrar en la ducha. La muy imbécil pensaba que esa noche follaría con el asqueroso de su novio. Y el resto te lo imaginas, ¿no? Cuando el fármaco le hizo efecto, la asfixie, la subí al coche y la tiré al arrozal. Sencillo, ¿verdad?

»Es una pena que no tengas fuerzas para contestarme. Aunque lo que realmente me da pena es que te haya afectado tanto la droga. Joder, antes parecías una muerta; ni siquiera has emitido un triste gemido. —Se sonrió de medio lado al recordar sus relaciones con Elena.

»Aunque para gemidos los de la perra de tu amiga. Esa sí que chillaba de placer. —Se le escapó una carcajada al tiempo que se incorporaba. Anduvo a un extremo de la sala y cogió un bidón de cinco litros de agua—. Lo disfruté. Vaya que si lo hizo. Le gustó mucho. Pero tú... Joder, estabas más frígida de lo que imaginaba. Por eso estoy esperando a ver si te espabilas un poco y te vuelves más colaboradora. Pero ¿sabes qué? —dijo quitando el tapón al bidón—. Nunca me ha gustado esperar. —Ayudándose de las dos manos, empezó a derramarle el agua por la cara. El líquido entró por su boca y por su nariz haciendo que sus instintos trataran de evitar que muriese

ahogada. Tragó varias bocanadas de agua antes de poder girar el rostro hacia un costado. Instintivamente, tosió de forma desesperada provocando que su cuerpo diese fuertes sacudidas. Miguel paró y observó el resultado—. ¿Estás mejor? —preguntó sarcástico—. ¿Colaborarás? Creo que contigo he aprendido que a la siguiente la drogaré menos. —La observó de arriba abajo con perversión—. Hace calor, ¿verdad? No quiero hacerte padecer. —Una vez más, volcó la garrafa del agua sobre ella. Empezó por la cara y fue descendiendo por su cuerpo, recreándose en cada palmo recorrido, observando el brillo de su piel mojada, sus pezones marcados. La excitación se apoderaba de sus intenciones. A causa del estímulo y las horas pasadas, Alba empezaba a tener ligeros episodios de lucidez. Sin embargo, seguía sin poder moverse, sin poder articular palabra, tan solo unos leves quejidos—. Bien, bien. Ya empiezas a gemir, ¿eh? Te pone cachonda que te moje, ¿verdad?

Dejó la garrafa en el suelo y se desvistió por segunda vez. Para asegurarse de no dejar sus fluidos orgánicos en el cuerpo de Alba, una vez más, se puso un preservativo.

No tuvo necesidad de sujetarla; se situó sobre ella y comenzó a violarla.

Esa segunda agresión le llevó más tiempo que la anterior. Le hablaba constantemente, le susurraba cualquier insulto que le venía a la cabeza. Recordó la relación que tuvo con Elena y, fue entonces, pensando en ella, recordando su descaro, sus provocaciones y sus gemidos, cuando consiguió eyacular.

Satisfecho, se puso en pie. Se quitó la protección y la tiró en una bolsa de basura. Luego, con un poco de agua, se limpió el barro que había manchado sus piernas.

—Ahora te toca a ti —dijo acercándose a ella. Ayudado de una silla, la dobló como a una muñeca de goma alzando su cadera por encima de su cabeza, como a un bebé cuando le vas a cambiar el pañal. Abriéndola de piernas le introdujo con un embudo el agua que quedaba aún en la garrafa. El líquido caía a borbotones por su pubis y su espalda. La chica trató de revolverse, pero seguía debilitada—. Tranquila. Ya queda poco. —Cuando consideró oportuno, dejó de anegar su vagina y la incorporó hasta ponerla de pie haciendo que le saliese todo el líquido—. Siéntate aquí —dijo acercándola a una silla que había cubierto con un plástico, no para evitar que su trasero desnudo entrase en contacto con la podredumbre, sino para protegerse de dejar huellas—. Ha llegado el momento de poner fin a esto. Es hora de que te reúnas con tu amiguita.

Coordenadas

Yago Reyes

Jueves, 19 de septiembre de 2019

Le metí el dedo en la llaga; supe dónde encontrar su punto débil y lo aproveché hasta hacerle reaccionar. Mi tono fue hostil, tajante y airado, pero conseguí lo que necesitábamos, o mejor dicho, conseguí lo que era normal en un caso tan claro. Nunca entendí sus reticencias iniciales.

—Tienes razón. Dame cinco minutos. Hablaré con tus compañeros —me respondió el comisario después de un dilatado silencio.

—Gracias, señor.

Me colgó.

—¿Crees que lo pillaremos, que ahora mismo pueda estar llevando a cabo otro abuso? —me preguntó Aines después de verme bajar el móvil y reposarlo en mi regazo.

—No lo sé —contesté con sinceridad—, por eso quiero conocer su ubicación. —Aines apoyó la nuca contra el reposacabezas de su asiento; seguía estando nerviosa—. Estoy seguro de que es él, pero aparte del vídeo y de las fotos, necesitamos algo que le incrimine con el asesinato de Elena; tal vez sacarle una confesión. Aunque no parece tener el perfil de ser de los que se arrepiente.

—¿Crees que acabaría convirtiéndose en un asesino en serie?

—Francamente, si le diéramos tiempo, sí. Creo que le ha encontrado el gusto a matar, que se siente superior a nosotros, que cree que puede hacer lo que le dé la gana sin que los demás se enteren. Y la prueba la tiene en su mujer. Ha conseguido mantener una relación íntima con su hija sin que ella ni siquiera sospeche. No entiendo cómo ha podido engañarla de ese modo.

—Tal vez ella también tuviese un problema, una especie de complejo de Electra, pero más que por presencia por ausencia —divagó mi compañera.

—¿De quién hablas, de la madre?

—No. Hablo de Elena.

—Pues no te entiendo.

—El complejo de Electra es la versión femenina del complejo de Edipo. Es decir, una atracción ciega, no sana y sin resolver de la niña hacia el padre. Sin embargo, yo tengo la teoría de que ese amor que se siente por el padre y que no se ha sanado, puede dar un paso más allá si en un momento determinado de la infancia de la niña esta se queda sin su progenitor. Es decir, lo que le pasó a Elena. Con cinco años perdió a su padre y desde ese momento su subconsciente ha estado buscando cubrir ese espacio. La mayoría de las mujeres jóvenes que acaban con hombres mucho mayores que ellas, con una diferencia de edad considerable —vamos, que podrían ser sus padres—, es debido a esto, a que perdieron a sus padres siendo niñas —en sentido literal o figurado— y durante el resto de su vida buscan cubrir ese vacío.

—¿De dónde te has sacado todo eso?

—Lo leí hace tiempo en una revista de psicología.

—En cualqu... —El sonido del móvil me dejó con la palabra en la boca. Descolgué—. ¿Sí?

—Os están mandando un mensaje con las coordenadas de la ubicación GPS del móvil de Miguel Castillo.

—Perfecto.

—Mantenedme al tanto.

—Siempre.

Colgué y le devolví el móvil a mi compañera.

—¿Le has escuchado? —pregunté.

—Sí. —Contestó con la mirada clavada en la pantalla del móvil—. Aquí está —anunció inquieta. Me pareció verle temblar el pulso. Abrió el mensaje y pinchó en la ubicación GPS. Ante nosotros se abrió un plano por satélite que a ambos nos resultó demasiado familiar—. Esto es...

—Joder, ¿es el mismo sitio donde se halló el móvil y el cuerpo de Elena? Parece el mismo plano que me enseñaste cuando revisaste el expediente por desaparición.

—Sí. Y tanto que lo parece. —Miró la zona moviendo el mapa con el dedo—. Lo comprobaré. Tengo guardadas las coordenadas exactas de aquel plano.

Me alegré de tener una compañera astuta y precavida. Rebuscó en su móvil hasta dar con ellas.

—Mira. Las anteriores eran 39°08'59.9"N 0°16'45.4"W, y las de ahora 39.149947, -0.294440. Ambas pertenecen a Cullera, Valencia.

—Comprueba cuánta distancia hay de un lugar a otro.

—Sí. —En cuestión de segundos halló la respuesta—. ¿En serio? No hay ni un minuto en coche. Catorce si vas a pie.

—Hijo de puta. —Arranqué de inmediato y puse rumbo a la nueva ubicación GPS—. Abróchate el cinturón y llama al comisario.

Conduje lo más rápido que el tráfico me permitió, abstraído de todo cuando me rodeaba, incluida la conversación que tuvo mi compañera con nuestro jefe. En mi mente tan solo quedaba espacio para pensar en aquel indeseable, para hacer cuanto estuviese en mi mano por llegar a nuestro destino y pararle los pies. Si anteriormente albergaba algún resquicio de duda, los nuevos datos la disolvió. Pero por mucha celeridad que tratase de imprimirle a nuestro desplazamiento, sentía que no era suficiente. Mi corazón latía como una máquina de percusión, advirtiéndome de que cada segundo era de vital importancia. Parecía estar en una burbuja atemporal que provocaba una extraña distorsión en mi percepción espaciotemporal. Y mientras conducía, reproduje en mi mente innumerables escenarios donde encontrábamos a Miguel Castillo y lo deteníamos, ya fuese con resistencia o sin ella, a punta de pistola o con colaboración, en compañía de alguna pobre desgraciada o completamente solo. Fuera como fuese, en mi imaginación siempre conseguíamos atraparlo.

—Estamos a doscientos metros —informó Aines.

—Vale. Iremos a pie.

Dejamos el coche a varios metros del acceso a la finca para no advertirle de nuestra presencia.

Nos apeamos y comenzamos a andar. A pesar de saber que los refuerzos estaban de camino, no los esperamos.

Desde nuestra ubicación pudimos ver un vehículo aparcado. Llamé a Esteban para constatar que era el de Miguel; en un minuto nos lo había confirmado. «Joder, esto va en serio.»

El GPS marcaba un punto exacto: una semiderruida construcción. Desenfundamos nuestras armas y anduvimos agazapados y a paso ligero hacia dicha localización. Aquel parecía el escondite perfecto donde llevar a cabo cualquier salvajada: lejos del tráfico, de los caminos, de la gente..., tan solo rodeada por bastas hectáreas de arrozales y un par de vías de arena creadas

para los propios agricultores; solo a ellos se les había perdido algo en esas tierras.

Apoyada nuestra espalda contra la pared de piedra, le hice un gesto a mi compañera para advertirle de que yo iría delante. Asomé la cabeza levemente por uno de los huecos de las ventanas que estaban parcialmente tapados con varios maderos atravesados, seguramente sujetos desde el interior con clavos. Eché un vistazo rápido: no vi a nadie. Agarré un listón y lo zarandé para estudiar su resistencia, cuán fijo estaría clavado. Uno estaba medio suelto; los otros dos completamente sujetos. No era una buena opción para entrar, pero tampoco para salir de allí.

«Al menos no se escapará por una ventana.»

Avancé hasta la puerta principal. Aquella madera debió ver pasar muchos inviernos. Apoyé la mano sobre ella con intención de empujarla. Mi compañera pasó de estar detrás de mí a situarse enfrente. Sentí la tensión envarando mi cuerpo, el temor a provocar un chirrido exagerado y terrorífico anunciador inequívoco de nuestra presencia.

«Allá voy —pensé, haciéndole un gesto afirmativo a mi compañera para que se preparase—. Atenta.»

Empujé la putrefacta lámina de madera, generando el ruido que tanto temí.

«Me cago en la puta.»

La abrí rápido, sin miramientos, de par en par.

Asomé mi cuerpo al tiempo que examinaba la sala con el cañón de mi arma. Allí tampoco había nadie. Di el primer paso dentro de lo que tal vez algún día fue una casa. La madera del suelo crujió al soportar mi peso. Desde ese instante maldije cada puto sonido delatador.

Paso a paso, estridencia a estridencia, fui avanzando despacio.

El recibidor se dividía en dos partes. El instinto me dijo que debía dirigirme a la derecha. Mi compañera, en cambio, ignorando mis indicaciones, optó por ir hacia la izquierda. Cuando me quise dar cuenta estábamos demasiado alejados. La miré mientras avanzaba. No sé si debido a su peso o a su destreza, generaba menos «escándalo» que yo.

«Joder, Aines —la reprendí en mi mente. Estaba dejándome con el culo al aire, poniéndonos a los dos en peligro.»

Resollé mientras trataba de tomar la mejor decisión. Durante nuestra formación nos recalcaron una y mil veces la importancia de no abandonar nunca a un compañero. Sin embargo, ya no estábamos en la academia, y la improvisación de Aines era el vivo recordatorio de ello.

Proseguí mi camino, convenciéndome de que apenas me quedaban cuatro o cinco metros para llegar y descubrir lo que se escondía en aquella habitación. Iba, además, confiado de que, de estar Miguel en la casa, sería yo quien lo encontrara.

Apenas dos metros me separaban del umbral sin puerta que tanto deseaba atravesar. Veía las piedras de la pared de enfrente aumentando en tamaño y definición a cada palmo recorrido. Aquel muro parecía corresponder a la estructura exterior, a la de la fachada. Un paso más me permitió ver lo que correspondía a una de sus ventanas tapiadas con maderos. A través de sus aberturas se colaban con debilidad los últimos rayos de luz de aquel día.

«Venga. Cinco o seis pasos más y estás dentro.»

Inhalé.

Otro paso.

«Vamos, desgraciado, déjate ver.

»Ya no tienes dónde ir. Se acabó tu suerte.»

Otro paso.

De soslayo aprecié algo en el suelo. Mi vista bajó su horizontal hasta situarse a esa altura. Mi pulso se aceleró.

«No puede ser.»

Pero sí, eran dos pies descalzos e ¿inertes?

Mi mano asió con fuerza la pistola mientras avanzaba un paso más. A aquellos pies descalzos le sucedieron sus correspondientes pantorrillas.

Mis ojos examinaban arriba y abajo, fachada y cuerpo.

Vi sus muslos.

Atravesé el umbral.

En la habitación solo se encontraba la chica, tirada sobre el suelo, con las piernas ligeramente separadas y el torso retorcido. Parecía una muñeca de trapo a la que ya no quiere nadie. La desnudez no podía cubrir sus vergüenzas.

Se me hizo un nudo en la garganta. A pesar de tener su cara cubierta por el cabello, la reconocí: Alba Sierra.

Me aproximé para comprobar su pulso. Acucillado junto a ella, me lamenté por haber llegado demasiado tarde.

«Mierda. Mierda. Mierda —me dije sobresaltado, irguiéndome como un resorte al escuchar las sirenas de los vehículos de mis compañeros.

»Aines.»

Di media vuelta y regresé por el mismo pasillo en el que nos habíamos dividido. Esta vez caminé rápido.

«Sabía que iba a volver a hacerlo. Maldito hijo de puta —me lamentaba mientras atravesaba aquellas ruinas».

—Quieta. No te muevas —escuché. Era la voz de un hombre. Debía de ser Miguel—. ¿Estás sola? ¿Dónde está tu compañero?

—No tienes escapatoria —respondió Aines—. Te aconsejo que tires el rifle.

Corrí hacia ellos. Cuando llegué, encontré a Miguel junto a una puerta trasera que no vimos al llegar, apuntando con un rifle a mi compañera. Aines lo encañonaba con su revólver.

—Baja el arma —le ordené—. Si colaboras será más fácil. Nadie tiene por qué salir herido.

—No teníais que estar aquí. Era el escondrijo perfecto —reflexionó. Realmente se le veía sorprendido.

—¡Suelta el arma! —chilló mi compañera.

—Haz que se calle la perra de tu amiguita —dijo dirigiéndose a mí.

Las sirenas de los vehículos policiales se escuchaban muy cerca.

—Yo no tengo perras, soy más de gatas —respondí sarcástico sin contener mi rabia.

—Dejad que me vaya. No pienso ir a la cárcel. —Su tono empezaba a denostar miedo.

—Suelta el arma. Estás rodeado. No tienes escapatoria. Dentro de un par de minutos tendrás más armas apuntando a tu sesera de las que puedas imaginar, así que más te vale entregarte —amenazó Aines.

—¿Crees que te voy a obedecer? ¿Crees que esto va a quedar así? ¿Qué pasaría si te pego un tiro ahora mismo? ¿Una putita menos? ¿Eh, sería eso?

—No queremos hacerte daño —musité tratando de apaciguarlo. Solo queremos que sueltes el arma y te entregues.

—No quiero entregarme. —Agachó la cabeza y guardó silencio.

—Tira el arma —repitió Aines.

—No podía decirle que era una perraaa...! —dijo elevando la cabeza y la voz gradualmente hasta convertirla en un grito—. Le observábamos desconcertados. De repente se había vuelto completamente loco. Empezó a gritar iracundo. Escupía las palabras sin control entre hilos de

babas. El suave bronceado de su cara y de su cuello se transformó en un tono granate uniforme. Las venas se le hincharon hasta dar la sensación de que le fueran a estallar. Sus ojos se ensangrentaron—. ¡Era una puta!, ¡una perra!, ¡la muy rameraaa...! ¡Todas sois iguales, sois unas putas sucias y provocadoras! ¡Sois hijas del mismísimo Demonio! ¡Y no voy a ir a la cárcel por ninguna de vosotras! ¡No me vais a arruinar la vida! ¡Y no voy a decírselo! ¿Me oís? ¡No voy a decíselooo...! —Con un solo movimiento, soltó el rifle haciéndolo caer a sus pies. Llevó la mano a la parte trasera de su pantalón, extrayendo un cuchillo de hoja corta y afilada. Todo transcurrió en un segundo. Su mano dibujó una curva en el aire a toda velocidad, terminando en un golpe seco contra su pecho. Clavó el cuchillo entre sus costillas, provocándose así una muerte segura. Podría decirse que se hizo el harakiri. Sin embargo, su suicidio estuvo falto de todo honor.

No gimió. No chilló más de lo que ya lo había hecho. Su cuerpo fue vencido por la muerte como un castillo de naipes tras una bofetada del viento. Cayó de rodillas ante nuestras miradas perplejas. El impacto contra el suelo hizo que se le hundiera aún más la hoja en el corazón.

Un solo pinchazo en dicho órgano es una muerte garantizada.

Tardé un par de segundos en reaccionar.

Me acerqué todavía apuntándole con mi arma. Aines permaneció inmóvil durante unos instantes más. Fue el creciente charco de sangre que se iba formando bajo su cuerpo lo que me hizo bajar la guardia.

En ese momento sentí nuevamente el efecto de la atemporalidad manejando los hilos de mi tiempo. Alcé la vista para encontrarme con la de mi compañera, quien aún permanecía estática. Poco a poco bajó los brazos con el arma aún entre sus manos; me recordó a una monja agarrando con fe su rosario.

Caminé hacia ella.

Ya no volverá a hacer daño a nadie —le dije poniéndole la mano en el hombro.

Escuchamos pasos acercándose hacia nosotros.

Acabábamos de cerrar el caso.

Deshaciéndose del cuerpo

Sábado, 14 de septiembre de 2019

Agarró el volante con fuerza y se dejó caer contra él; la tensión y un extraño vigor recorrían sus entrañas: tenía en su mano la capacidad de acabar con la vida de otra persona sin sentir remordimientos. Una vez consumado el primer homicidio y viendo lo fácil que había sido acabar con la vida de su propia hija, sabía que no podría parar. Ahora solo faltaba salir indemne.

«Vamos. Termina lo que has empezado. Venga. —Miguel alzó la cabeza y, una vez más, buscó una señal que le llevara a abandonar su propósito. Su pulso latía acelerado; no por lo que había hecho, sino por ser descubierto—. Vamos, no hay nadie. Es imposible que alguien te vea. Es el momento.»

Abrió su puerta y la luz del habitáculo se encendió. Tuvo la sensación de estar exhibiendo su cuerpo desnudo en mitad de la Gran Vía de Madrid.

«Vamos, vamos —se animó entre resoplidos—. Cuanto antes acabes, mejor.»

Puso el primer pie fuera. El tacto de la arena bajo la suela de su zapatilla le recordó su cometido: «Debes terminar con esto y olvidarte de todo.»

Acelerado, cerró su puerta y abrió la del asiento trasero, encontrándose con los ojos abiertos de Elena; parecían mirarle fijamente. Se quedó quieto unos instantes, como si las pupilas de Elena hubiesen cobrado la magia de las de *Medusa*. Petrificado, el tiempo y su voluntad acontecían ajenos a su control.

«Tenías una mirada tan bonita... Me encantaba lo coqueta que eras; siempre pensando en estar guapa, en gustarme. No es justo que hayas acabado así. Aunque tampoco me extraña. Si no lo hubiera hecho yo, habrías acabado peor con el baboso que tenías por novio.

»Te daría un beso de despedida, pero creo que a estas alturas no es apropiado; podrían pensar que yo he sido el culpable de tu muerte.»

En una décima de segundo sus pensamientos evocaron los últimos instantes de vida de su hijastra: sus movimientos esquivos y violentos, sus caricias, sus miradas, sus palabras y gemidos, su melena perfilándose sobre su espalda, su cuerpo desnudo hecho un ovillo en la ducha, sus lágrimas recorriendo el puente de su nariz...

Y ahora, estaba tan quieta...

Sus retinas capturaron ese instante como una fotografía en alta resolución: tumbada, ocupando todo el asiento trasero del coche, semidesnuda, inerte, con la cabeza doblada hacia atrás como si no tuviera vértebras, igual que un muñeco de trapo que no entiende de las leyes de la física. En aquella posición parecía una protagonista del *Guernica* de Picasso: la barbilla ocupaba el lugar de la frente, sus labios el de sus ojos y, la nariz, como una pequeña pieza de una muñeca de porcelana, se mostraba del revés.

Recorrió su anatomía con las yemas de sus dedos en dirección descendente, desde los hombros hasta los antebrazos. Uno lo encontró apoyado sobre una de las alfombrillas del coche; el otro, aplastado bajo su espalda. Los agarró con fuerza y tiró hacia sí. El peso de la chica y el sudor de sus propias manos hizo que estas se le resbalasen hasta acabar en sus muñecas. Recolocó las

manos y volvió a tirar de ella, consiguiendo, esta vez, dejar la mitad de su cuerpo fuera del coche. Desde esa posición se las apañó para cogerla en brazos y cerrar la puerta del coche de una patada.

No anduvo en exceso; rodeó la parte trasera del coche y, allí, en la propia linde del arrozal, la tiró. Al regresar al coche se percató de que se había empapado las zapatillas y el bajo de los pantalones. Recordó que, por suerte, en el maletero llevaba la ropa del gimnasio.

De nuevo, la luz del maletero se encendió, haciéndole poner más tenso. Sacó la bolsa y la apoyó en el suelo. Cerró el maletero y esperó a que la luz del coche se apagase. A continuación, se quitó las prendas mojadas: zapatillas, pantalón y calcetines. A tientas, logró encontrar las que las sustituirían. Sus movimientos eran temblorosos; apenas conseguía ejecutar uno certero a la primera. El frío y la inquietud no eran buenos compañeros de la velocidad. En ese momento su mayor preocupación era que alguien pudiera verle; lo único que le aportaba un mínimo de sosiego era que nadie, a esa distancia y con esa oscuridad, podría reconocerle. Su forma de vestirse fue fiel al mismo descontrol que lo gobernaba, a la misma obsesión. Una vez vestido, guardó la ropa mojada en la bolsa del gimnasio. Antes de subir al coche arrastró los pies por la arena para borrar las huellas que hubiera podido dejar.

Subió al vehículo.

En esta ocasión, la bolsa viajaría en el asiento del copiloto.

Una vez con el motor en marcha, trató de circular al menos unos metros sin encender las luces; a duras penas consiguió recortar alguno.

Continuó por el camino hasta el siguiente cruce, giró a la derecha y siguió por la vía de tierra hasta el acceso a la carretera principal.

Condujo.

«Venga, ya está hecho. Cuando llegues a casa deberás actuar como si no hubiera pasado nada. Tu interpretación será tan buena que hasta tú la crearás.

»Sí. Además ahora la poli empezará a investigar. Pero pronto habrá pasado todo.

»Además, nadie me ha visto.

»Y cuando encuentren el cuerpo, es imposible que hallen mis huellas.

»No hay de qué preocuparse.

»En fin —suspiró con alivio—. Ha sido emocionante.

Sonrió al recordar a su hijastra.

»Cómo te gustaba jugar, ¿eh? Qué guarra eras, joder. En fin, cada vez que esté con una jovencita como tú me acordaré de ti. Pensaré que te la estoy metiendo.

»Hay que joderse. Has conseguido que me vuelva un animal.

Al llegar a casa metió el coche en el garaje y subió por el ascensor evitando ser visto, con la bolsa de deporte en su mano izquierda.

Dejó las prendas dentro de la lavadora y se fue a duchar.

Una vez aseado, ataviado únicamente con unos calzoncillos, se metió en la cama. Encendió el televisor y puso el siguiente capítulo de una de sus series preferidas: *Mindhunter*.

«Soy uno de ellos, soy como el bueno de Ted Bundy —sonrió satisfecho.

»Algún día esos especialistas querrán encontrarme, conocerme en persona y ahondar también en mi mente.

»Por desgracias para ellos, a mí no van a atraparme.»

Epílogo

Viernes, 20 de septiembre de 2019

Había caído la noche sin apenas darnos cuenta. Instantes después de que Miguel se quitase la vida se presentaron nuestros compañeros. Tarde. Todos llegamos tarde aquella noche.

Ante el suceso, el despliegue fue numeroso. Se montó un cordón policial, vinieron los médicos forenses, los de atestados, una ambulancia... Esa noche hasta se personó el comisario.

Pasaban las horas. Los compañeros trabajan en la escena del crimen y del suicidio mientras que nosotros ofrecíamos nuestras primeras declaraciones como testigos del suicidio de Miguel.

—Si queréis, me puedo encargar de llamar a la señora Molina para darle la noticia —se ofreció el comisario.

—Gracias, señor, pero no es necesario —contesté en nombre de Aines y mío. Ya lo habíamos acordado así—. En cuanto acabemos aquí, nos pasaremos por su casa para explicarle lo que ha sucedido.

Nos observó reflexivo.

—Está bien, como preferáis. —Asentí apesadumbrado—. Habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos. Estoy seguro de que habéis salvado a muchas chicas de ese mal nacido.

—Ya —dijo Aines resignada.

—En fin. Creo que podéis marcharos. Si falta algún informe por rellenar ya lo haréis en comisaría.

—Bien. Nos vamos, entonces.

Cuando cogimos el coche eran más de la una de la mañana.

—¿Te importa conducir? —me preguntó Aines.

—No, claro que no.

Aquella fue nuestra única conversación hasta llegar a Alcira. Aines se pasó el trayecto mirando por la ventanilla mientras que yo me perdía en mis pensamientos. En mi mente resonaban las palabras que le dijo Aines a Nuria durante el velatorio de su hija: «Lo siento mucho. Ahora, debemos continuar. Ya iremos a verles a su casa».

Jamás pensé que volveríamos a su domicilio para darle una noticia tan atroz.

Nos miramos antes de llamar al telefonillo.

—¿Quieres que volvamos al coche un par de minutos? —le pregunté al ver sus ojos vidriosos. Estaba siendo un trago difícil de digerir, sobre todo para ella.

Su mirada se fue resbalando centímetro a centímetro por mi rostro, mi pecho y luego mis piernas hasta frenar en el suelo que había entre ella y yo.

—No lo entiendo, Yago. ¿Qué hemos hecho mal?

«¿De verdad crees que hemos hecho algo mal? —me pregunté—. Sí, tal vez sí. Si no, Alba seguiría con vida.»

—No lo sé —respondí disgustado.

—Realmente no me importa que esos dos depravados hayan acabado como lo han hecho, pero la chica... —La contemplé sin capacidad para consolarla—. Y ahora, ¿cómo le decimos a esa mujer lo que ha pasado?

Resolló al tiempo que cerraba los ojos. Los mantuvo así durante unos segundos. Su respiración era lenta y profunda. Debía estar reuniendo los resquicios de ánimo que pudieran quedarle en las entrañas. Cuando abrió los parpados sus ojos estaban enrojecidos. Sin embargo, consiguió no derramar una sola lágrima; por lo menos, en mi presencia.

—Vamos —dijo— quiero acabar con esto cuanto antes.

Esta vez fui yo quien llamó al telefonillo.

No había nadie en casa.

—Estará trabajando. Tenía turnos poco habituales —recordé en voz alta.

—Iremos entonces a su trabajo; tenemos la dirección.

—Podemos llamarla al móvil.

—Sí. Cierto.

Me encargué de telefonarla.

No conseguí nada: saltaba el buzón de voz.

Decidimos ir a su trabajo.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando aparcamos en el parking del hospital en el que trabajaba Nuria.

Corría aire. Las hojas y la arena se alzaban desde el suelo dificultándonos avanzar con normalidad.

Entramos. Había poca gente.

Nos dirigimos a información.

Dos mujeres ocupaban el puesto; charlaban alegres entre ellas.

Nos presentamos sin dar más explicación que nuestros nombres y le pedimos hablar con Nuria Molina. Una de ellas, la más madura, se levantó de su silla y nos solicitó que la acompañásemos. Tras subir una planta y recorrer un par de pasillos, nos hizo entrar a una sala vacía.

—Si no les importa, esperen aquí. Ahora mismo le digo que venga.

—Claro —respondí por ambos.

Aines se sentó en uno de los sillones. Se la veía agotada.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, no te preocupes. Solo quiero que acabe este maldito día.

Nuria Molina

Recordaré aquella noche hasta que me muera.

Me encontraba en el laboratorio cuando vino mi compañera a buscarme. Acababa de tomarme un café para aguantar la noche sin pasar sueño. La expresión de su rostro me puso en tensión. Con el tiempo había aprendido a leer las miradas; la suya estaba cargada de inquietud.

—Nuria, han venido unos agentes a hablar contigo. Han dicho que se llaman Yago y Aines.

—¿Dónde están?

—En la sala de espera.

—Voy.

No intercambiamos más palabras. Ni siquiera le pregunté si le habían explicado por qué habían venido a verme al trabajo a esas horas de la madrugada.

Mis nervios fueron aumentando a cada paso. El eco de mis pisadas retumbaba en todo el pasillo.

Llegué a la sala de espera. Al entrar, los encontré sentados uno al lado del otro. El hombre se levantó de inmediato. Ella lo hizo pausada, como si le pesase el cuerpo.

Y de nuevo sus miradas volvieron a hablarme. Los ojos enrojecidos de ella; los párpados cargados de él...

—Buenas noches, Nuria —saludó el agente—. Tenemos que hablar con usted. —Examiné su rostro entretanto buscaba la forma de guardar la compostura, de apaciguar mi maltratado corazón. Mi boca enmudeció, el desconcierto se había apoderado de mi mente. No entendía qué podía estar sucediendo—. Siéntese, por favor.

Me senté en un hueco que me hicieron entre ambos. Ellos se miraron y tomaron asiento a mi lado. El agente inhaló con fuerza por la boca y empezó con un «tenemos...» que se quedó en nada. Resolló y esta vez consiguió articular una frase entera: «Hemos identificado al asesino de su hija». El corazón empezó a palparme acelerado. Eran unas noticias estupendas y, sin embargo, parecía que su ánimo estaba truncado. Ahí fue cuando empecé a sentir un extraño temblor en mis extremidades, a intuir que la noticia me traería más pesares que alegrías.

—Díganme qué sucede —solicité temerosa.

—Francamente, me duele tener que comunicarle que el asesino de Elena fue su marido.

Negué con la cabeza queriendo sacudir de mi cabeza sus palabras.

—No puede ser. Él no...

—Se ha suicidado.

—¿Qué? No. No puede ser. Esto es una pesadilla.

—Lo siento mucho —dijo Aines.

Esperaron unos segundos antes de proseguir con su relato. Cuando lo hicieron, mis ojos se inundaron de lágrimas.

Mi marido había matado a nuestra hija, había mantenido relaciones sexuales con ella, la había asfixiado, había matado a Alba, me había engañado...

Se había vuelto loco.

La dulce Alba...

Mi pobre niña...

Mi vida entera se desmoronó de la noche a la mañana. En apenas una semana, todo lo bueno que atesoraba mi vida se quedó reducido a una farsa, a un infierno.

Una sola persona es suficiente para destrozarte el alma.

☐ Término que hace referencia al envío de mensajes sexuales, eróticos o pornográficos por medio de teléfonos móviles. Aunque al principio era un término exclusivo para los mensajes de índole sexual, más tarde sirvió para hacer alusión al envío de material pornográfico a través no solo de móviles, sino también de ordenadores.